

JOSE MÁRMOL.

COMEDIAS

EL CRUZADO

y

EL POETA.

Precio 4 reales.

BARCELONA.

TRILLA Y SERRA EDITORES.

CALLE BAJA DE SAN PEDRO, NUM. 17.

1870

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

DON JOSÉ DE MÁRMOL

D. JOSÉ MÁRMOL, poeta y escritor argentino, nació en Buenos-Aires el 4 de Diciembre de 1818. Destinado por sus padres á la carrera de las letras, hizo sus estudios en las escuelas públicas de Montevideo y Buenos-Aires.

En 1838, cuando ya sobresalía entre sus compañeros por la generosidad de su carácter é instrucción, corrió la triste suerte de otras muchas personas distinguidas de su país, abriéndose á su inocencia las puertas de los calabozos políticos. A falta de tintero, Mármol escribía con carbones, en las paredes de su prisión, este cuarteto contra Rosas, su injusto opresor:

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
¡Bárbaro! nunca matarás el alma,
No pondrás grillos á mi mente, ¡no!

Habiendo obtenido su libertad y burlado las pesquisas de los sectarios del dictador de Buenos-Aires, viajó por la República Oriental, Brasil, Perú, y Chile, dándose á conocer por sus trabajos literarios. Derrotado Rosas por los ejércitos que habían organizado sus enemigos, abandonó ignominiosamente al país que tanto había hecho sufrir con sus crueldades, permitiendo este suceso regresar á sus hogares á todos los que habían sido perseguidos, siendo de los primeros en verificarlo el ya entonces célebre poeta D. José Mármol.

No es de este lugar enumerar los cargos públicos que ocupó, ni reseñar los importantes servicios que prestó á la República Argentina, por cuyo motivo sólo nos ocuparemos de Mármol considerado como literato. Sus composiciones más notables son: *Los Cantos del Peregrino en el mar*, que tiene páginas admirables que honran á la literatura americana; *El 25 de Mayo de 1843*; los célebres dramas *El Poeta* y *El Cruzado*, representados en Montevideo con grande aplauso, y la interesantísima novela *Amalia*.

Para conocer el carácter de las poesías de Mármol basta leer la introducción que puso al frente de ellas en la edición hecha en Buenos-Aires en 1854:

«Dos generaciones, puede decirse, han surcado el mar de la revolución argentina, y como si ambas hubiesen querido fijar hondamente su destino en la memoria de los tiempos, cada una de ellas ha tenido su coro de poetas, que ha historiado su época y sus hombres con la pluma de la utilidad y el sentimiento, abriantada por la imaginación.

»Enérgica, espléndida, orgullosa como los triunfos militares, como las glorias patrias que cantaban, la Musa de la independencia es la historia rimada de su tiempo.

Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria al sòn de cuyas cadenas se inspiraba, la Musa de la Libertad, proscrita y desgraciada como ella, ha puesto también sobre las sienes de la patria la corona de su época salpicada de lágrimas y sangre.

»Las poesías de que hoy hacemos una edición completa pertenecen al reino de esa última; pertenecen á esos suspiros del corazón enviados desde el extranjero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro, ó en el rayo tierno y melancólico de la luna; á esas armonías del sentimiento con que nuestros poetas revelaban la desgracia de la patria, y esperanzaban en el porvenir durante la larga noche de la esclavitud.

»Peregrinos siempre, hoy en unas playas, mañana en otras; pobres, desesperanzados hoy; mañana chispeantes de contentamiento y de esperanzas; sujetos siempre á lo que el destino, frío como un cálculo, quería hacer de su suerte, los poetas y los escritores emigrados no han podido, ni posible fuera, traer á su patria obras completas y perfectas. Trabajando con los estímulos del corazón, hijos de una época tormentosa de suyo, y sujetos á una fortuna personal incierta, no han traído y depuesto á los piés de su amante común sino un puñado de flores de todos climas y de todos tiempos, plantadas por la esperanza, combatidas por el martirio, y recogidas por la fe y el amor.

Todos, pues, han cumplido con su misión. Huérfanas y descoloridas, sin más unidad que el sentimiento, ahí van las mías. Flores silvestres para todos, yo las amo mucho sin embargo, porque cada una me recuerda lágrimas ó esperanzas que cayeron en mi corazón en aquellos tiempos en que la vida era una lucha perpétua entre el presentè y el porvenir,

y de cuyo choque brotaba esa luz esplendente de poesía y de grandeza que hoy nos falta.»

Algunas de las poesías de Mármol son ya conocidas y populares en España por haberse incluido en una biblioteca que está en publicación (1), pero sus dos celebrados dramas *El Poeta* y *El Cruzado* pocos son los que tienen conocimiento de su existencia, no por faltarles mérito y bellezas, sino por carecer nuestro país de una edición que por sus condiciones económicas las hiciera asequibles á todos. A obviar esto, ha sido el objeto porque se ha empezado la colección de *El Teatro Americano* insertando dichas producciones de Mármol. Los aventajados juicios que de ellas han formado reputados escritores extranjeros, prueban que su autor estuvo acertado en el desarrollo del plan, inspirado en su concepción y que cumplió con todas las reglas del arte dramático; y el éxito alcanzado en los teatros de Montevideo, demuestra palpablemente el acierto y justicia de la crítica en ensalzar estos dramas.



(1) Biblioteca hispano-americana. Tomo II.

EL CRUZADO

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

LUIS VII.
ELEONORA, esposa de Luis.
ALFREDO.
CELINA.
ALBERTO.
RAIMUNDO, rey de Antioquia.
EBRARDO DE BARRES, G. Maestre de los Templarios.
BERNARDO.
GILBERTO.

EL G. MAESTRE DE LOS HOSPITALARIOS.
JAIMAR.
DANIEL.
ISABEL, Condesa de Nevers
PAJE 1.º
PAJE 2.º
CABALLERO 1.º
CABALLERO 2.º
Damas, caballeros, escuderos, soldados de la cruz, soldados musulmanes.

La escena pasa en Asia por los años de 1142 á 44.—El primer acto en el desierto, el 2.º, 3.º y 4.º en Antioquia, el 5.º junto á los muros de Damasco.

ACTO PRIMERO

Tienda de campaña—pequeñas mesas con pebeteros encendidos

ESCENA PRIMERA

ALFREDO Y CELINA

CELINA con un lujoso traje oriental, dormida sobre cojines de damasco: ALFREDO á sus piés.—Va amaneciendo y se oye el siguiente canto:

«Ven, aroma de la Arabia,
Rica perla del Basora,
Ven, que mueren las estrellas
Porque aparece la aurora.
Como vapor de azahares
Se exhale tu dulce sueño;
Despierta; desde la Meca
Quiere mirarte tu dueño.
«Va la oracion á rezarse;
Alá es grande, poderoso,
Con huris de ojos brillantes
Tiene un zerrallo precioso.

Ven, hermana de Nourddin,
A ofrecerle tus amores;
Ven, despues iras al baño
Y á la gruta de las flores.»
CEL. Esperad: pronto a vosotros
Irà á reunirse Celina,
Y saludará la Meca
Besando la arena tibia.
Pero, esperad: aquí tengo
Otro Dios del alma mia;
A él el primero le debo
La voz primera que diga.
¡Cuán agitado sueño!
¡Como el corazon palpita
Con vigoroso poder!!
Aun en su rostro se mira
La expresion de las pasiones
Que al lado de su Celina
Le conmovieran el alma
Noche de amor y delicias.
Palmeras que habeis servido
De dosel a nuestras dichas;
Brija sutil del desierto
Que habeis llevado las chispas
De nuestras almas de fuego;
Desierto que las abrigas;
Cielo, espacio, flores, viento,
Repetid las armonias,

Con que vibraron anoche
 Nuestras dos almas unidas.
 Profeta de Alá, que diste
 Tu misma alma á tus hijas,
 Tú que de amor los alientos
 Por el desierto deslizas,
 Y se arden los corazones
 Al punto que los respiran:
 Infunde en este europeo
 La luz de fé que me guía,
 Y mas que ama á los mortales
 Sepa adorarte...

ALF. ¡Celina!
 CEL. Alfredo!
 ALF. Dueño del alma,
 Aun en mis venas se agita
 La dulce mágia que anoche
 Por mis venas discurría!
 ¿Y tú, bien mio?

CEL. De oro,
 Y de imágenes floridas
 Han sido mis sueños.

ALF. ¡Ah!
 Le plugo á la suerte mia
 Entremezclar en los sueños
 De esta noche peregrina,
 Recuerdos tristes, amargos,
 De mi desgraciada vida...

CEL. Siempre agitado... soñando
 Con esa nube sombría
 Que ya pasó... ¿No se calman
 Tus penas con las delicias?
 ¿El presente no es de flores?
 ¡Ah! tú no amas á Celina!

ALF. ¡Qué te amo! ¿Qué dices?
 Cuando el sol más ilumina,
 Dí que está negro el espacio;
 Y en la noche más umbria
 Dí que brilla el firmamento;
 Dí que el desierto no anida
 Un grano solo de arena.
 Dí por fin que el alma mia
 No está en mi pecho encerrada,
 Y dime despues, Celina,
 Que estoy mintiéndote amor.

CEL. ¡Encanto del alma!
 ALF. Mira,
 Hay en el mundo una tierra,
 (Mal mi lengua la apellida)
 Hay un bello paraiso
 Llamado Italia, y la vida
 Recibi sobre su suelo.
 El sol que en su cielo brilla
 Derrama rayos de amores,
 Que al alma mas abatida
 Alientan con su calor.
 El aire que se respira
 Es suave y perfumado,
 Y compararlo podria
 Tan solo con tus alientos.

Pues bien, traje con la vida
 Todo el amor que se encierra
 Bajo ese celeste clima:
 Ardiente y sensible el alma
 Como su sol y su brisa...

CEL. Y qué! ¿mi amor no es bastante?

ALF. Aun no he concluido, Celina.
 Si era sensible mi alma,
 Tambien un deseo habia
 Muy violento, el de la gloria.
 Pero esa gloria, Celina,
 Grande, bella, que la fama
 Publica de clima en clima,
 Haciendo que al escucharla
 Doblen todos la rodilla...
 Miré brotando de Europa
 Las huestes que el Asia altiva
 Debían pisar la frente,
 Para vengar la justicia
 De mi Dios. En el momento
 Mi alma quedose cautiva
 Bajo mi fuerte armadura,
 Y en su cárcel presumia
 Mundos de gloria y laurel...
 De los primeros la orilla
 Pisé del Bósforo, y pronto
 Tambien con planta atrevida
 Pisé el primero esta arena;
 Y el primero que hizo trizas
 Contra el musulman la lanza
 Tambien fui yo: pocos dias
 Bastaron, ya mi nombre,
 Que tan oscuro vivia,
 A iluminarse empezaba.
 Ah! ya lo sabes, Celina,
 Esa aurora tan hermosa
 La eclipsó la suerte impia,
 Poniéndome entre cadenas..

CEL. Hierros que la pasion mia
 Ha destrozado al momento...
 Quizá al mirarte te envidian
 Los mismos que te vencieron.
 Y ¡ay! que seria maldita
 La suerte del que te ajara!
 Te rindió mi comitiva
 En la marcha que seguimos
 A Edesea, y ese dia
 Verte y amarte, mi Alfredo,
 Fuó un relámpago en mi vida.
 Mi religion y costumbres
 Conspiraban á mi dicha,
 Pues ni el hablarte siquiera
 Sin crimen me permitian
 Pero mi amor, mis riquezas,
 Y un alma con osadía
 Te trajeron hasta mi
 Y haciendo á mi comitiva
 Marchar lenta en el desierto,
 Dias de amor y ambrosia
 Nos alumbró el claro sol:

Quizá se expone Celina,
 Pero ¿qué importa? Mi hermano
 Me ama; pero si atrevida
 Su mano mi amor tocara,
 Con astucia o valentía
 Te arrancaré de Edesea;
 Y solo con tu Celina
 Vagarás por el desierto,
 Teniendo el sol por cortinas
 Y por lecho las arenas.
 ¿Qué me importa pedrerías
 Si hallo el brillo de tus ojos?
 ¿Qué me importa cachemiras,
 Si me ciñes con tus brazos?

ALF. Ah! si á tu lado las dichas
 Del amor me han embriagado,
 Si el alma parece henchida
 De amorosas sensaciones,
 Tiene una parte vacía,
 Y es la parte de la gloria.

CEL. Huye esa idea mentida.
 ¡La gloria! ¿La hallas, Alfredo,
 En dejar tu espada tinta
 En la sangre de inocentes?
 En hombres de cuya vida
 No recibiste una ofensa?
 ¿O es gloria que solicita
 Ese Dios que reverencias,
 Teñirse en sangre, y la vida
 Perder despues? Sí, perderla;
 Porque si en el Asia pisan
 Millares de tus legiones,
 Serán al fin confundidas
 En nubes de hijos de Alá,
 Cual caravanas que espiran
 Envueltas en el desierto
 Con su arena movediza.

ALF. Calla.

CEL. ¿La gloria deseas?
 Yo te daré en un solo día
 Cuantas riquezas el Asia
 En su vasto suelo abriga.
 Tantos esclavos que el eco
 De tus expresiones sigan,
 Como hay cedros y palmeras
 Del Líbano á las orillas...
 Soy la hermana de Nourddin,
 Y apenas que yo lo pida,
 Mi hermano traera á mi tienda
 Cuanto en el Asia se mira...
 ¿Pretendes felicidad?
 Sobre aromas las más ricas
 De Arabia, será tu lecho;
 Y de esencias esquisitas
 Perfumada tu cabeza,
 Desdeñando cachemiras,
 Caerá en mis brazos, Alfredo.

ALF. ¡Angel de amor y delicias!

CEL. Mi Dios, el tuyo, el que hizo
 El universo y la vida,

Cualquier que sea, las almas
 Por qué nos dió tan activas,
 Tan llenas de amor y fuego,
 Sino porque amar debian?
 Si es un crimen que se amen
 Un nazareno y la hija
 Del Profeta, dime, entonces
 ¿Por qué no rompe la liga
 Con que se anudan sus almas,
 Y perturba la armonía
 Que hay en ambos corazones?
 Entonces, concentre, oprima
 Cada uno dentro del pecho,
 Cual sobre arena temida
 Está el Alféltites lago,
 Sin que sus aguas malditas
 Se rocen con agua alguna.

ALF. ¡Ah! Celina, tú deliras!

CEL. Tan solo amor en la tierra
 Por donde quiera se mira.
 El leon rugo en el desierto,
 Pero manso en su guarida,
 Tiene su amor; ruiseñores
 Cantan de amor la armonía
 Sobre las palmas gigantes;
 Y al amanecer el día
 Las frescas flores miramos
 Mecidas por blanda brisa.
 Cual mecidas por amor...
 Esta es la gloria mas rica,
 La del amor, ella sola.

ALF. ¡Ah! ten compasion, Celina,
 Si no quieres que yo mismo
 Me aborrezca y me maldiga.
 No perturbes mi cabeza
 Con tus bellas fantasías...
 No mates, no, este deseo
 Con el que mi alma delira;
 Déjame creer que me espera
 Esa ambicionada dicha
 Que me han robado los tuyos:
 Déjame creer que ofendida
 Tengo la causa de Dios,
 Y que mi perdon vendria
 Con los golpes de mi acero:
 Consuélate, mi Celina,
 Con saber que te idolatro
 Y que solo tus caricias
 Han conseguido que mi alma
 En dos partes se divida...

CEL. ¿La una?

ALF. La de la gloria.

CEL. ¿La otra?

ALF. La de Celina.

CEL. Pues guarda, Alfredo, que venza
 La de la gloria á la mía,
 Que si el amor nos engendra
 Cual ninguno, nuestro clima,
 Tambien engendra pasiones
 De fuerza tan desmedida,

Que à veces como un torrente
Del pecho se precipitan.

ESCENA II

DICHOS y JAIMAR

(Desde que Celina ve à Jaimar se echa el velo à la cara.)

JAIM. Hermana de Nourddin, rey del desierto,
Sea con vos la gracia del Profeta;
Pero el Dios del Profeta vuelve el rostro
A quien no lo dirige hãcia la Meca.
Las aves han cantado, y el Oriente
Tiene color de pùrpura y de perlas,
Y se ven las palmeras del desierto.

CEL. Así como da luz en las esferas,
La derrame, Jaimar, en sus creyentes.
(A Alfredo.)
Un momento no mas, aquí me espera.
(Vãse Celina.)

ESCENA III

ALFREDO y JAIMAR

JAIM. Quien habita bajo el techo
En que el musulman habita,
Paz del Profeta bendita
Debe reinar en su pecho.
Hermano, paz en los dos.
A. F. Contigo esté ella tambien.
JAIM. Siempre me hablas con desden,
Y por cierto que veloz
Nunca blandimos la lanza,
Ni en encontrada carrera
Caí de mi yegua ligera
Por fuerza de tu pujanza.
ALF. Suerte tuviste, por Dios,
Y suerte tuvo tu yegua,
Pues habria corta tregua
Entre estar vivos los dos,
Y pasar à los infiernos,
Donde Mahoma estará.
JAIM. Maldita tu lengua está!!
Bajo los astros eternos
No hay quien así me insultara
Sin caer su cabeza al suelo!
Mal correspondes al cielo
Con que a fable te tratara,
Quien viéndote prisionero
Mandarte puede entre esclavos.
ALF. Entre cordeles y clavos
Desearia estar, primero
Que tener siempre à mi lado
De Satanás la evidencia.
Infiel, cesa tu insolencia,
O por el Cristo enclavado
Que cesarás de vivir.

JAIM. (Ala contenga mi rabia).
Nazareno, aunque me agravia
Cuanto acabas de decir,
Y aunque al Profeta le pido
Te rescaten tus hermanos
Para que puedan las manos
Suplir al labio atrevido,
Daré tregua a mi furor;
No se dirà que Jaimar,
En quien no puede matar,
Empleo nunca su valor.
En paz debemos estar.
ALF. Condenado del cristiano
Que à un perro infiel dé la mano;
De guerra me place hablar.
JAIM. Pero el perro ha dividido
Su agua con el nazareno,
Pudiendo darle veneno
Que tiene bien merecido.
Le llamas perro è infiel
Cuando eres su prisionero,
Y él desnudará el acero
Para defenderte fiel.
Cuando el alfange en la mano
Tiene osado en la pelea,
El en cortar se recrea
La cabeza del cristiano:
Se revuelve en las legiones
Con el impetu del rayo,
Y à los piés de su caballo
Caen victimas à montones.
Pero cesa la contienda,
Y al prisionero cristiano
El perro tiende la mano
Para llevarlo à su tienda.
¿Quieres contarme otro tanto
De tus frailes y tus reyes?
ALF. Cual tú, respeto las lojes
Que he jurado por Dios santo
Al venirlo à defender.
De mí será protegido
El hombre que está rendido,
El niño, anciano y mujer.
JAIM. Me place el oírte así,
Pues que todos tus hermanos
Parecen tigres hircanos,
No se asemejan à tí.
Pero al Profeta esta vez
Se ha escuchado en el desierto:
«Mañana vivirá el muerto
Y el vivo caerà à sus piés.»
ALF. Explicate, por Dios bueno,
No comprendo esa figura.
JAIM. Te hablaré con lengua pura;
Escúchame, nazareno;
Aun era jòven mi abuelo,
Y las palmas que has mirado,
Con un tronco muy delgado
Se levantaban del suelo,
Cuando vino un rey... se llama...

Muy mal en mi lengua suena....

(Recordando.)

- ALF. DÍ Godefroy de Lorena;
Pero te engañó la fama
Si te dijo que era rey.
Fué un capitán que á tu tierra
Trajo la primera guerra
Para imponerla la ley.
- JAIM. A los muros de Nicea
Se dirigió con su gente,
Amenazando imponente
De triunfar en la pelea;
Y triunfo cual lo quería,
Que el Asia no imaginaba
Que cuando quieta se estaba
Su sangre derramaría.
Como fieras tus hermanos
A la ciudad se lanzaron,
Y en un momento asolaron
Cuanto tocaron sus manos;
Que del Profeta malditos,
Sedientos de sangre humana,
Con la sangre musulmana
Saciaron sus apetitos.
De Soliman, el turbante
Su hijo en la frente tenía,
Y se acordó descendía
Del mas precioso diamante.
Quiso al fuerte contener,
Pero hubo signos fatales,
Y en dos batallas mortales
Perdió todo su poder.
Entonces vuestras legiones,
Con la victoria altaneras,
Ya les fué poco ser fieras
De sangrientos corazones;
Fueron montes despeñados
Que por el Asia rodaron,
Y á la arena nivelaron
Los pueblos mas empinados.
¡Jerusalén! era el grito
De sus labios, tan impuros;
Y fueron dentro sus muros
A consumir su delito.
A Istilchar desde su trono
Lo arrojaron insolentes,
Y en sesenta mil creyentes
Satisficieron su encono.
Los hijos de Jesucristo

(Con ironía.)

Solo el sepulcro quisieron!
¿Sabes, hermano, qué hicieron?
A cual mas estuvo listo
Para tomar diligente
Todos nuestros ricos dones,
Convirtiéndose en ladrones,
Los mejores de tu gente.

(Con desprecio.)

ALF. ¡Infiel!

JAIM. Oye, nazareno

No miente mi lábio, no;
Tu gente se repartió
Todo cuanto hallara bueno;
Y en los pueblos de Ismael
Hubo dueño sin turbante.
Por Alá, ¡ya era bastante
Apurar tanto el hiel!
Y hasta los granos de arena
Empezaron desde entonces
A brotar brazos de bronce
Que ya rompon su cadena.
ALF. ¡Miserable! ¿has olvidado
Que si una está acabada,
Otra segunda cruzada
Por el Bósforo ha pasado?
¡Pobre de tí! me da risa
Tu petulante esperanza:
Cuando de cristiana lanza
No hubiese ni leve triza,
Sabe, infiel, que desde el cielo
Caerán rayos sobre tí.

JAIM. ¡Por Alá! te presumí
Sin un tan oscuro velo!
¿Sabes en qué estado estamos?
¿Sabes algo de Nourddin?
Pues es espacio sin fin
En quien todos habitamos;
Es un rayo que esta vez
Anda cruzando el desierto:
«Mañana vivirá el muerto,
Y el vivo caerá á sus piés.»

ALF. Taimado eres, vive Dios!

JAIM. Tu Joselin tan temido,
Sucumbió, cobarde ha huido.

ALF. Maldita sea tu voz.

JAIM. Jerusalem la consume
La peste y sed.

ALF. Lidiará.

JAIM. Antioquía sola está
Con un rey que mas presume
De ser en fiestas lujoso
Que esforzado en la batalla.

ALF. Mientes.

JAIM. Y también se halla
Vuestro jefe tan brioso
Con el resto de su gente
En Antioquía danzando,
En vez de estar batallando
Si presume de valiente.

ALF. Aun se encuentra en Antioquia!
Francés cobarde, tu espada
Siempre la tendrás manchada
Con traición ó cobardía!
Pero, me engaña tu lábio,
Luis en la ciudad no está!

JAIM. Maldito será de Alá,
Dijóle á mi padre un sábio,
Quien el cerco de marfil
Lo empañó con la mentira.

(Se oye dentro una grande algaraza.)

ALF. Mas, qué hay?
 JAIM. Quieto respira.
 Cristiano, ven hacia aquí...
 (Se asoman por una de las cortinas de la tienda)
 Ya lo comprendo; á mi gente
 Un hamako ha visitado.
 ALF. Y qué hacen de él?
 JAIM. ¡Desgraciado
 Del musulman que insolente
 Con sus manos le ofendiera!
 Favorecido de Alá,
 La luz en su mente está:
 Y en los astros de la esfera
 Sabe leer el porvenir;
 Es un cristiano ¿lo ves?
 ALF. Un cristiano?
 JAIM. Quieres verlo?
 ALF. Allá no, y...
 JAIM. Haré traerlo,
 (Toca un pito y aparecen varios musulmanes con sumo
 acatamiento.)

Algo nos dirá tal vez.
 Agua y tienda al inspirado:
 (A los turcos.)
 El hamako á mi presencia. (Vánse.)
 ALF. (Que me admira su clemencia!
 Seria un hombre abonado,
 Sin su terca ceguedad.)
 JAIM. Mira el hamako, cristiano.
 Su espíritu sobre-humano
 Refleja la eternidad.

ESCENA IV

ALBERTO y DICHOS

(Alberto sale vestido con una tunica blanca y un jubon
 de pieles hasta la rodilla.—En la mano derecha trae
 un chicote de ramales, y á la izquierda un libro.)

ALF. Dios de mi alma!
 (Hace esta exclamacion al reconocer á Alberto.)
 ALB. Salud
 Y paz de Dios en el suelo.
 ALF. El es.
 JAIM. Y luz en la mente
 De quien protege mi dueño.
 ALB. (Perro infiel, maldito seas!)
 Hay fuego en el firmamento.
 (Con tono de inspiracion y sacudiendo el chicote.)
 Fuego en lo hondo de la tierra:
 Los leones del desierto
 Ya perdieron su guarida,
 Ya revientan los truenos;
 Mortales, temblad, huid.
 JAIM. Inspirado está!
 ALB. Yo quiero
 Que se obedezca mi voz:
 El hijo de los desiertos

Salga al punto—el cielo tiene
 Pintas rojas, torvo ceño.
 JAIM. Sumision al inspirado.
 (Hace una profunda reverencia y se va.)

ESCENA V

ALFREDO y ALBERTO

(Alberto arroja el chicote y el libro)
 ALB. Contigo vaya al infierno,
 Descendiente de Luzbel.
 ALF. ¡Marqués de Verona! (Se abrazan.)
 ALB. ¡Alfredo!
 ALF. A qué has venido, por Dios!
 ALB. Buena pregunta por cierto!
 A perecer á tu lado,
 O á librarte en el momento.
 ALF. Retírate, Alberto, huye.
 ALB. Airoso fuera el regreso!
 Oye: supe en Antioquia
 Que con gran acatamiento
 Entre estos perros estabas,
 Merced al raro deseo
 De la hermana de Nourddin,
 Quien con su poder inmenso
 Te daba su proteccion
 Y favor á un mismo tiempo.
 Supe tambien caminabas
 Entre soberbio cortejo,
 Con direccion á Edesea,
 Atravesando el desierto.
 Bien conoces los Templarios:
 Sabes que no tienen cielo,
 Ni fé, ni patria, ni Dios,
 Si en la patria, Dios y cielo,
 No encuentran oro y placer.
 Pues yo con el valimento
 Del rescate de Celina,
 Y pintándoles lo bello
 De un rostro de serafín,
 Conseguí que en el momento
 Se armaran cien, nada mas;
 Pero cien de tanto empeño,
 Que muy cerca se quedaron,
 Mi seña esperando luego,
 Entre un bosque de palmeras
 Que de aquí no se halla lejos.
 ALF. No la darás, no.
 ALB. ¿Qué dices?
 ALF. Huye... propon otro medio
 Cualquiera; mas no imagines
 Salvarme del cautiverio
 Por medio de una bajeza...
 Celina!
 ALB. No te comprendo.
 ALF. Si sus mercenarias manos
 La tocaran, con mi acero
 Antes juro se hallarian.
 ALB. ¿Has perdido el juicio, Alfredo?

Maldito si una palabra
De cuanto dices comprendo
ALF. Escucha: tú eres tan solo
El único á quien mi pecho
Supo darle su amistad;
La misma patria tenemos,
El mismo honor en el alma,
Y ambos somos caballeros
Y soldados de la cruz.
Pues bien, te suplico, Alberto,
Que al instante te retires
Si has de quebrantar mis hierros,
Poniéndolos en Celina.

ALB. ¿Y de dónde tal empeño,
Alfredo ¿por una... ¿acaso?...
ALF. Acaso la amo, sí, Alberto.
ALB. (Con dignidad) Ya por Dios, lo imaginaba!
Mas no me creas tan necio
Que porque la amas te culpo:
Te culpo, mal caballero,
Que por amores olvidas
Tus sagrados juramentos.
Vive Dios, que mal le viene
Traer una cruz en su acero
A quien no sabe templarlo
Con los soles del desierto!
Vive Dios, que mal le plugo
Pedir la cruz á Eugenio,
Quien á profanar de Cristo
Viene los sagrados restos!

ALF. Alberto....!
ALB. No de las tumbas,
Bohemundo ni Tancredo
Vuestras ánimas alceis;
Quedad en eterno sueño,
Pues que hay algun italiano
Que olvida que es caballero,
Por acordarse que es hombre.

ALF. Calla el lábio que mi pecho
Con tus voces lo taladras.
ALB. Mientras regalas tus sueños
Con femeniles halagos
Están aguzando el hierro
Tus hermanos; y mañana,
Batallando en los desiertos
Por el Redentor del hombre,
Con la sangre de sus pechos
Matizarán sus laureles,
Para su nombre, cogiendo
Aplausos, y para su alma
La salvación en el cielo..

ALF. Alberto.
ALB. (Con ironia.) Mas esta gloria
Es muy poca para Alfredo
Pues los brazos de una infiel,
Ah! es un brillante trofeo.

ALF. Basta.
ALB. Sí, todos mañana
De hinojos nos postraremos
Ante el sepulcro de Cristo.

Mostrándole nuestro acero
Teñido de sangre infiel,
En tanto que el noble Alfredo
Se afinojará delante
De su maga en el desierto.

ALF. La seña. pronto, que vengan.
ALB. ¿Para qué? quizá tu acero
Contra mi pecho se vuelva,
¡Cómo es un hecho tan bello
Defender los musulmanes!

ALF. La seña.
(Se siente mucha algazara.)
ALB. ¿La oyes Alfredo?
ALF. ¡Cómo! ¿qué?
ALB. Ya de esperarme
Se habrán cansado los nuestros,
Y están ahí. Mas, si quieres...
ALF. No, que vengan. Un acero.
ALB. Toma....
(Se despoja de la túnica y el jubón. quedando con su
armadura de caballero cruzado, y le dá una espada
que habrá traído oculta)
ALF. ¡Celina!
ALB. No temas,
Ambos de ella cuidaremos.

ESCENA VI

CELINA y DICHOS.

CEL. Alfredo, pronto seguidme;
(Con mucho valor.)
Son los tuyos, pero el viento
No atravesará más raudo
Que nosotros el desierto;
Ven.

(Hasta el fin del acto el diálogo y la acción se llevarán
con la rapidez posible.)
ALF. ¡Celina!
ALB. No: la gloria
Tiene más alas que el viento:
Ella es hora quien te llama.

CEL. ¿Quién eres tú, nazareno?
¿Quieres seguirnos? venid.
Tambien tendrás al momento
Esclavos que te defiendan,
Y un alazan más ligero
Que el relámpago y el rayo.
(Se oye mas cerca el estridor de las espadas.)
¿Qué haceis? están combatiendo:
Los instantes son preciosos;
Ya se acercan.
(Quiere tomar de la mano á Alfredo.)
ALB. Deteneos.
(La separa de Alfredo.)

ESCENA VII

DICHOS, JAIMAR, *algunos musulmanes.*

- JAIM. Alá no escucha á sus hijos:
Huyamos, con vuestros pechos
(*A los musulmanes.*)
Guardadla—mas tu conmigo...
(*Dirigiéndose á Alfredo.*)
- ALB. Conmigo tú.
- JAIM. Nazareno!
Traicion infame..., tu vida. (*Se baten.*)
- ALB. La tuya será primero. (*Le hiere.*)
- JAIM. ¡Ah!

ESCENA VIII

DICHOS, EBRARDO DE BARRES *y algunos Templarios.*

- EBR. (*A los soldados.*) Sobre ellos vosotros.
Allí está.
(*Se acerca á Celina y la toma del brazo.*)
- CEL. Favor, Alfredo.
- ALF. Gran Maestro de los Templarios,
Respetad.
- ALB. Calla.
- EBR. Silencio;
Respetad vos, italiano,
La Cruz que teneis al pecho.

ACTO SEGUNDO

Salón regio en el palacio de Antioquia. — En el fondo dos tronos, de enmedio de los cuales caen dos banderas, la una blanca con una cruz negra, la otra tendrá dibujada una mujer hincada, suelto el cabello, dolorido el rostro, teniendo sobre su cabeza esta inscripción:

• AFFLICTE SPONSÆ NE OBLIVISCARIS •

Al pié de los tronos dos hileras de sillones: una puerta secreta que ocultan los tapices, al fondo; á la derecha del actor la de entrada, á la izquierda la que va á lo interior del Palacio.

ESCENA PRIMERA

LUIS *y ELEONORA en el trono de la derecha, RAIMUNDO en el de la izquierda — JILBERTO, EBRARDO, el GRAN MAESTRE de los Hospitalarios, el fraile BERNARDO y demás caballeros ocupando los sillones: los guardias desfilarán desde el último*

sillón hasta la puerta de entrada. — 1.1718 y RAIMUNDO coronados y con mantos reales; los demás, excepto BERNARDO, armados de caballeros cruzados.

- LUIS. Principes y señores, fuera mengua,
Que aun á menos que rey, á caballero
Desluciera el honor de sus blasones,
Si no sintiera arder dentro del pecho
La purísima llama que os anima.
Sobre el trono de Francia mis abuelos
Dos siglos se sentaron, y ni un día
Sobre el trono de Francia se echo ménos
La fé de caballero y de cristiano.
Vine, como vosotros, al desierto
Para purgar las culpas de mi alma.
Y ganar con los golpes de mi acero
Del soldado la prez y nombradía.
Quiero, como vosotros, al momento,
Ver de Jerusalem los altos muros,
Y ayudar á su rey con mis esfuerzos
A la defensa del sepulcro santo.
Pero ya os lo repito; mis deseos
Tienen hoy un poder que los estorba:
Dentro de pocos días, satisfechos,
Indicaré la marcha, y victoriosos
Desde el Calvario la ciudad veremos.
- RAIM. Dios, que tiene en sus manos lo creado,
Y ve en lo mas oculto de los pechos,
Niegue la salvacion al alma mia,
Si engañaros quisieran mis acentos.
Ya dimos reverencia á las razones
De nuestro huésped real; él sin recelo
Saliera en el instante de Antioquia,
Si asuntos que no es dado penetremos
No hicieran detenerlo en su carrera.
Entonces, Nos el Rey, que justicieros
Mandamos nuestra ley en Antioquia,
Sin desmentir los santos juramentos,
Prestamos nuestro voto á que demore
Luis séptimo de Francia su alto empeño.
- EBR. Un mes y nada mas.
- OTROS. Un mes tan solo.
- LUIS. Aun antes creo yo que marcharemos.
¿No lo cree así tambien mi real esposa?
(*Con cierta intencion.*)
- ELEO. Si cual vosotros el pesado acero
No soportan mis manos, cual vosotros
Soporto las fatigas del desierto,
Y desde el manso Sena hasta el Oronte,
Sabeis que á los cristianos caballeros
Cual cristiano tambien les acompaño;
Pero cuando palpitan en mi pecho
Por mi esposo deseos de su triunfo,
Tambien para que sea sin recelos
Creo que su demora en Antioquia
Conveniente le es; y si en el pecho
De Adalides tan nobles y cumplidos
De una mujer se escuchan los acentos,

Como mujer, no como reina, pido
Se levante el consejo, y que de acuerdo
Demoremos un mes nuestra partida.

(Todos hacen acción de levantarse.)

BER. Deteneos, señores, un momento.
Del mas humilde siervo de la Iglesia
Escuchad la palabra... Qué! ¿del cielo
Ya no baja la luz á vuestros ojos?
Demorar! ¿para qué? ¿El Padre Eterno
Os demora la luz, el agua, el aire,
Y su divino amparo en los desiertos?
¿No es por su hijo, Redentor del hombre,
Que vais á combatir? Acaso el miedo
Detiene vuestros pasos? Ved, cristianos,
(Enseñando el hierro de una lanza.)
La lanza que de Cristo el santo cuerpo
Por vosotros hirió... Ved, de su sangre
Hay manchas en los filos de este hierro.
Mis manos se estremecen al tocarlo,
Y tiemblan, y temblais, y el orbe entero
Creo que se oscurece ante mis ojos...
Acaso ya retumba por el cielo
La trompeta final... chocan los astros,
La tierra se revienta y de sus senos
Las ánimas con vida se levantan,
Y de hinojos los vivos y los muertos
Caen ante el Señor... creo que escucho
La terrible pregunta del Eterno:
Cristianos! ¿Qué habeis hecho? y vuestro
[labio,

Perdon, Dios mio, repetir con miedo.
(Algunos caballeros:)

Jerusalen! Jerusalen!

BER. (Cristianos!
(Voces dentro.)

Jerusalen! Jerusalen! marchemos.

LUIS. Reverendo Bernardo, vuestras voces
Llegan como de Dios hasta mi pecho.
Yo sabré obedecerlas.

BER. Rey de Francial
Recuerda que pisaste los desiertos
Para purgar tus crímenes de sangre;
Recuerda que los filos de tu acero
Enrojecieron de Vitry los campos;
Y que tu mano fratricida, el fuego
Puso en los pueblos de tu patria misma;
Y solo tu perdon concede Eugenio,
Si lidias por Jesús, de lo contrario,
Del Vaticano acaso algun acento
Puede pulverizarte, rey de Francia.

ESCENA II

DICHOS y un CABALLERO.

CAB. Príncipes y Señores del Consejo,
Una infiel á las puertas de Antioquia,
Con la señal de paz de un mensajero,
Acaba de llegar, él os saluda
Y os manda el pergamino que os presento.

Se lo entrega á Luis doblando la rodilla.—
Luis despues de leer el pergamino se lo pasa
á Raimundo.

LUIS. Guerreros de la Cruz! el cielo santo
Derrama sus bondades en el suelo:
El Génio mas tenaz del Islamismo;
El vencedor temible en Edesea,
El tigre asolador, Nourddin el fiero
Se humilla ante nosotros; solicita
Una hermana que dice que los nuestros
Han puesto entre cadenas: él en cambio
Nos ofrece cincuenta caballeros,
O el oro que al antojo le pidamos.
De esa mujer nosotros no sabemos.
¿Alguno de vosotros ha podido
Tal ventaja obtener en el desierto?
(Momento de silencio.)

RAIM. Cincuenta caballeros nos ofrece,
¿Ignorais la valia de este precio?
LUIS. (Al caballero.) Salid vos, caballero á nues-
[tro campo,
Y en el nombre de Dios á los guerreros,
Y en el nombre de Nos, decid que pronto
La hermana de Nourddin venga á este
[puesto.

RAIM. O si de los cruzados de Antioquia
Alguno nos dá indicios de su dueño.

ESCENA III

DICHOS y ALFREDO completamente arma-
do y la visera calada.

ALF. Uno hay aquí que lo sabe.
EBR. Mejor fuera recordara
El caballero (si acaso
Es caballero el que habla)
Que no se trae al Consejo
Tan corrida la celada.
ALF. Ebrardo de Bárres (1) noble
Gran Maestre, muy estimada
Por mi será la advertencia.
Es efecto de la usanza
El que se me haya olvidado
Levantarme la celada,
Cosa que no me acontece
Cuando estoy en las batallas,
Y cosa precisamente
Que vos debeis ignorarla,
Porque nunca estais en ellas.
EBR. Por mi cruz y por mi espada
Que esa lengua tan audace,
Con mis manos la arrancara,
Si léjos de este recinto
Salieran vuestras palabras.

(1) Para mayor facilidad del actor damos á la pronunciación de algunos nombres franceses el valor que tienen sus sílabas en castellano.

- ALF. Buscadme léjos de él.
 LUIS. Silencio, mas moderada
 Suelta tu lengua, cruzado,
 Que te oyen en esta sala
 El rey de Francia y Raimundo.
 Alza luego la celada;
 Y, diciéndonos tu nombre,
 Descubre dónde se halla
 La mujer que procuramos.
- EBR. (A Luis.) A quien á vos no os acata,
 Mal puede creerse, Señor.
- ALF. Obedezco rey de Francia.
 (Se alza la celada.)
- LUIS. ¿Tu nombre?
 ALF. Varios tenia
 Allá en Italia, mi patria;
 Desde que he pasado el Bósforo
 Tan solo Alfredo me llaman.
- LUIS. ¿Caballero?
 ALF. Por mi sangre
 Y los golpes de mi espada,
 Recibí el espaldarazo
 A los veinte años.
- LUIS. Bien, basta.
 Dinos ahora el paraje
 De esa mujer.
- ALF. Las palabras
 Del noble Ebrardo de Barres
 Serán mas ciertas ¿Gustará
 De pronunciarlas acaso?
- EBR. No os comprendo, y es ya tanta
 La altivez de ese italiano,
 Que mal viene al rey de Francia
 Y á los demás que escuchamos,
 Sufrirlo con tal audacia;
 La reina pide concluya
 El Consejo, y su demanda
 Sin duda que se merece
 Ser, por Dios, mas acatada.
- ELEO. Si, lo pido... El caballero
 Puede pasar á la estancia
 De mi real esposo. En ella
 Habrá momentos de calma
 Para indagar de la infiel.
- EBR. Ya lo ois.
 ALF. (A Luis.) De vuestra gracia
 Pido, señor, un momento
 Que me escuche.
- ELEO. Ya que es tanta
 De mi esposo la paciencia,
 Rey Raimundo, en esta sala
 Es vuestra voz la primera.
 ¿Quereis con valor alzarla
 Y decir a ese cruzado
 Que la audiencia esta acabada?
- RAIM. Señora....
- LUIS. (A Eleonora.) Cual vos, concibo
 Que es necesario en mi estancia
 Aclarar esta verdad...
- ALF. No, gran señor, la cruzada
- No tiene un solo soldado,
 Que no pueda en esta sala
 Pedir justicia á vosotros;
 Y yo que soy...
- EBR. De la Italia
 Quizá algun aventurero.
 ¿No es verdad? Está ordenada
 Vuestra salida, marchad.
- ALF. ¡Aventurero! (Mi espada
 Tiembla de rabia en el cintol)
 Miradme bien, rey de Francia,
 Mirad si estos mismos ojos
 No viste que centelleaban,
 En vez de miradas, rayos,
 De Pisidia en las montañas.
 Allí donde cual torrente
 Corrió la sangre cristiana,
 Porque de armas no entendieron
 Los guerreros de tu Francia.
 Allí donde abandonado,
 Solo tu brazo lidiaba,
 Y en tanto que en el peligro
 Rey y religion dejaban,
 Descendian á los valles
 Los guerreros de tu Francia.
 Allí, donde el que han llamado
 Aventurero de Italia,
 Fué solo quien con su cuerpo
 De los golpes te escudara,
 Y en sangre tintos sus miembros,
 Y trozos hecha su espada,
 Con su puñal solamente
 Te hizo un muro en la montaña,
 Mientras no habia á tu lado
 Ni un guerrero de tu Francia.
 Así señor, se batia
 Quien es acaso de Italia
 Algun vil aventurero:
 Al tajo de cimitarras
 Vertiendo rios de sangre,
 Por librar un rey de Francia.
- LUIS. Te reconozco, italiano,
 Y nunca de mi olvidadas
 Han sido tales proezas.
- ALF. No, gran señor; olvidadas.
 De Italia los caballeros
 No cobran por sus hazañas.
 Cuando el Aguila extendia
 Del Capitolio sus alas,
 Y del sol el rayo ardiente
 Quebrado en ellas quedaba,
 Nunca cobro por la sombra
 Que al mundo daban sus alas.
- LUIS. Concluye ahora... tú sabes
 Lo que buscamos, mañana
 Me informarás en secreto
 Su destino.
- ALF. Retardara
 Hasta mañana en decirlo
 Si pendiera en mis palabras;

Pero ya quizá se acerca
La mujer á quien se aguarda.
¿Cómo?

EBR.

LUIS.

¿Aquí?

ALF.

Hace un instante

Que un héroe de la cruzada,
Que el hallar la prisionera
Tanto como yo deseaba,
Me hizo avisar que viniera
Al Consejo sin tardanza,
A prevenir que traeria
Lo que tanto se buscaba,
Y que tan solo á los reyes
Les pertenece guardarla.

ESCENA IV

DICHOS *y* UN CABALLERO

GAB.

El leal marqués de Verona
Pide permiso y aguarda
En las puertas del Consejo.

RAIM.

Le están abiertas. (*Váse el caballero.*)

ALF.

Llegadá

Es ya la hora, Gran Maestre.
Nobles señores, miradla.

ESCENA V

DICHOS, ALBERTO *y* CELINA

(*Celina no repara en Alfredo hasta que el diálogo lo indique.*)

ALB.

Al Consejo acatamiento,
Respetos á la corona:
¿Puede un marqués de Verona
Hablar un solo momento?

LUIS.

Es honra para el Consejo
El escuchar un valiente.
Hablad

ALB.

Con tal aliciente
Hablaré con mas despejo.
Tres meses há que un guerrero,
A quien le llamo mi amigo,
Combatiendo al enemigo,
Cayó herido y prisionero;
Y en pecho que de cristiano
Y de valiente blasona,
Mas el coraje se entonia
Cuando le falta un hermano.
Busqué el mio día á día
Por los vastos arenales,
Que no daban ni señales
De la huella que seguia;
Pero quiso Dios bondadoso
Premiar mi constante anhelo,
Y al fin conseguí mi celo
Saber de él, venturoso.
Con solo cien caballeros
Que su auxilio me prestaron,

En el desierto brillaron
Los hendecidos aceros,
Y como es sabido ya
Que no brillan sin vencer,
Vencimos, y pude ver
Al que buscaba.... Aquí está....

CEL.

Alfredo!

ALF.

Calla!!

ALB.

Lo hallara
De una mujer prisionero,
Que compasiva al esmero
Como hermano le tratara.
Era mujer de valia,
Y que la santa Cruzada,
En porcion muy estimada
Presumi que la tendria.
Pero en medio del combate
La arrebató un caballero,
Cuyo nombre no prefiero
Que de aclararse se trate.
Ocho soles han brillado
Y nada supimos de ella;
Pero hoy hallamos su huella
Y yo mismo la he tomado:
Si esto pesa al caballero,
Yo recogeré su guante,
Y su tan caro diamante
Le pagaré con mi acero.
Pero entretanto, al amparo
Pongo de vuestra real mano
Esta mujer, cuyo hermano
Es el contrario mas caro
De nuestra fé, es, señores...
Lo sé, marqués de Verona,
Y vuestro celo os abona
De nuestros altos favores.
Dinos tu nombre. (*A Celina.*)

LUIS.

Dinos tu nombre. (*A Celina.*)

CEL.

Celina.

LUIS.

Y bien, Celina, tu hermano
¿Cuánto dara á un soberano
Por tu libertad?

CEL.

¿No atina?

A idearlo vuestra cabeza?
Un tajo en su real garganta.

LUIS.

Tal oferta no me espanta:
Es natural tu fiera:
Celina, aqueste palacio
Será tu-carcel; mañana
Mi voluntad soberana
Dispondrá con mas espacio.
Caballeros, despejad...
(*Á Alfredo y á Alberto que se van.*)
Señores, ya terminemos;
Mañana contestaremos
Al califa de Bagdad.

(*Desde que los reyes bajan del trono se toca dentro de bastidores una marcha militar á grande orquesta. Se continuará hasta que hayan salido los monarcas.*)

ESCENA VI

ELEONORA, EL GRAN MAESTRE y CELINA

- EBR. (A Eleonora). Tengo que hablaros, señora.
 ELEO. Y yo tambien, noble Ebrardo.
 EBR. Pero antes... (De celos ardo).
 ELEO. (A Celina). Comprendo. ¿Quereis ahora
 Contemplar en su recinto
 Los jardines del palacio?
 Es magnífico su espacio.
 CEL. (Con sonrisa.) De flores un laberinto!
 ¿No es verdad? Señora bella,
 Os doy rendidas las gracias...
 ¿No hay algun bosque de acacias
 Dividido en ancha huella?
 ELEO. Sí.
 CEL. ¿Alguna fuente serena
 Que en redor abundan flores
 Cuyos mágicos olores
 De tanto placer dan pena?
 ELEO. Sí.
 CEL. Al extremo del jardin
 No hay una gruta escondida
 De hojas de palma tejida
 Del uno al otro confin;
 Y por el verde ramaje
 Se ve la luz misteriosa,
 Como la faz de una hermosa
 Cuando la cubre un encaje?
 ELEO. Bien lo sabes!
 CEL. Fuera igual
 Que al leon de nuestras regiones
 Vinieran extraños leones
 A enseñarle el arenal.
 ELEO. Ya que tan de casa eres,
 En el salon del Oriente
 Vé á esperarme, con mi gente
 Conversarás si lo quieres.
 CEL. Gracias, señora, os repito.
 ¡Quiera Alá que yo algun dia
 Os pague la cortesia...!
 Queda, no te necesito.

Al irse quiere acercárselo Ebrardo, pero se para á la voz de Celina. Váse ésta.

ESCENA VII

ELEONORA y el GRAN MAESTRE

En este diálogo se evitará la precipitacion de las palabras, tratando de marcar el doble sentido que tienen amenudo.

- ELEO. ¿Qué os parece, buen Ebrardo?
 ¡Altiua la niña es!
 EBR. Mas que altiua.
 ELEO. Y algo bella.
 EBR. Sí.
 ELEO. Descontenta.

- EBR. Se vé.
 ELEO. ¿Sabes, Gran Maestro, una cosa?
 Debes darme el parabien:
 Tengo el don de doble vista,
 Como dice el escocés.
 EBR. Real señora, lo celebro.
 ELEO. No sé qué pude entrever
 Que, ya vistas, di mi voto
 Porque ese italiano soez
 No contara en el Consejo
 De los caballeros quien
 A Celina la guardaba.
 ¿No te parece acerté?
 EBR. Reina Eleonora, yo creo
 Que ver el porvenir sé
 Como las magas de España.
 En el Consejo tambien
 Persisti en que no partiera
 Luis para Jerusalem;
 Al menos que retardara.
 ¿No os parece que acerté?
 ELEO. Gran Maestro, ladino estás.
 EBR. Hablemos mejor, pues que
 Ambos bien nos conocemos.
 Señora, ¿vos no quereis
 Que Luis marche todavía?
 ELEO. Sin duda.
 EBR. Pues yo sabré
 Como detener su marcha
 ELEO. Asi lo espero.
 EBR. Vereis
 Que no se junta el Consejo
 En diez semanas tal vez.
 ELEO. Perfectamente.
 EBR. Raimundo
 ¿Es para vos lo que ayer?
 ELEO. Y quizá mas.
 EBR. ¿Se han concluido
 Los sustos por Isabel?

ESCENA VIII

DICHOS y CELINA

(Celina sale por la puerta secreta.—Al ver á los personajes se queda oculta dentro de las cortinas).

- ELEO. No, Gran Maestro: cada dia
 Tengo un nuevo padecer;
 Una espina mas, que al alma
 La despedazá cruel.
 La ama, yo bien lo conozco;
 Y quizá tambien es él
 Correspondido por ella;
 ¿No lo crees?
 EBR. Bien puede ser.
 ELEO. La casualidad te hizo
 Mi secreto conocer,
 Y de entonces de tu lábio
 Los consejos escuché.

Si antes le amé por caprichos
Pasajeros de mujer,
Hoy le amo ya por orgullo.
Porque hay otra que á la vez,
A donde pisa Eleonora
Pretende poner su pié.
Yo no quiero de Antioquia
Que salga mi esposo el rey,
Y quiero ver á Raimundo
Llorar de amor á mis piés.
Yo no quiero que sus ojos
Se hallen con los de Isabel,
Y quiero que esta insensata
Lo humille con su desden.
En tal circunstancia, Ebrardo,

(Se quita una cadena de oro y la pone en el cuello de Ebrardo.)

¿Dime, pues, qué debo hacer?
EBR. ¿Para que Luis de Antioquia
No salga?

ELEO. Yo le diré:
No quiero salir, y entonces
Como se quedó otra vez,
Se quedará mal su grado.
¿Para lo otro?

EBR. No sé
Sino un solo medio.

ELEO. Pronto.

EBR. ¿Es muy noble esa Isabel?

ELEO. Es de la mas pura sangre
De todo el reino francés:
Sobrino del noble conde
De Nevers.

EBR. Ah, sí, de aquel
Que los barones y obispos
Eligieron para ser
Ministro y señor del reino
Mientras la ausencia del rey.

ELEO. El mismo.

EBR. Y que ha preferido
Ser monje, primero que
Mandar la Francia....

ELEO. Sin duda.

EBR. Pues bien, señora, á Isabel
Es necesario casarla.

ELEO. ¿Casarla!

EBR. Cierto.

ELEO. ¿Con quién?

EBR. Con algun buen caballero.

ELEO. ¿Ebrardo!

EBR. ¿Me comprendeis?
Teneis don de doble vista
Como dice el escocés.

ELEO. Pero ese.

EBR. Ese italiano
Es para Ebrardo á la vez,
Lo que para vos, señora,
La condesita Isabel.
No consintais, si os parece.
Yo por mi parte tambien

Haré lo que me convenga;
Y gracia ha de ser, por Dios,
Que canten los trovadores,
Que la reina, la mujer
Que es joya de la Cruzada
Y de la Europa tambien,
La primera en hermosura,
Le fué á su marido infiel;
Y el galan favorecido,
Despues de estar á sus piés,
Se aburrio y le dió los brazos
Su camarera Isabel....

ELEO. Pero ese italiano apenas
Tiene un nombre.

EBR. Dadle diez.

Mañana estará Edesea
Rendida á nuestro poder:
Tolemis, y Cesarea,
Y Ascalon caeran tambien,
Como otras muchas ciudades,
Al amparo de la fé.
Y el que corta cien cabezas
De los perros de Ismael,
¿No desmerece, señora,
Una corona en la sien?

ELEO. ¿Consentira?

EBR. Es italiano...

ELEO. Pero ¿y lo querrá Isabel?

EBR. Hacedlo grande, y respondo.

ELEO. ¿Creeis que lo quiera?

EBR. Es mujer

ELEO. Entonces, dentro de una hora
Haz que venga.

EBR. Así va bien.

Entonces, mi bella reina,
No sera mal que a las diez
De esta noche, vuestro esposo
Los muros paseando esté,
Y el rey Raimundo acompañe
Vuestra soledad.

ELEO. Si: de él
Necesito explicaciones.

EBR. Pues bien, Raimundo á las diez.

ELEO. Dentro una hora el italiano.

EBR. Quedad con Dios.

ELEO. Vé con él.

(Váanse: Ebrardo por la puerta de salida, Eleonora
por la de las piezas interiores).

CEL. Dentro una hora el italiano,
El rey Raimundo á las diez:
¿No son estas las dos citas?
Reina cristiana, está bien.

ACTO TERCERO

Aparato teatral del acto anterior

ESCENA PRIMERA

DOS PAJES

- P. 1.º Mal entiendes, pajecillo,
Los asuntos de palacio.
- P. 2.º Sus mentiras.
- P. 1.º Mas despacio.
Dale á tu lengua un poquillo
De circunspeccion, de calma,
No sea que por tu prisa
Tengamos que oír una misa
Por el descanso de tu alma.
- P. 2.º No me hermano con el miedo
Y digo lo que es de ley.
Si pesa á su gracia el rey
Que le apunten con el dedo,
Sea rey como se debe;
Que rey sin poder de rey,
No tiene de rey la ley
Porque a ser rey no se atreve.
Y pues el rey no demuestra
Ni la voluntad de un hombre,
Es claro que es rey en nombre
Que se presenta de muestra.
- P. 1.º ¡Pajecillo!
- P. 2.º En Antioquía
¿Qué es lo que hacemos ahora?
Entreñer a Eleonora
Con fiestas de cada día.
Dos torneos por semana,
Y sus dulces trovadores
Decirla cuentos de amores
De la noche á la mañana;
En tanto que los guerreros
Con la molicie embriagados,
Se olvidan que son cruzados;
Y sus bruñidos aceros
Los comienzan á arrojar;
¿Es esto lo que juramos
Cuando el pecho nos cruzamos
Para venir á lidiar?
Si a la reina la molesta
Del desierto la distancia,
Vuélvase ¡por Dios! á Francia
Y viva en continua fiesta,
Hasta que diga no más!
- P. 1.º Tu no entiendes un camino
De esta Cruzada.
- P. 2.º Imagino
Que tú tampoco estarás
Mejor impuesto.

- P. 1.º Te engañas:
Cuanto aqui nos ha pasado
Maldito si mo ha asustado;
Y lo que tu tanto extrañas,
Yo lo miro por precisa
Y natural consecuencia.
- P. 2.º ¡Que me admira tu paciencia!
- P. 1.º No tal, ¡si es cosa de risal
El rey vino á Tierra Santa
Por la causa que yo vine.
Que en Tierra Santa camine,
O en ella clave su planta,
Siempre que haya estado en ella,
Ha cumplido su mision.
- P. 2.º ¿Cómo?
- P. 1.º A Luis da el perdon
Por su maldita querella,
El Papa Eugenio tercero
Y los obispos, con tal
Que venga á purgar su mal,
Vestido todo de acero
Al desierto. Por mi parte
Maté con mis propias manos
Al mayor de mis hermanos,
Como en via de descarte,
Por una que me jugó.
Me persiguieron, fui al Papa,
Y él de mi culpa me escapa
Ordenando venga yo,
Para purgar mi pecado,
(Señalando la cruz que trae al pecho.)
Con esta cruz al desierto:
Es así que es caso cierto
Que el desierto se ha pisado
Por el rey Luis y por mi,
Luego el rey Luis y este paje.
Han terminado su viaje,
Puesto que se hallan aqui.
- P. 2.º Mal cristiano eres, por Dios!
Y si te oyere el muy santo
Bernardo...
- P. 1.º Sé todo cuanto
Me diria; y con su voz
Y la lanza que encontraron
Al pié del altar mayor
De esta iglesia, con fervor
Me amenazara... Lloraron
Mucho ya mis propios ojos
Y mucho he peregrinado
Por enmendar mi pecado!
Con que vamos, tus enojos...
Mas ¿quién viene?

ESCENA II

ALFREDO y DICHOS

- ALF. Un caballero.
- P. 1.º Algo más se necesita
Para entrar en esta sala.

EL CRUZADO

- ALF. Siendo menos entraria.
P. 1.º Pero tambien es verdad
Que saldriais mas deprisa.
ALF. Será mejor que tus voces
No salgan tan atrevidas.
Id, paje, y á vuestra reina
Que ha obedecido, decidla,
El caballero italiano.
P. 1.º Si la reina os necesita
Ya es otra cosa diversa.
(*Váse por el tercer bastidor de la izquierda.*)
ALF. Id con Dios.
P. 2.º Si no es precisa
Mi presencia al caballero...
ALF. Marchad, paje, con mi estima.

ESCENA III

ALFREDO, *solo*

- ALF. ¿Por qué dentro mi pecho
Hay algo que oscurece la hermosa
De esa divina amante criatura;
Y nunca satisfecho
Con su amor hechicero,
Desmiento hasta mi fô de caballero?
¡Magnifico aparato!
(*Mirando los tronos.*)
Un cadáver quizá cobrase aliento.
Si lo llamaran rey por un momento;
Y el menos insensato
Su vida inmolaria
Por colocarse allí tan solo un dia!
La vista de un monarca,
De su poder contempla el horizonte,
Como en la cresta de empinado monte
El Aguila que abarca
Con su mirar de fuego,
Inmenso espacio que atraviesa luego.
Con orgulloso labio
Dicta imperante de su régia silla,
Y al eco de su voz cae la rodilla
Del guerrero y el sábio,
Del jóven arrogante,
Y del viejo en noblezas delirante.
¡Como se llega á rey!
Ver en tinieblas lánguida la vida
Teniendo el alma de ambición henchida...
¡Ah! es vida que consume
La vida misma que alentar presume!

ESCENA VI

ALFREDO y CELINA

- Celina habrá entrado en la escena ántes de concluir
Alfredo las últimas palabras.*
CEL. Tendrá tu ambición tu logro
Si tambien tienes amor.
ALF. ¡Celina! ¿aqui? ya la reina

- Debe venir: huid por Dios.
CEL. La reina está entretenida
Escuchando un trovador.
¿Te pesa el ver á Celina?
ALF. No; mas si ven que los dos
Hablamos, tú no comprendes
Lo que sufriria yo.
CEL. Y qué ¿no sufre Celina
Por tí? ¡Ah! mi corazón
No sabe sino adorarte:
Tú no conoces, ¡oh, no!
Como se ama en el desierto:
Mas que los rayos del sol
Arde el amor en nosotros.
ALF. ¡Gelina!
CEL. Por tí el amor
Primero sentí en mi pecho:
Por tí olvidé de mi Dios
Su palabra y los preceptos
De mi estricta religion,
Y rompí por tus amores
De mis creencias el amor.
Por tí miré las arenas
Abrasadas por el sol,
Como alfombras delicadas
De vivísimo calor;
Que no hay soles, ni desiertos,
Ni infortunio, ni dolor
Que no crea una ventura
Si me encantas con tu voz;
Por tí sueños mas hermosos
Que la bella luz del sol,
Cuando trinan en el arbol
La calandria y ruiseñor,
Cuando hay gotas de rocío,
Como perlas en la flor,
Cuando toda es hebras de oro
La argentada creacion;
Por tí toda el alma mia
En un éxtasis de amor,
Ya delira con tus ojos,
Ya delira con tu voz...
¿Qué mas quieres, vida mia.
Rica estrella de mi amor,
Si hasta amenazé mi vida,
Al ver que otro pretendio
Este corazón que es tuyo?
ALF. ¿Otro?
CEL. Mas tuvo valor.
Que de sus torpes halagos
Mi puñal me defendió.
ALF. ¡Infame fraile!
CEL. Seis dias
En su tienda me guardo'
Y amenazandome ora
Con palabras de furor,
Ora haciendome promesas,
Ora humilde y con baldon
Quería del pecho mio
Beber alientos de amor.

Pero mas que Alá, tu imágen
Resistencias me inspiro,
Y tan solo maldiciones
Compensaron su pasion.

ALF. Yo le buscaré al cobarde
CEL. No, mi Alfredo, aqueso no,
Ya estoy libre de su imperio;
Otra cosa quiero yo.
Mi hermano dará a tus reyes
Cuanto exija su ambición
Por mi libertad.—Alfredo,
Yo pude escuchar tu voz:
Sé que deseas un trono,
Lo tendrás. También sé yo
Que miles de hombres deseas
Para mandar, no habrá dos
Que cual tú tengan esclavos
Con mas fina misision.
Te ofreceria un serrallo
Con murallas en redor,
Que guardara las mujeres
Mas lindas que Alá creo;
Con tanto esmero cuidadas,
Que cada una en su prision
Por lecho tendria plumas
De bellissimo color,
Y perfumes deliciosos
Que embriegasen con su olor;
Tanta seda y pedreria,
Tanto pájaro veloz
Que trinando en torno suyo
La dijera dulce amor,
Que ninguna desearia
Terminara su prision;
Mas esto no te lo ofrezco,
Porque celos tengo yo
Hasta de que haya mujeres
En el mundo de los dos

ALF. Celina, tu voz me abraza.
CEL. Y si Alá mandase hoy
A otro mundo nuestras almas,
Tendria celos mi amor
De las huellas que tu planta
Sobre la tierra dejó.

ALF. ¡Tu no comprendes, Celina,
Mi terrible situacion!
¿Olvidas que soy cristiano?

CEL. ¿Qué importa eso? el amor,
Si te vienes al desierto.
Será nuestra religion.

ALF. ¡Ah! en el desierto, Celina,
Solo pensaba en mi amor;
Allí, donde en el silencio
Solo escuchaba tu voz,
Como música suave
De amorosa inspiracion,
Como brisa de la Italia
Que conmueve el corazon;
Pero ¡ay! que ya en Antioquia
Se confunde con tu voz,

El estrépito glorioso
De guerrera confusion;
Y son tan grandes, Celina,
Los sueños de mi valor,
Que no caben en los senos
De mi altivo corazon.
Yo te idrolatro, lo juro;
Pero una fuerza mayor
Me roba, por mi desgracia,
Los encantos de tu amor.
Debo cumplir mi destino.
¡Qué quieres! mi religion
Tambien de ti me separa,
Y apenas me basto yo
Para decirte «te amo.»

CEL. ¿Me amas? dílo.

ALF. Sí.

CEL. Pues yo
Ya te he enseñado bastante
El frenesí de mi amor;
Yo te hice dueño de todo
Cuanto hay en mi corazon.
Alfredo, guarda el regalo,
Pero no quiera tu Dios
Que lo arrojes de tus manos!

ALF. No, jamás,

CEL. Por compasion
De ti mismo séme fiel.

(Muy marcado).

ALF. ¿Dudas? ¿por qué?

CEL. ¡Qué sé yo!

ALF. Celina....

CEL. Espera.... se acercan....

ALF. La reina será; ¡por Dios!

CEL. Alfredo, yo me retiro.

ALF. ¿Volverás?

CEL. Con mas amor.

(Váse por la puerta secreta.)

ESCENA V

ELEONORA y ALFREDO

(Eleonora sale por el segundo bastidor de la izquierda.)

ALF. A vuestras reales plantas la rodilla
No es desdoro doblar, bella señora.
(Se arrodilla y besa la mano de la reina.)

ELEO. Levanta, caballero, tan cumplido
Eres como leal.

ALF. Reina Eleonora,
Aquí vuestro mandato me ha llamado:
¿Qué ordenais á este pobre caballero?
A dama de tan alta nombradía,
Ciñérase de lauros el guerrero
Que pudiera servirle con su brazo,
Ya lidiando campeón de su nobleza,
Ya proclamando con la lanza en ristre
El resplandor de su sin par belleza.

ELEO. Si hubiera menester un fuerte brazo
Que amparase mi débil existencia,
Te nombraría á tí mi caballero,
Quedándose tranquila mi conciencia
Presumiendo tu triunfo en el combate;
Pero ¡gracias al cielo! todavía
No preciso de espadas por escudo.

ALF. Y ¿qué mandais, señora?

ELEO. En este día
Quiero acaso premiar pasados hechos.
Tú de mi esposo la preciosa vida,
De ~~Pisidia~~ Pisidia en las lugubres montañas,
Como valor libertaste; y desmedida
Mi gratitud á tus esfuerzos fuera.

ALF. Nada pretenderé.

ELEO. Dime, italiano:
¿Fueron nobles acaso tus abuelos?

ALF. Mas que nobles, señora.

ELEO. No es en vano
Que pregunto: sus nombres cuales fue-
[ron?

ALF. La sangre de los Duques de Espoleto
Es la que altiva por mis venas corre.
Mas de ese ilustre nombre, que respeto
Merecio de la Europa en algun dia,
De su inmenso poder y su grandeza,
Ved, señora, la herencia en esta espada...
El soberbio aleman con su fiera
Al profanar la Italia con su planta,
Y lombardos, y francos y esclavones
Pagaban su osadia a mis abuelos
Con sangre de sus torpes corazones...
Venecia, Gaeta, Nápoles y Amalfi,
Saben guardar sus hechos inmortales,
Y cuentan que las manos de Espoletos
Nunca dieron los *Palios Imperiales*...
Mas todo esto pasó... van ocho siglos
Desque cansada el aguila altanera
De sacudir el mundo entre sus garras,
Se reventó en el medio de la esfera,
Y cayendo en el suelo de su Italia,
Hizo temblar al mundo su caída,
Y á la Italia infeliz partió su cuerpo
En mil pedazos de distinta vida.

ELEO. Pero quizá algun dia...

ALF. Si; algun dia
Los buitres que se embriagan carniceros
Con los restos del águila cadáver,
Han de lanzar, entre ayes lastimeros,
Junto con esos restos su existencia.

ELEO. Y tan ilustre y noble descendiente
Puede vivir contento con su estado?

ALF. Soy soldado de Cristo solamente;
Pero mientras los cielos me protejan,
Puede ser que los golpes de mi espada...

ELEO. Hagan temblar los tercios musulmanes:
Pero no pasarás de caballero.

ALF. ¿Y qué poder hacer?

ELEO. Más alta gloria
No concebiste nunca en tu cabeza?

ALF. Sueños no mas de pasejero imperio.

ELEO. ¿Y si acaso esos sueños de grandeza
Pudieran realizarse? ¿Nunca, dime,
Deseaste te adornara una diadema?

El talento de los actores comprenderá el carácter de dignidad y grandeza que deben desplegar en el resto de esta escena: Eleonora dará á sus palabras y a su accion toda la altivez y nobleza conveniente que para preocupar á Alfredo es necesario; y Alfredo irá manifestando progresivamente la fascinacion de su espíritu.

ALF. Alguna vez quizá.

ELEO. Si tú supieras
Como en las sienas su contacto quema!
Al primer escalón no mas del trono
Como nos levantamos de la tierra!
Imagina un instante que mi esposo
Te cede una gran parte de esta guerra,
Y que al frente de bravos escuadrones,
Has tomado una plaza en el desierto,
Y por su rey al punto te proclama
De entrar en la ciudad.

ALF. ¡Si fuera cierto!

ELEO. Imagina tambien que este es tu trono,
(Señalando el trono de Luis)
Y al compás de los cánticos triunfales
Vas llegando hasta el... ya está tu planta
(Le toma de la mano y le va conduciendo segun indican los versos.)

Donde solo se ve las plantas reales.
¿Nada te inspira la primera grada?

ALF. ¡Creo que me desprendo de los suyos!

ELEO. Pisa, pues la segunda: ¿qué te dice?

ALF. Creo tocar la frente de los cielos.

ELEO. Sube pues, á la última: ¿qué piensas?

ALF. Pienso que el mundo por mis plantas
[rueda.

Y que anda mas veloz, si yo lo mando;
Y que si yo lo mando, quieto queda!

ELEO. Colocate en el trono... La corona
(Toma la corona de Luis y se la pone.)
Es esta... bien... así... y ora que sientes?

ALF. Siento que se me abrasa la cabeza,
Y entre llamas de gloria refulgentes
El universo ante mis ojos brilla;
Y miro que mi frente se refleja
En la posteridad que me retrata,
Y aun mas allá del porvenir se aleja
La grandeza de Alfredo y su renombre!
(Marcha triunfal dentro de bustidores)

CANTAN. Honor, honor al rey,
Que lleva la Cruzada
Para Jerusalem.

Honor, honor al rey,
Que lleva victoriosa
La enseña de la fé.

ELEO. Viene el rey Luis. Escucha: victorean
Su marcha. Así tambien sera la tuya
Cuando en un trono como á Luis te vean.
¿Querrás por él prestarme un sacrificio?

- ALF. Mas que no me despierte de este sueño.
Hablad y lo obtendreis.
- ELEO. Baja del trono.
- ALF. Pedid, señora, y cumpliré mi empeño.
(Alfredo permanece en el trono.)

ESCENA VI

DICHOS y CELINA

(Celina sale desde las últimas palabras, por la puerta secreta: sube al trono con dignidad y entereza, y toma á Alfredo de la mano.)

- CEL. Vos lo subisteis, señora;
Permitid, lo bajaré.
- ELEO. Cómo á desman tan audace
Osa atreverse la infiel?
- CEL. «Dentro una hora el italiano.
El rey Raimundo á las diez»
- ELEO. ¡Gielos!
- ALF. ¿Qué haces, Celina?
- CEL. ¿No lo estas viendo...? (Lo baja).
- ELEO. Mujer,
Ó demonio del desierto;
¿Sabes quién soy?
- CEL. Bien lo sé. (Con des-
Alfredo, te dan un trono; [precio.]
Pero no sabes por qué.
Te he bajado del que estabas,
Y de mil te bajaré.
Alfredo, por compasion
De ti mismo séme fiel.
(Váse por el tercer bastidor de la izquierda.)

ESCENA VII

ELEONORA y ALFREDO

- ALF. Perdonada.
- ELEO. Nada temas.
(Mas empeño ahora pondré.)
Vuelve á mi estancia este dia.
Véte ya, se acerca el rey.
(Váse Eleonora por el segundo bastidor de la izquierda,
y Alfredo por el segundo de la derecha.)

ESCENA VIII

LUIS y BERNARDO

- BER. Ya lo miras, rey de Francia:
Te acatan y te festejan
Los defensores de Cristo,
Ansiando de la pelea,
Y ansiando de que los lleves
Donde quiere su conciencia.
- LUIS. Los llevaré, padre mio.
- BER. Quieren cumplir la promesa
Que hicieron al santo Padre

- Rey de Francia, no detengas
El sagrado juramento.
- LUIS. Lo cumplirán.
- BER. Cada tienda
Tiene corrupcion, placeres,
Y cuanto mas te detengas
Mas se olvidarán son hijos
Y soldados de la Iglesia.
- LUIS. Saldremos y venceremos.
Quizá tu valor te ciega.
- BER. Escúchame: noche y dia
En todas partes me encuentras
Con esta cruz excitando
(Traerá un crucifijo al pecho.)
Los soldados, y mi lengua
Presagiándoles el logro
De su salvacion eterna:
Diciéndoles lo que el cielo
En mis sueños me revela;
Contando lo que sufría
Sobre la tosca madera,
El que vino por nosotros
A padecer en la tierra.
Mis ojos vierten raudales
De lágrimas, y mi lengua
Cada vez mas les excita
Y cada vez mas les muestra
Lo fácil de la victoria.
Su venganza en mi cabeza
Fulmine Dios, si desmiente
Mi palabra á mi conciencia.
- LUIS. Permitidme.
(Le besa la mano con sumo rendimiento.)
- BER. Pero escucha:
Quiero hablarte sin reserva
Para que actives tu marcha...
Creo que Dios nos proteja,
Creo todo; pero en tanto
Del desierto las arenas
Se tñen con nuestra sangre.
Y en cada dia la empresa
Es mas difícil... Arcanos
Serán de la Providencia
Que en esta tierra lejana
Tan misteriosa se muestra.
¡Quién pudo creer algun dia.
Que muriese en la Judea,
Lo que nació de ella misma
Y alimentóse de ella!!!
¡Aquí fué el teatro primero
De la religion suprema!
Y aquí tambien fué su tumba,
Soberana Providencia!!!
- LUIS. De esa tumba la alzaremos,
Padre mio.
- BER. Ya nos cuesta
Tanta sangre, que tú solo
Puedes impear que sea
Tambien la tumba de Europa
Esta Asia tan altanera.

Ya cuarenta mil soldados
 Has perdido en las contiendas
 Hasta llegar á Antioquia,
 Sin ninguna consecuencia.
 El rey de Jerusalem
 Está defendiendo apenas
 Las murallas que lo guardan.
 Apresura tu carrera;
 Vé en su amparo, que si logras
 Salvarla con tu defensa,
 Quizá mañana tremole
 En toda la Asia la enseña
 Del Redentor de los hombres;
 Y si por acaso cimentas
 En el Oriente tu imperio,
 ¡Rey de Francia! quién pudiera
 Disputarte el de Occidente?
 La Alemania está sujeta
 Con la tiara de Eugenio,
 Y Roma será altanera
 Cuando sepa que Conrado
 Está de vuelta en Europa
 Sin cumplir su juramento.
 Sabes bien que la Inglaterra
 Nada nos presta de auxilio,
 Y que tal indiferencia
 No se ha de olvidar en Roma.
 De España las cortas fuerzas
 Para ella solo no bastan.
 Y en este instante despeña
 De los montes asturianos
 Los hijos que en su defensa
 Con el árabe combaten;
 Y ya son dos bandas fieras
 Las que á don Alfonso hostigan,
 Pues de la africana tierra
 A los árabes auxilian
 Hordas de moros soberbias.
 ¿Quién será, pues, rey de Francia,
 Quien dé sombra á tu diadema?

LUIS. Todo eso lo sé, señor,
 Mas si demoro esta empresa,
 Si en Antioquia me hallo,
 Es porque quizá me fuerza
 Una voluntad que tengo
 Por mi mal que complacerla...

BER. Todo lo sé, mas tu debes
 Alzar tu voz, y con ella,
 Hacer temblar la cristiana
 Que en demorarte se empeña.
 Eres su rey y su esposo;
 Manda pues que te obedezca.

LUIS. ¡Impera tanto en mi almal
 Pero, al fin... al fin hacerla
 Que me obedezca sabré.

BER. Ten valor.

LUIS. Me alega ella
 Que su salud se quebranta
 Con marchas tan de carrera,
 Y puedó ser; pues aunque

Está la fé en su conciencia,
 Su cuerpo es débil, señor;
 Que la voluntad suprema
 De Dios, hizo á la mujer
 Con mas misera flaqueza
 Que á los hombres.

BER. Rey de Francia,
 Se quebranta su conciencia
 Mas que su cuerpo.

LUIS. Callad...
 Yo os lo prometo, la empresa
 Será pronto continuada.

BER. Hacedlo así; que tremenda
 Fuera de Dios la justicia,
 Si una mujer consiguiera
 Detenerte.

LUIS. Padre mio,
 ¿Quereis que vamos á verla?

BER. En vez de estar escuchando
 Las palabras de la reina,
 Prefiero oír de los cruzados
 Sus lamentos y sus quejas.

LUIS. Siendo así...

BER. Te auxilie el cielo.

LUIS. El vuestra vida proteja.... (Vá se.)

ESCENA IX

BERNARDO

BER. Pide por tí, rey de Francia,
 Que su mano te defienda
 Cuando el rayo se desprenda
 Que consume tu arrogancia.
 Tiembla de este fraile, ¡oh rey!
 Que, á pesar de tu grandeza,
 Si alza un poco la cabeza,
 Puede imponerte la ley.
 Prendida dé mi sotana
 Conduzco la Europa entera;
 No interrumpas mi carrera
 Que eres carga muy liviana;
 Pues con tanto amor me ampara
 La suprema virgen Madre,
 Que hasta puedo al santo Padre
 Descubrirlo de la tiara....
 Dios te ayude, rey prolijo,
 Si cuando estés mas contento,
 Quiero decir un acento
 Mostrando este crucifijo.

(En accion de irse.)

ESCENA X

CELINA y BERNARDO

CEL. ¿Señor?...

BER. ¿Qué me quieres?

CEL. ¿Podéis escucharme
 Tan solo un momento?

BER. Mujer, ¿por qué no?
Cualquiera que sea,
Si está desvalido,
Si busca consuelo,
Mi amparo le doy.

CEL. No busco consuelos,
Ni alivio, ni amparo;
Tan solo una cosa
Quisiera saber.

BER. Pues habla.

CEL. Nosotros
Acá en los desiertos,
Sabemos muy poco
De Europa y su ley:
Y siendo tan raras
Las cosas de Europa,
Curiosas á veces
Solemos estar.

BER. Es vuestra la culpa;
Romped ese velo
Que os quita á los ojos
La luz celestial.
Pedid de rodillas
Perdon a los cielos,
Y el Padre del hijo
Que el rostro escupis,
Sabrá vuestro crimen
Mirar bondadoso,
Poniendo de Europa
Las luces aquí.

CEL. No quiero, buen fraile,
Palabras sublimes
Del Cristo, ó Mahoma,
Con vos pronunciar.
Pedid por vosotros
Al Dios que os dé gana;
Dejad que á Mahoma
Rogemos acá.

BER. Maldita tu lengua
Que mezcla los nombres
Del Dios de los cielos
Y el del perro infiel.

CEL. Dejemos, os ruego,
Tan agrias palabras...
Es una pregunta,
¿Quereis responder?

BER. Empieza.

CEL. Escuchadme:
Los hijos del Asia,
Ya bien en las hojas
Del puro alcorán;
Ya bien en los lábios
De viejos guerreros,
O sábios que miran
Los astros marchar;
Temprano aprendemos,
Que el hijo del Grande
Que manda al Profeta,
No debe mentir;
Y aquello que diga,

Poniendo al decirlo
Su mano en el pecho,
Lo debe cumplir.
Decidme: ¿en Europa
Se manda lo mismo?

BER. Mentir es delito
Prohibido por Dios.

CEL. Aquel que en nosotros
Engaña á un hermano,
O esquivo no cumple
Promesa que dio;
Si es hombre el que ha sido
Por el engañado,
Se lanza al desierto
Corriendo tras él.
Le dan alazanes
Y auxilio do quiera;
Lo alcanza, y con sangre
Le enseña la fé:
Y si es por acaso
Mujer la engañada,
Su hermano leal
Se apura á vengarla;
Si hermano no tiene,
En todo el desierto
No dan al cobarde
Ni tienda, ni sal.
Decidme, en Europa
Se estila lo mismo?

BER. A todos asiste
Derecho y poder,
De hacer al cristiano
Que ofertas le ha hecho,
Que cumpla al instante
Su empeño y su fé;
Que es mal caballero,
Cristiano perjuro,
Quien falta, si ha dado
Palabra de tal.

CEL. ¿Y á todos es dado
Pedir que la cumplan?

BER. Sin duda; todo hombre
Para esto es igual.

CEL. ¿Y si es protegido
De grandes señores?

BER. Mas nadie protege
La mancha en su honor

CEL. Entonces, dichosa
Pasad vuestra vida.

BER. ¿Estais satisfecha?

CEL. Contenta me voy.

ACTO CUARTO

*Salon de palacio—un sillón y junto á él un
pequeño taburete*

ESCENA PRIMERA

EBRARDO y CELINA

- EBR. No te irás, no.—Te diré...
(De rodillas, teniendo de la mano á Celina.)
- CEL. Suelta, fraile, te aborrezco.
- EBR. Tu esclavo siempre seré;
Siempre á tus piés estaré;
Mi vida, mi alma te ofrezco.
- CEL. Suelta, maldito de Alá. *(Se desprende.)*
- EBR. ¿Quieres amor? te detesto.
De hinojos me has visto ya;
Dí siquiera que por esto
Tu pecho se ablandará...
- CEL. Ni el génio del mal que habita
De Istilkar en lo profundo,
Ni las serpientes que agita
Con su acento furibundo,
Y á beber sangre concita;
Ni cuanto existe en la tierra
De poderoso y temible,
Podria hacerme sensible
A esa pasión que se encierra
En tu pecho aborrecible.
Te detesto, nazareno,
¿Lo comprendes? Mas por cierto,
Vete á buscar al desierto
Una tigre que en tu seno
Vierta su amor, o veneno,
Que lo mismo es para tí.
- EBR. ¡Pecho de hierro! no importa....
No me quieres dar un sí
Que de rodillas pedí....
Pues el no mi alma conforta....
Quieres á otro ¿es verdad?
Pues ese otro te engaña,
Y lleno de liviandad,
En los brazos de una extraña
Olvidará tu beldad.
Mañana va á ser su esposo;
Dí ¿no te abrasas de celos?
Habla... paga al veleidoso
Con otros nuevos desvelos.
Yo te adoro. *(La toma de la mano.)*
- CEL. Mas odioso
Me pareces por lo mismo;
Suéltame.
- EBR. Ruido sientó. *(La suelta.)*
- CEL. Serpiente, o tigre sediento,
Ojala fuese un abismo

Que te tragase violento! *(Váse.)*

EBRARDO. *(Muda de tono al ver á Alberto.)*

Apídate, Dios bendito:
Ilumina estas criaturas,
Que en su perenne delito
Te desconocen á obscuras!

ESCENA II

EBRARDO y ALBERTO

- ALB. Buen cristiano es, por mi vida,
El Gran Maestre del Templo!
- EBR. Por convertir esa infiel
Lo posible estaba haciendo;
Pues soy siervo de la iglesia
Y soldado al mismo tiempo.
- ALB. ¡Yal!
- EBR. ¿Vais á ver á la reina?
- ALB. No: deseo ver á Alfredo.
- EBR. Se lo diré.
- ALB. No rehusó.
- EBR. Entonces... *(Váse.)*
- ALB. Id con el cielo.

ESCENA III

ALBERTO, solo

- ALB. ¡Miserable! ¡asi profanas
Tus sagrados juramentos!
¡Asi se manchan de Cristo
Los soldados! asi el cielo
Parece que nos olvida
Y abandona en los desiertos.
Una cruzada perdida,
Y esta segunda bien luego
Se habrá de perder tambien.
¡Oh Dios mió! ¡protejednos!

ESCENA IV

ALFREDO y ALBERTO

- ALF. Mi buen Alberto ¡cuán goza
El alma con encontraros!
- ALB. Será preciso que Alberto
Busque á su amigo en palacio,
Porque ya su pobre tienda
Tiempo há que la ha descuidado.
- ALF. Alberto amigo, tú sabes
Que hace diez dias me hallo
Tan lleno de ocupaciones
Que yo mismo no me basto;
Pero aqui ó en el desierto,
En cabañas ó en palacios,
Alberto tiene en mi pecho
Su lugar bien reservado.
- ALB. ¡Ay, Alfredo! el terso brillo

De la grandeza y el fausto
 Deja ciegos los afectos
 En el pecho mas honrado!
 Quién sabe si en esta senda
 Donde pisas tan incauto,
 No dejas tras de tu planta
 Para Alberto desengaños.

ALF. Por el contrario: en la senda
 Yo te extenderé mi mano,
 Y los dos la correremos
 Hallando flores al paso.

ALB. ¿Los dos? no: corre la tñ;
 Y quiera Dios que en tu amparo
 No tenga yo que correr!

ALF. ¿Por qué tan negros presagios,
 Cuando todo en torno mio
 Lo contemplo abrillantado?
 Te ciega tu afecto, oye:
 Mañana le doy mi mano
 A Isabel: dentro de poco
 De Antioquia nos marchamos,
 Y el mismo rey me ha ofrecido
 Que sustituiré en el mando
 De la vanguardia á Gilberto;
 Pues este viejo soldado
 Se quedará en Antioquia.
 Vamos despues á juntarnos
 Al rey de Jerusalem;
 Y despues para Damasco,
 Y Edesea y otras plazas
 Irá el resto de mi mando,
 Y el de Gofredo y demás.
 ¿Y bien, Alberto? En mis manos
 Tendré veinte mil valientes.
 ¿Nada podré hacer acaso?
 Todo lo debo á la reina
 Y al rey tambien.

ALB. Pero en cambio
 Te casas con quien no amas.

ALF. La amaré.

ALB. ¿Y ella?

ALF. Sobrado
 Soy caballero, y muy pronto
 Lograré con mis acatos
 Conquistar su corazon.
 Además, tú sabes cuanto
 Impera en mí otro deseo,
 Y si este al fin satisfago,
 ¿Qué me importa lo demás?

ALB. Deseo noble, sagrado,
 Deseo de hacerse grande;
 Pero ¡Alfredo! ni soñando
 Quisiera yo la grandeza
 Con que te halagas en vano.
 ¿Por qué?

ALB. Porque la recibes
 De quien da tan solo engaños;
 De quien si acaso da uno,
 Ha de pedir mil en cambio;
 Y aun ese uno es probable

Que tenga mucho de falso.
 En fin, porque la recibes
 De un rey francés.—No me engano

ALF. Esta vez puede que no
 Se desdiga.

ALB. ¡Alucinado!
 ¿De donde sale ese empeño
 De protejerte? ¿de cuándo
 Acá los de Francia, estiman
 De tal suerte á un italiano?
 Cuando no ha sido la Italia
 Para esos franceses vanos,
 Objeto de envidia ó celos,
 O de encono mal llamado?
 Cuando del águila olvidan
 Que los tuvo avasallados,
 Y del águila el imperio
 Que la Tiara lo ha heredado?
 ¿Cuándo los reyes de Francia
 Extienden leales la mano?
 Piensan tan solo en si mismos;
 Y, cuando estan apurados,
 Con palabras muy corteses
 Procuran algun aliado;
 Pero cesando el peligro
 Retiran pronto la mano,
 Y el aliado generoso
 Queda por ellos colgado.

ALF. Bien; no hablemos de eso ya;
 Seria cruel pensarlo.
 ¿Sabes que se va Celina?

ALB. Lo sé: ¿creeras he cobrado
 Por ella cierto cariño?
 ¡Pobrecilla, te ama tanto!

ALF. Y yo la amara tambien,
 Como en dias que pasaron,
 Si á un tiempo pudiera mi alma
 En sus senos inflamados
 Dos pasiones abrigar;
 Si esta ambicion en que ardo,
 Grande, bella, inextinguible,
 Pudiera en sus arrebatos
 Darle lugar al amor.

ALB. Y á no ser por el hallazgo
 De la amistad de Eleonora
 Y de su esposo? cuitado
 Estas, vive Dios!...

ALF. ¡Silencio!
 Vienen: la reina es acaso.

ALB. Me retiro.

ALF. No; es Celina.
 Ya me ha visto: aguarda un rato
 Prométeme que á la reina
 Visitarás.

ALB. Por tí lo hago.

ALF. Con toda su comitiva
 Ha salido de palacio.
 Y antes que retorne, debo
 Ir á encontrarla.—Te aguardo.

ESCENA V

CELINA y DICHOS

(Celina sale por el tercer bastidor de la izquierda.)

- CEL. No te asustes, soy Celina.
¿Por qué el mirarte te asombra?
No es todavía mi sombra
La que tras tu pié camina.
Soy Celina ¿no me miras?
La que allá en los arenales
Te envolvía con sus chales.
Alfredo ¿por qué suspiras?
¿Tienes algun sinsabor?
- ALF. ¡Por Dios, Celina!...
- CEL. ¿Qué sientes?
Tienes, acaso presentes
Nuestros momentos de amor?
- ALF. Calla.
- CEL. ¿Pero qué? ¡Eran tan bellos!
¿No te acuerdas? en el alma
No habla ni fé, ni calma
Cuando nos movian ellos...
- ALF. Bien, hasta.
- CEL. Aun creo que está
En mi seno tu cabeza,
Y que alabas mi belleza...
¡Maldito seas de Alá!
(Alfredo se vá precipitadamente por el segundo bastidor de la izquierda.)

ESCENA VI

ALBERTO y CELINA

- ALB. Celina, aplaca el furor
Que el tenerlo es desacierto:
Tú volverás al desierto
Y allí olvidarás tu amor.
- CEL. ¡Tu amor! ¡tu amor! nazareno,
No confundas, miserable,
Un almibar deleitable
Con un vaso de veneno;
¡Amor! ayer tuve amor
De mi vida en cada fibra;
Hoy en mis entrañas vibra
Otro fuego abrasador.
Has pensado, nazareno,
Que una mujer despreciada
Sabe guardar perfumada
La pasión dentro del seno?
¿Qué son amor sus furoros?
¿Qué son celos?... ¡Europeo!
Tú no entiendes segun veo,
Ni de orgullo ni de amores...
(Con sumo desprecio.)
- ALB. Bien. Pero yo te lo pido:
Calma tu pecho y te ausenta;
Y esa pasión que te alienta

Haz por echarla al olvido. *(Váase.)*

ESCENA VII

CELINA, sola

- (Mirando la puerta por donde se fué Alfredo.)*
- CEL. ¿Huyes de mí? pronto iré;
Y no siguen con mas prisa
Las arenas á la brisa,
Como yo te seguiré.
¿No me miras? te veré;
Y no hiere mas la frente
De la Libia el sol ardiente
Como yo te miraré...
¿No me escuchas? tú me oirás;
Y al bramar de la tormenta,
El leon no se amedrenta
Como tú me escucharás.

ESCENA VIII

CELINA y un PAJE

- PAJE. Su alteza el rey quiere hablarte;
Vente conmigo á su estancia.
- CEL. Donde quieras.
- PAJE. Tan bonita,
Que aunque es infel no está mala!
(Váanse.)

ESCENA IX

ELEONORA, RAIMUNDO, ALFREDO, ISABEL,
EBRARDO, GILBERTO, DANIEL, DAMAS,
CABALLEROS, PAJES*(Raimundo traerá de la mano á la reina, Alfredo á Isabel.)*

- ELEO. Parece que estos salones
Tienen fuego en derredor,
O que al través de los techos
Está penetrando el sol.
Este quizás... *(Se sienta en el sillón)*
- RAIM. Es mas vasto,
Y podeis estar mejor.
- ISAB. El sol en estas regiones
No es muy galante por Dios!
- ALF. Si el sol á la flor quebranta,
No tiene la culpa: el sol,
Sino la suave belleza
De la delicada flor.
- ELEO. Raimundo, continuaremos
Si os parece.
- RAIM. Siempre yo,
Real señora, acato y quiero
Lo que mas os place á vos.
- ELEO. Isabel, Gilberto, todos,

¿Quereis, pues, que mi cantor
Nos diga un nuevo romance?

ISAB. Romances, es lo mejor:
Yo oiré con gusto, señora.

GILB. Yo mas querré una cancion
De algun bravo caballero
Muy desgraciado en amor,
Y muy fino con su dama:
Ya soy viejo, y pienso yo,
Cuándo oigo tales endechas,
Que en mi mocedad estoy.

ELEO. Tendrás la cancion, Gilberto,
Que mi niño trovador
Se esmera por complacernos;
Pero antes ven, quiero yo (A Daniel.)
Algun cuento bien sentido
Y nuevo.

DAN. Mi reina, soy
De todos los trovadores
El de menos provision
De historias en dulce rima;
Tambien el mas joven soy:
Apenas catorce años
Hace poco cumpli yo;
Pero á vuestro real mandato
Presta Daniel sumision,
Y pediré a mi memoria
Algun romance de amor.

ELEO. Bien, mi Daniel... á mis plantas.

DAN. Señora, pensando estoy.
(Se sienta Daniel á los piés de Eleonora.)
(Recita): «En la bella Andalucía,
Cielo de oro tachonado,
Hay un palacio que llaman
El encantado palacio.»

ELEO. Espera, Daniel, quisiera
Oír algo de mi nacion...
Algun romance de Francia.

DAN. Señora, soy español;
Y alla en mi España se tiene
Por menguado, el trovador
Que tañe en su arpa española
Las cosas de otra nacion.

ELEO. Sigue, pues, con tu romance.

DAN. Bella señora, allá voy.
«En la bella Andalucía,
Cielo de oro tachonado,
Hay un palacio que llaman
El encantado palacio.
Y á las doce de una noche,
Estando el cielo embozado,
Se oyo cerca del recinto
Los relinchos de un caballo.
Paró al pié de los balcones
Del palacio solitario,
Y el ginete desmontose,
Aunque armado, sin trabajo;
Y una arpa tañendo breve,
Dijo con acento blando:
«Despierta; es tu caballero

»Que te busca enamorado
»Despierta, dueño del alma,
»Que esta vencedor mi brazo,
»Y quiero sellar de hinojos
»Un beso en tu blanca mano.»
Se abrió un postigo y la llamó
De un candilejo de barro,
Mostro el rostro de una vieja
Con semejanza de diablo.
¿A quién buscas?—A Leonor;
Contestó el enamorado.
Miró la vieja hácia el cielo,
Y dijo: esta descansando.
Cerró despues el postigo,
Haciendo un gesto vellaco:
Y dando un grito el amante
Cayó al suelo desmayado:
Volvió en sí, y ante la imágen
De Leonor afinajado,
La dijo: «Señora mia,
»Pronto vamos á juntarnos,
»Que juré ser caballero
»De vuestros altos mandatos,
»Y pues aquí concluyeron,
»Voy al cielo á respetarlos.»
»Y al salir el sol hermoso
Vio un sepulcro solitario,
Y junto á el un caballero
Con su daga traspasado »

ELEO. Bien, Daniel mio.
(Toma su cabeza para darle un beso.)

OTROS. Muy bien.

DAN. Teneos, reina, por Dios!
Que si vos me dais un beso,
Quizá otro os pida yo;
Y uno, y dos, y diez pidiendo,
Puedo llegar á un millon.
(Eleonora se rie.)

ISAB. ¡Es galante!

ELEO. Y algo ardiente.

DAN. Señoras, soy español.

EBR. Se acerca el rey.

RAIM. Bien venido.
(Raimundo se retira del lado de Eleonora)

ELEO. Pues creo fuera mejor
No viniera todavia.
¡No puede una estar de humor!

ESCENA X

DICHOS, LUIS, CELINA y BERNARDO

LUIS. Siento á mi real esposa distraerla
De los gratos momentos que disfruta.
Señores, perdonad; pero reunidos
Supe estabais aqui.—Libre Celina,
Al lado de su hermano se encamina,
Y tiene sentimientos tan cumplidos
Que quiere despedirse de vosotros,

ELEO. Solo hemos visto la desgracia en ella

Los días que ha pasado entre nosotros,
Y crea que al partir solo sentimos
No decirle un «dios como cristiana;
Pero en cambio darémosla al momento
Un noble caballero que custodie
Su marcha en el desierto—Buen Ebrardo,
Con permiso del rey, tu soberana
Te pide este favor.

EBR. Y yo, señora,
Pues que vos lo mandais...

CEL. ¿Lo haré en buen hora?
Gracias al muy virtuoso caballero...
Rey de Francia y Señor, ¿quereis que sea
la que elija entre todos el guerrero
Que me lleve no mas hasta Edesea?

LUIS. Ya que hiciste volver los musulmanes
Que tu hermano mandó, de los cristianos
Alguien te llevará; nombra si quieries.

CEL. (por Alfredo.) Pues elijo, señor, á ese euro-
peo.

EBR. (á la Reina.) Hablad, señora.
CEL. El único deseo
(Al Rey.)

De Celina, señor, no se le cumple?

LUIS. (á Alfredo.) ¿Lo desdenais acaso, caballe-
ro?

ELEO. Extraño que mi esposo no comprenda
Que Alfredo es necesario en Antioquia
Y esa mujer que á respetarme aprenda,
O teniendo por mí mas cortesía,
Admita el caballero que la he dado,
que á mas de su virtud es esforzado.

CEL. Gracias os doy, cristiana; es virtuoso
Tanto como sois vos; ¿qué mas, señora?
Debo tener, decís, mas cortesía:
Gracias por la eleccion. ¿No puede Alfre-
do

Salir, decís, tampoco de Antioquia?
Sin duda por asuntos de la guerra .
(Con mucha ironía.)

De vuestra salvacion, de vuestro Cristo...
De la santa mision que hasta mi tierra
En santas caravanas os conduce,
Atravesando inmensos los desiertos,
Y jurando dejar en vuestras huellas
La sangre de cien mil mahometanos..

Con arpas, trovadores y doncellas
No se vence, señora, á mis hermanos.

ELEO. Qué insolencial!... Callad.
CEL. ¿Acaso miento?

¿Qué es lo que haceis, decid, en Antio-
quia?

(Con altivez.)

¿Salen á combatir vuestros guerreros?
¿Cruzan en el desierto valerosos
Con el alfanje turco sus aceros?
En vez de combatir, pasais el dia
Escuchando de niños los acentos:

(Con desprecio.)

O con liviana astucia combinando
Vuestros torpes cristianos casamientos...
¿A esto venis, señores, al desierto?
Y acaso en otros siglos las historias
Que escriban vuestros nietos de la Eu-
ropa,

Contarán las espléndidas victorias;
Contarán que en el Asia tremolaron
De Cristo y de la Francia las banderas,
Y que valor y religion hollaron
De las bandas de infieles altaneras;
Y de valor y religion la Europa
Ciñó en el Asia su orgullosa frente;
Pero una voz del corazón del Asia
Gritará con teson: «La Europa miente...»
Contarán que la sangre musulmana,
Que derramaron torpes vuestras manos,
Fué por vengar al Dios de los cristianos:
Pero de cada mancha de esa sangre,
Que siempre, siempre quedará caliente.
Como anatema de la torpe Europa,
Retumbará una voz: «La Europa miente...»
Luis habrá permanecido en una profunda me-
ditacion á los reproches de Celina.

GIL. Tan solo el ser mujer, de tu osadía
Te merece perdon.

LUIS. Silencio; nadie
A ofenderla se atreva en mi presencia.
Sacad vos, caballero, de Antioquia
(A Alfredo.)

La hermana de Nourddin: ella os elije
Y lo dispongo yo.

CEL. Venid, Alfredo;
(Toma la mano de Alfredo.)
Si el ir á los desiertos os aflige,
Del desierto saldreis!... Salud, cristianos;
Alá que es grande su favor os preste!

ESCENA XI

ALBERTO y DICHOS

ALF. Por Dios, Alberto, detente;
(A Alberto con prontitud.)
Ven conmigo y á Celina .
Llévatela, que me pierdo
Si me ausento de Antioquia.
(Vánse los tres.)

ESCENA XII

LUIS, ELEONORA, RAIMUNDO, BERNARDO,
ALBERTO, EBRARDO, ISABEL,
DANIEL, DAMAS, CABALLEROS, PAJES

LUIS. Rey Raimundo, el hospedaje
Que nos disteis, con la vida
Lo agradecemos. La hora
Llego ya de la partida.

Y de todos los guerreros,
Antes de lucir el día
Oireis á Dios, y saldremos
De los muros de Antioquia.
Yo tengo que mostrar puras
Mis acciones en el cielo,
Y tambien he de mostrarlas
Antes de dejar el suelo.
La Europa entera en mis manos
Ha puesto la santa empresa,
Y tengo sobre mis sienas
Una corona francesa.
Debo decir á la Europa:
Protegi la cristiandad:
Y debo decir á Francia:

Conservé tu dignidad.
Vos no podeis de Antioquia
Desatender á sus muros;
Pero nosotros en ella
Nos volveremos perjuros.

ERR. Rey de Francia, tus palabras
Las inspira Dios bendito:
Cristianos, quien no las oiga
Será del cielo maldito!...

RAIM. Real hermano, de rodillas
Daria gracias al cielo,
Si pudiera acompañaros
Donde os lleva vuestro celo.
Podeis salir de Antioquia:
Pero como buen cristiano,
Tal cosa no os aconsejo;
Vuestro poder es liviano.

LUIS. Rey Raimundo, yo me basto...
(Con impaciencia.)

Id al campo, caballeros,
Y que aparejen sus armas
Al instante los guerreros.
(Váanse los caballeros.)

ESCENA XIII

LUIS, RAIMUNDO, ELEONORA, ISABEL,
DANIEL, DAMAS, EBRARDO

LUIS. Señores, la reina tiene
Que hablar á solas conmigo;
Perdonad, pasa á mi estancia,
(La toma de la mano y la lleva.)

ERR. (Señora, escuchad.)
(Váanse las damas.)

ELEO. (á Luis.) O sigo...

ESCENA XIV

ELEONORA, RAIMUNDO, EBRARDO

RAIM. Eleonora ¿marchareis?
ELEO. No: que Luis se quedara.

(Váse Raimundo.)

ESCENA XV

ELEONORA, EBRARDO

ERR. Señora...
ELEO. Se fué la presa.
ERR. Y Alfredo tambien se va.
ELEO. ¿Y qué hacer?
ERR. Para uno solo
Es mucho infiel y francesa.
¿Le entregareis á Isabel?
ELEO. ¿Y Raimundo?
ERR. La condesa
Saldra con vos de Antioquia
Y no teneis que temor.
ELEO. Hiciste tú el casamiento.
Tú lo puedes deshacer.
Mas si quedo en Antioquia
El casamiento se hará.
ERR. Id, señora, á prepararos:
Vuestro esposo marchara.

ACTO QUINTO

Tienda de campaña, un pequeño banco, una mesa, y sobre ella un jarro con agua y un vaso. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LUIS, BERNARDO, ALFREDO, ALBERTO,
GILBERTO, CABALLEROS

Luis sentado y reclinado contra la mesa en actitud de meditar.—Al respaldo de la silla Bernardo y Gilberto.—Los demás en distintos lugares, reclinados en sus armas, manifestando abatimiento.—Todos completamente armados.—Alfredo y algunos otros caballeros tendrán corrida la celada.

GU. Señor, se aproxima el día,
Id un poco á descansar:
¿Creeis que tanto meditar
Mejore la suerte impia?
Nosotros nos quedaremos
Velando vuestra persona;
Si el reposo no os entona,
Mañana no marcharemos.

BER. Sí, rey de Francia, hazlo así,
Descansa, recobra aliento.
Pues que el tal abatimiento
Hasta es vergonzoso en ti.
Todo en Asia está perdido:
Pero aun en la Europa no:
Piensa en ello como yo.

Y cobrarás mas sentido.
Yo levanté esta cruzada
Y aun otra levantaré;
Cobra aliento, cobra fé,
Que mi voz no está gastada.

GILB. Ni la espada de Gilberto,
Ni la de estos caballeros,
Ni la de diez mil guerreros
Que aun quedan en el desierto.
Ya estoy viejo, mas no importa;
Aun tengo sangre en mis venas...
Mi rey, desechad las penas,
Aun vivimos... se soporta
Este revés... y mas tarde...

LUIS. Gilberto! mi buen Gilberto!
Bien puedo sin desacierto
Llamarte leal, con alarde!
Aun le quedan á la Francia
Guerreros que ni las canas
Hacen sus fuerzas livianas
O cobarde su arrogancia!

GILB. Vamos, señor, ¡qué ocurrencia!
Dejad eso por ahora
Y ved que viene la hora
En que con vuestra presencia ..

LUIS. Incitaré á los guerreros
A que vuelvan las espaldas,
Y del Libano á las faldas
Envainemos los aceros!!!
Suerte engañosa y cruel!
Pero al menos á la Europa
No le haré apurar la copa
Llena hasta el borde de hiel:
Marcharemos...

BER. Rey cristiano,
Ten en Dios mas confianza
Y no entibies la esperanza
Con el frio de tu mano.
No derrames cobardía...

LUIS. (Con arrogancia) Callad, señor, porque es
Esa voz, de vuestra lengua, ¡amengua,
Que nunca salir debía.
No confundais, engañado,
Lo que en un rey es nobleza,
Con una accion de vileza
Del miedo torpe y menguado.
Los reyes de Francia lloran,
No por ellos, los reveses.
Los lloran por los franceses
Cuando ven que se desfloran...
Señores, los musulmanes
Están cerca de nosotros;
Yo me descanso en vosotros
Para burlar sus afanes;
Al amanecer el día
La marcha comenzaremos,
Y á la Europa llevaremos
Valor, sino nombradía.
¿El emperador Conrado?
GILB. Duerme en su tienda.

LUIS. ¿Mi esposa?
GILB. En la inmediata reposa.
¿Quereis verla?
LUIS. No... cuidado
Con su reposo. ¿Hay esmero
En las guardias?
GILB. He corrido,
Y está todo prevenido.
Nada hay que temer
LUIS. Lo espero.
A esta mi tienda inmediata
Voy un rato á reposar.
Señores, podéis marchar.
Ved que de partir se trata.
(Vase, y algunos caballeros.)

ESCENA II

ALFREDO, ALBERTO, BERNARDO, GILBERTO

GILB. (á Bernardo) ¿Y piensa Su Reverencia
No descansar un minuto?

BER. Cuando el alma está tranquila,
Poco del cuerpo procuro
Su descanso.

ALP. Y ¿no os agitan
Los crueles infortunios
De la cruzada?

BER. Dios solo
En sus misterios profundos
Sabra por qué nos castiga;
Pero yo estaba seguro
Que nuestros torpes pecados
Nos traerian a lo ultimo
Lo que nos sucede ahora.

ALB. Entonces fuera mas justo
Lo hubierais profetizado
De Antioquia entre los muros,
Y no cerca de Damasco,
Después que el alfangé turco
Segó nuestros batallones.

ALP. Después que nada en el mundo.
Sino vergüenza nos queda.

BER. Será cristiano perjuro
Quien antes de la batalla
Haga dudar de su triunfo
Pero ¿qué esperar debiera
Cuando al salir de los muros
De Antioquia, á los cruzados
Olvidar á Dios les plugo,
Y desertaban rebeldes
Para volver á esos muros
En busca de los placeres?
¿Qué pude esperar, si al punto
De entrar en Jerusalem,
Llegar ví en disfraz oculto
Al emperador Conrado,
Helando á todos el susto
Al verle llegar así?
Pude acaso esperar mucho

- De Jerusalem saliendo
A combatir en sus muros
Las huestes de musulmanes?
A los tres reyes les plugo
Poner el cerco à Damasco;
Ellos ante el Padre justo
Sabrán dar cuenta de todo.
- ALF. Si nos fué el destino crudo
Al asaltar las murallas,
La culpa no es de ninguno
De la cruzada, que todos,
Bien sabe Dios, porque es justo,
Lidiamos como cristianos,
A quien solo vencio el número,
Mas no la fé y el valor.
- GILB. Dice bien: dígalo el turco
A quien dividió Conrado
De un solo tajo.... Presumo,
Señores que el día viene.
Es mejor que cada uno
Repose un rato, quedando
De entre nosotros alguno
Que vele al rey... yo seré.
- ALB. Vos descansad.... es mas justo
que yo mas jóven lo vele.
- GILB. Bien, marqués. Yo no os dispufo
Ni la juventud, ni el sueño:
Quedad, pues....
- ALF. Y yo te ayudo.
- GILB. Y vos, señor, ¿à dormir (A Bernardo.)
Que me ayudareis presumo? (Váse.)

ESCENA III

ALFREDO, ALBERTO

(Alfredo se quita la coraza)

- ALB. ¿Por qué arrojas la coraza?
¿Crees que nada hay que temer?
- ALF. No; es que bajo la armadura
Nada tengo que perder;
Me abrumba, me pesa tanto
Como mi cuerpo y mi alma.
- ALB. Mi buen amigo, el dolor
De tu pecho no se calma;
Y hoy que el infortunio vemos
Es necesario firmeza.
- ALF. ¿Me falta acaso? No viste
Como lidié con fiereza
Esta mañana?
- ALB. No es eso.
No es el valor del combate...
Sufres mucho, ¿no es verdad?
Pues el dolor que te abate
Es el que debes vencer;
Yo te lo dije aquel día,
¿Lo recuerdas? aquel mismo
Que dejamos à Antioquia...
«Te engañan... Luis te precisa...

Y halaga tu vanidad;
Pero cuando no hagas falta,
Probarás su falsedad.»

- ALF. Así fué.
- ALB. Cuando volviste,
¿Qué te dijeron, Alfredo?
- ALF. Nada...
- ALB. ¿Por qué me lo ocultas?
- ALF. Oye: à tus instancias cedo.
Recuerdas te di a Celina
En las puertas de Antioquia,
Aunque era yo el caballero
Que conducirla debía.
- ALB. Y ella a pesar de tu engaño,
Manifestó tal firmeza,
Que me hizo admirar su alma,
Como admiré su belleza.
- ALF. ¿Nada te dijo?
- ALB. Muy poco.
A diez leguas de Antioquia
Encontré un tercio de infieles
Que custodiarla debía,
Y me dijo al despedirse:
«Puedes decir à tu amigo
Que aun se queda en el desierto
Un pensamiento conmigo.»
Poco entendí esta figura
Y me volví. Sigue pues.
- ALF. Del instante que partiste
Volví à mi tienda despues,
No queriendo ir à palacio
Para que el rey no advirtiera
Que no habia obedecido
Lo que su voz dispusiera.
En ese día los jefes
Dijeron à los cruzados,
Que en el siguiente debian
Estar todos preparados
Para marchar.... pero luego
Que vino la noche umbría,
Por fuerza el rey à Eleonora
La arrebató de Antioquia,
Y sin esperar el alba
Nos pusimos en camino,
Andando à Jerusalem
A cumplir nuestro destino;
La reina y todas sus damas
Marchaban como de duelo.
Y el rey muy poco cuidaba
De prevenirlas consuelo;
Y aun se corrió que un divorcio
Estaba ya convenido...
Tres véces llegué à los carros
De la reina, y con descuido,
O mas bien indiferencia,
Fui recibido por ella.
- ALB. Lo creo.
- ALF. Però una vez
Seguí tan cerca su huella...
Que pude hablarla, y me dijo:

«Que nada estaba en su mano
De lo que había ofrecido.
Que Luis era el soberano,
Y que de su real palabra
Fuera à hacer reclamacion.»
¿Y fuiste?

ALB.

ALF.

¿Puedes pensarlo?

Aun hay en mi corazón
Mucho orgullo... alucinado
Pude vivir un momento,
Pero humillado, jamás...
Fuí sin saberlo instrumento
Quizá de viles intrigas;
Mi ambicion pudo cegarme
Pero, cuando abrí los ojos,
No quise vilipendiarme.
¡Me mostraron una altura
Y me tendieron la mano!
¡Quién no quiere ver su frente
Junto al cielo soberano!!

ALB.

Esto de ejemplo te sirva.
Pues si es noble un caballero,
Solo ha de deber sus lauros
A los golpes de su acero.

ALF.

Si, mi Alberto, el pecho mio,
Si es ambicioso, es honrado:
Tú me has visto esta mañana
Batallando cual cruzado,
Has visto à Ebrardo de Barres,
Mal herido y prisionero,
Y me has visto à libertarlo
Cual cristiano caballero.
El que más me ha alucinado
Reposa en aquesa estancia;
Yo le guardaré su sueño.

ALB.

¡Duerme en paz, oh rey de Francia!
Si, yo también se lo guardo,
Pues si, como hombre, à él
Poco cariño le tengo,
Como soldado soy fiel.
Alfredo descansa tú.

ALF.

Vete à tu tienda, del sueño
Poco preciso.

ALB.

Tampoco
será de mis ojos dueño.
Iré à recorrer el campo;
Muy pronto será de día.

ALF.

Aquí me hallarás, Alberto.

ALB.

Dios cure tu suerte impia.

(Váase).

ESCENA IV

ALFREDO

Se sienta en el banco que el rey Luis ocupó.

ALF.

¿Qué quieres en el fondo de mi agitado
Devoradora sierpe de mi felicidad? [seno.
¿Qué quieres cuando el vaso de mi ven-
tura lleno

Con desmedidos tragos me consumiste ya
A dónde me conduce tu infatigable anhelo.
Como la arista seca que lleva el huracan,
Como entre la tormenta del irritado cielo
Las amarillas nubes que convulsivas van?
Ayer el universo me parecia estrecho
Para formar el eco feliz de mi ambicion:
Hoy todo es un cadáver dentro mi triste

[pecho:

Me pesa la existencia, me duele el corazón.
Magnífico aparato de la soñada gloria,
Tu brillantino velo se evaporó fugaz!
¿Por qué no se evapora también mi me-
[moria

Tu mágico recuerdo, tu brillantez falaz?

ESCENA V

ALFREDO // CELINA

Cubierta con un chal blanco de cachemira se va acercando lentamente, y derrama un pequeño frasco en el jarro del agua.

Por tí se fué la calma de mi alentado pecho

¿Qué quiere todavía tu mágico poder?

¿Qué quiere si ha dejado mi mundo tan
[estrecho

Que no cupo conmigo siquiera una mujer?

CEL. Mírala junto à tí.

ALF. Cielos! Celina!

CEL. Que fantasma, ó mujer, ó sombra errante,
Siempre junto à tu pié su pié camina.

ALF. ¿Cómo entraste por Dios?

CEL. Abre un diamante

Las puertas de murallas, ó de tiendas.

ALF. Vete por compasion, nada me digas,
Nada, por Dios, del corazón pretendas...
Ya todo concluyó!...

CEL. Ah! no prosigas.

No quiere hablar de corazón, Celina:

Quiere hablar de amistad dulce, apacible:

Ya que à la Europa Alfredo se encamina,

Y en el desierto quedo... ¿Es imposible?

Es el último instante de mirarnos!...

ALF. El rey va à despertar.

CEL. No todavía.

Aun podemos, Alfredo, regalarnos

Un postrimer adios...

ALF. ¡Celina!

CEL. Fria

(Le toma la mano y lo vuelve à sentar).

Tu mano está... contra mi seno ardiente

Déjala, Alfredo, por la vez postrera.

¿Por qué miro tan pálida tu frente,

Tan languida tu negra caballera?

¿Sufres acaso?

ALF. Mucho.

CEL. En otros días

Cuan risueno buscabas mi regazo,

Y al son de melodiosas armonías,
Te arrullaba el amor entre mis brazos.
¿Lo recuerdas, Alfredo?

ALF. Si, Celina...
CEL. Tengo sed...

(Alfredo le da agua.—Bebe).

En los vastos arenales
Aun quedan de una noche peregrina,
De nuestro amor ardiente las señales.
¿Qué noche! ¿La recuerdas?... Las estrellas
Rozaban el azul del firmamento,
Y la luna magnífica entre ellas,
De hermosa parecía un fingimiento.
Al pié de dos palmeras confundían
Nuestras almas sus íntimos suspiros,
Y á través de las hojas nos herían
Hebras de luz de abrigantados giros.
¿Lo recuerdas, Alfredo?

ALF. Si, Celina...
CEL. Tengo sed...

(Alfredo le da agua.—Bebe).

Y cambiando juramentos
Volvimos á mi tienda. Amante y fina,
Solo pensaba en tí... y en los momentos
Antes del día ser, buscaste el sueño,
Posando entre mis brazos tu cabeza;
Diciéndome tu voz: «mi dulce duño,
Mi ángel, mi estrella, mi sin par belleza.»

ALF. Si, Celina, es verdad: yo te adoraba;
Pero otro amor mayor dentro mi seno
A tu amor y á mi vida separaba,
Y echó en tu amor y mi existir veneno.
Qué me quieras, por Dios! arroja un velo
Que cubra para siempre esos amores...
No es, no, mi corazón... lo quiere el cielo.
No aumentes con tu voz mis sinsabores;
Pronto voy á partir. Qué hacer podría.
Sino seas iracunda tu amargura?

CEL. Dormías en mis brazos todavía.
Cuando vino del ciba la luz pura;
Así, precisamente cual hora
Una pálida luz vase mostrando,
Y al despertarme al rezo de la aurora,
Te contemplé dormido y suspirando;
Y al despertar, coronas en tu frente
Y millares de esclavos valerosos
Te ofrecí con amor...

(Celina va debilitando la voz cada vez mas).

ALF. Por Dios, detente,
Los momentos, Celina, son preciosos...
Se acerca el día, vete, huye al instante.
CEL. Dame mas agua... (Bebe).

Bien, tus compañeros
Penetraron mi tienda... y tú, mi amante,
No impediste al mas vil de los guerreros,
Que me hablase de amor. En Antioquia
Mi Alfredo huýó de mí...

(Se toca una alborada dentro).

ALF. ¿Oyes?
CEL. Su seno
Contra el de otra mujer unir queria.
ALF. Nos perdemos los dos!
CEL. Un nazareno
Me seguía cual tigre del desierto...
Y Alfredo á defenderme no volaba.
ALF. Vete por compasion!
CEL. Su pocho yerto...
Ni un suspiro de amor me regalaba...
Me abandono por fin.
ALF. Por ese amor lo pido;
Se acercan, ¿no lo oís? (Se oye ruido).
CEL. Si, ya me ausento...
Un poco de agua mas. (Bebe).
Aquí en mi oído
Dime una sola vez... es un momento.
¿No me juraste, Alfredo, vivirías
Para mi corazón?

ALF. Si.
CEL. Y morirías.

Guardándome el postrero pensamiento?
(Levantando un puñal que ha traído oculto, de
modo que Alfredo no lo note).

ALF. Si.
CEL. Pues cumple tan bello juramento.
(Le hiera).

ALF. Ay!
CEL. El último es y al fin es mio.

ALF. ¡Santo Dios!
CEL. De tus manos un veneno
He estado gota á gota, dentro del seno
Recibiendo por tí... débil y frio,
Mi espíritu se va, pero el desierto...

ALF. ¡Ah! (Muere).
CEL. Verá junto á tí mi cuerpo yerto...

ESCENA VI

LUIS, ALBERTO, BERNARDO y los demás

LUIS ¿Estais listos, señores?... mas ¿qué veo?
ALB. ¡Alfredo!... muerto... ¿Y tú? (A Celina).
CEL. ¿Yo? le acompaño.
(Celina hace esfuerzos por sostener á Alfredo
entre sus brazos).
ALB. ¡Miserable!
CEL. ¡Cállad: nuestro reposo
En la paz de los muertos... Europeo,
Vuelve á tu patria y cuenta sin engaño
Como saben amar en el desierto...
Ya nada se opondrá... juntos estamos.
LUIS ¿Qué horror!
CEL. Alfredo... ¡ah! (Muere).
LUIS. Señores, vamos.

EL POETA

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

CARLOS.

MARÍA.

D. ANTONINO.

DOLORES.

FEDERICO.

ELISA.

TERESA, criada.

UN COMISARIO
DE POLICÍA.

HOMBRE 1.º

HOMBRE 2.º

HOMBRE 3.º

HOMBRE 4.º

HOMBRE 5.º

DAMAS.

CRIADO 1.º

CRIADO 2.º

ACTO PRIMERO

Salón amueblado al gusto moderno. A la izquierda del actor la puerta que conduce al interior de la casa; á su derecha la del exterior.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO y TRES HOMBRES, todos en derredor de una estufa. — Momento de silencio.

H. 1.º *(Viendo el reloj.)*

Por mi abuela que esto pasa!
Señores, las cuatro han dado,
Y desde las dos y media
Que sin movernos estamos.

H. 2.º Y lo peor sin comer.

FED. No alterarse, otro cigarro *(Dándole).*

H. 1.º ¿No alterarse? ¡buena flema!

Hora y media apoltronados
Para esperar que concluya,
No su comida, su hartazgo,
El señor Don Antonino.
Y todo para que al cabo,
Con su semblante perruno,
Veiga: y sin darnos la mano.
Nos reciba como á perros
Que vienen á incomodarlo.

H. 2.º Claro está, tiene talegas,
Y nosotros ni un ochavo.

H. 1.º ¡Talegas! muy buen provecho.
Pero sea bien criado
Y tendrá doble caudal.

Sea más fino en su trato:
Y sin tanta altanería
Reciba á gentes, que acaso
Tienen mas merecimientos
Que su caudal afamado:
A gente pobre, es verdad,
Mas de corazón honrado
Y de manos laboriosas,
Que con su mismo trabajo
Hacen crecer su riqueza.
Y la riqueza de tantos
Que con el sudor del pueblo
Se llenan de oro. Yo cuando
No pise las antesalas
De estos condes disfrazados,
Nuevos señores feudales,
Que comerciantes llamamos,
Una turca he de tomar.
Y si ahora aquí me hallo
Por mi desgracia, es porque
Debo pagar de contado
Un vale á Don Antonino,
Y por un maldito acaso
No tengo el dinero pronto,
Y de que me espere trato.

FED. Ni se mueve la ceniza.

¡Qué buenos son los habanos
Del almacén de Don Luis!

¿También le hace usted el gasto?

H. 3.º No señor, no fumo buenos,
Porque los buenos son caros.

FED. Por mayor no valen mucho
Usted, señor, ha comprado?

H. 2.º ¡Gracia sería! si apenas
De papel son mis cigarros,

Y dentro de poco tiempo,
Sino mejora el erario,
Para dar gusto a mi lengua,
Con la hoja de mis despachos,
Y que son de coronel,
Haré quizás un cigarro.
¡Pero habanos! No señor:
Si hoy apenas los soldados
Tenemos para comer.
Vea usted, ya van dos años
Del año cuarenta á este,
Tres campañas se han andado
Y en tres campañas un sueldo.
FED. ¡Un sueldo!
H. 1.^o ¡Pobres soldados!
FED. Y las entradas de aduana,
Patentes, papel sellado,
Derechos, contribuciones
De alcabalas y mercados
Ventas sin público, y públicas,
Y todo cuanto el erario
Percibe al fin de los meses
¿Quién se lo guarda?
H. 2.^o Muy claro:
¿Qué se yo quién se lo guarda?
Pedro, Juan, Antonio, Pablo,
Le parece a usted son pocos
Los que comen en un plato?
Nosotros los militares
Solo sabemos dos cosas:
Primero, que no nos pagan;
Segundo que nos matamos
Por el primero que quiere
Que montemos a caballo,
Y sin mas, ni mas, nos demos.
Unos con otros porrazos.
Proclama sobre proclama
Cuando ménos lo esperamos:
«A las armas defensores
De nuestro suelo adorado:
El peligro es inminente,
Y solo con vuestras manos
La patria quedará libre;
Vuestro país no es ingrato,
Y al volver de la campaña
Compensará á sus soldados.»
Pues señor: obedecemos,
Y cuanto hallamos al paso
A los infiernos va á dar:
Se concluyen los porrazos,
Y al volver á la ciudad,
Muy lindamente miramos
Nuestro país como estaba,
Nuestras bolsas sin un cuarto.
FED. ¿Y con qué comeis?
H. 2.^o ¿Con qué?
Vendiendo ciento por cuatro
Nuestros sueldos: como ahora
Vengo á hacerlo de cóntado
Con el tal don Antonino,

Que tiene no sé qué encanto,
O qué trastos mejor dicho,
Para cobrar en un rato
Lo que en un año nosotros.
FED. Con que este señor...
H. 3.^o Es cuanto
Quiera usted que sea él;
Porque tiene, lo que es claro
Que entre nosotros es todo.
Pesetas, señor: que cuando
Ellas faltan es un hombre
Lo que un miserable trasto:
Aquí me vé usted á mí
Por un acomodo escaso
En el gobierno, y vé usted
Que ni es ministro de Estado,
Ni... usted, según imagino,
Vendra buscando otro tanto?
FED. ¿Quién? ¿Yo? ¿Qué linda ocurrencia!
No, señor: ha trabajado
Mi padre, que Dios conserve,
Para darme todo cuanto
Necesito: y felizmente
Muy divertido lo pasó,
Sin necesitar de nadie.
H. 3.^o Pues yo creí que esperando...
FED. No, señor, no espero á nadie,
¡Gracias á Dios! he llegado
A esta casa así no mas.
Hace ya años que trato
Al señor don Antonino,
Y vengo de cuando en cuando
Para tomar el café:
Esto es todo.
H. 1.^o Hube pensado
Yo también, como el señor,
Que por las diligencias...
FED. Tanto
Me cuido yo de quehaceres
Como un juez de su juzgado.
¡A mi edad! ¡bueno sería!
Apenas veinte y cinco años
He cumplido y mas que tonto
Fuera con desperdiciarlos.
H. 2.^o ¿Con que usted nada trabaja?
FED. Sí, señor, que no hay cristiano
Que se lo pase durmiendo.
Yo me acuesto y me levanto.
Como usted puede pensar:
Al levantarme me lavo
Con agua tibia la cara,
Para conservarme sano;
Me afeito, pongo pomada
En mis cabellos rizados
Y en mi barba y mi patilla;
Después, llamando a mi criado,
Me visto en traje de casa;
Es decir, calzones anchos
Sin tiros, ni tiradores,
Chaquetilla de verano,

Chinelas verdes y capa;
 Y así, suelto y abrigado,
 Paso á la mesa de almuerzo
 Donde bien masco y bien trago,
 Me retorno á mi aposento
 Que ya encuentro acomodado,
 Y en un sillón á la moda
 Me dejo caer un rato
 Para escarbarme los dientes,
 Cual un ministro cansado
 De haber ido al ministerio;
 Pido despues el diario
 Para mirar un momento
 Si tiene comunicados,
 Y sino los hay los deajo.
 Luego que ya he descansado,
 Vuelvo á llamar á mi negro
 Para que tenga el trabajo
 De volverme á acomodar.
 Vuelve á vestirme, y un rato
 Despues, estoy en la calle
 Caminando paso á paso
 A visitar mi cochero,
 Mi volanta y mi caballo,
 Para decirles si gusto
 Pasear mas tarde un rato.
 Concluida esta diligencia,
 Voy a la puerta del teatro
 A ver la funcion que avisa,
 Y á hacer sacudir mi palco:
 Luego que termino aquesto,
 Voy á frecuentar el trato
 De mis buenas relaciones;
 En todas partes hallando
 Que me reciben contentos,
 Las damas por mis alagos,
 Los criados por mis reales,
 Los hombres por mis cigarros.
 A las dos voy a comer
 A la fonda, y tres ó cuatro
 De mis mejores amigos
 Me acompañan de contado:
 Y acabada la comida
 Se salen por donde entraron,
 Y yo me vengo a esta casa,
 O a otra cualquiera, buscando
 Con quien tomar el café;
 Hasta que el día acabado
 Me anuncia que ya es la hora
 De ir a divertirme al teatro,
 Y despues volver corriendo
 A descansar a mi cuarto....
 Esta es mi vida.... y ve usted
 Que no es poco mi trabajo.

H. 1.^o Seguramente.

H. 2.^o Y no es poco.

H. 3.^o ¡Qué bueno para soidado!

FED. Cuando el tiempo no está bueno,
 Entonces mas moderado,
 Salgo apenas de mi casa

Para conversar un rato
 Con un amigo poeta
 Que vive á muy pocos pasos;
 Y allí por bien ó por fuerza,
 Consigo me escriba al cabo
 Alguna cancion bonita
 De amor, que se la regalo
 A la primera muchacha
 Que se me presenta a mano;
 Dejo por fin al poeta
 Y me retorno a mi cuarto.
 Despues... pero álguien viene.

H. 1.^o ¡Maldito gloton!... ¡Al cabo!...

ESCENA II

DON ANTONINO y DICHOS

ANT. ¡Hola, señores!

FED. Mi amigo,
 Saludo á usted con afecto.

ANT. (Al hombre 3.^o) Todavía, señor mio,
 No hay resultado de aquello;
 Quizá mañana... sí; acaso
 Mañana podré saberlo.
 ¡Son tantas mis atenciones
 Cuando voy al ministerio!
 Pero en fin, hablaré al hombre
 Y conseguiré el empleo.

H. 3.^o Yo desearía...

ANT. Que pronto,
 ¿No es verdad? muy majadero
 Es usted para pedir.

Pues; y como yo no tengo
 ¡Mas que hacer!... Ya lo he dicho,
 Mañana, señor, ¡qué empeño!

H. 3.^o Muy bien... usted me dispense. (Vase)

ANT. Vaya usted con Dios.

H. 1.^o Deseo
 Hablar con usted aparte.

ANT. ¿Me trae usted el dinero?

H. 1.^o No, señor.

ANT. Pues nada escucho.

H. 1.^o Pero...

ANT. ¡Qué pero ni perost!...
 El vale cumple su plazo,
 Y no hay mas.

H. 1.^o Yo lo confieso.

Pero un acaso imprevisto
 Me pone en el duro esfuerzo
 De pedir por ocho dias
 Su renovacion.

ANT. ¡Ni medio
 Día, señor! ¡Pues es lindo!
 ¡Qué! ¿Cree usted que mi dinero
 Es carne de todo el mundo?
 ¡Muy bonito está el comercio
 Para andar con plazos! ¡Digo!
 ¡Poquita cosa el gobierno
 Me debe en todo este año!

- H. 2.^o ¡Y cómo se queja el perro!) (*Aparte*).
 H. 1.^o Muy bien, señor; sin demora
 Venderé cuanto poseo;
 Dejaré si es necesario
 Mi familia pereciendo,
 Y me venderé a mi mismo
 Para pagar lo que debo.
 Que ignora usted lo que cuesta
 A un hombre noble de pecho
 Tener que mirar un rostro,
 Que puede que valga ménos
 Que la mirada que lleva;
 Porque... tenga usted por cierto
 Que con todos sus caudales,
 El mas infeliz del pueblo,
 El artesano mas pobre,
 Dice con desprecio al verlo:
 «Adios conciencia de paja
 Dentro un corazon de cieno...» (*Váse*).

ESCENA III

MARÍA, DOLORES y DICHOS

- ANT. ¡Deslenguado!
 FED. ¡Señoritas!
 H. 2.^o Fué solo acaloramiento.
 (¡Qué bien dicho!)
 FED. ¡Una insolencial!
 ANT. Yo no me enfado por eso:
 Son palabras de deudores.
 ¿Y usted mi amigo?
 H. 2.^o Unos sueldos
 Que si á usted lo conviniera
 El comprarlos.
 ANT. Y á cuál precio?
 H. 2.^o Al que se acostumbra hoy.
 ANT. Muy bien, al doce por ciento.
 Son muchos?
 H. 2.^o Como tres meses.
 Ando escaso de dinero,
 Por lo cual si usted quisiera
 Ahora mismo...
 ANT. Yo desco
 Servir á los militares
 Y al instante que lo puedo
 Lo hago con gusto.
 H. 2.^o ¡Tunante!) (*Aparte*).
 ANT. Con que, si trae el bofeto...
 H. 2.^o Aquí está... (*Le dá un papel*).
 ANT. Pues lleve usted
 (*Escribe en una hoja de su cartera*).
 Este otro á mi cajero
 Y le entregara el importe.
 H. 2.^o Le quedo á usted muy atento;
 Mandeme usted.
 ANT. Vaya, abur.
 H. 2.^o (Qué carga á son degüello
 Le daría yo á los cofres
 De este maldito usurero). (*Váse*).

- ANT. ¿Y qué tal, don Federico?
 Apostaría, y no pierdo,
 A que no ha tomado usted
 Café?
 FED. Lo que es muy cierto:
 Pero ya ni me acordaba,
 Mirando los ojos bellos
 De la angelical María.
 MAR. (¡Qué repugnante y qué nécio!)
 ¡Gracias!
 ANT. Pues si usted lo quiere,
 Iremos á ver primero
 Cierta persona, inmediato,
 Y despues nos volveremos
 A tomarlo.
 FED. Soy de usted.
 ANT. Dolores, te recomiendo
 Sea en la máquina nueva,
 Siempre lo gusto mas bueno
 Cuando lo haces tú. María
 (*Llevándola aparte*).
 Cuidado con el convenio:
 Tu felicidad, tu calma,
 Teno entendido, está en ello.
 Si viene mientras yo salgo
 No hay que andar con miramientos
 Sino decir la verdad;
 Ya que según tus deseos
 No he de ser yo quien la diga.
 MAR. Así lo haré.
 ANT. Así lo espero.
 FED. Señoras, hasta despues.
 ANT. Pronto el café. Vuelvo luego.
 (*Váanse los dos*).

ESCENA IV

MARÍA y DOLORES

- MAR. ¡Ah mi querida Dolores!
 En este dia se ha ahogado
 Mi corazon desgraciado
 En un mar de sinsabores.
 Y en mi cabeza se agita
 Un inmenso torbellino,
 Donde ciega y sin destino
 Mi razon se precipita.
 Las horas pasan y en ellas
 Deshecha vuela la nube,
 Donde risueña contuve
 Mis esperanzas mas bellas.
 Felicidad, ilusiones,
 Horas de amor y de calma,
 Se van fugaces del alma
 Como soñadas visiones.
 Tú sabes cuanto le ama
 Cada fibra de mi pocho,
 Que se considera estrecho
 Para el volcan que lo inflama.
 Tú sabes que en él cifraba

- Mi porvenir mas dorado ...
 ¡Mírale ya deshojado
 Cuando á lucir empezaba!
DOL. No, mi sensible María;
 De la mas profunda pena,
 Con el tiempo se serena
 El rigor y la porfía;
 Tú probarás que el destino,
 Que es hoy tan negro á tus ojos,
 No solo llenó de abrojos
 La senda de tu camino.
 Sé que idolatras á Carlos,
 Sé tus fuertes impresiones,
 Pero á vuestros corazones
 Es preciso separarlos.
 ¡Esfuerzo cruel, violento!
 Pero cuál es aquella alma
 Que por un trago de calma
 No bebe un mar de tormento!
 Tú no has oido hasta ahora
 Sino ¡ay! á tu corazon,
 Henchido de una pasion
 Tan fuerte y tan seductora,
 Como fatal á tu dicha;
 Y sin pesar tu destino
 Te labrabas el camino
 Para tu acerba desdicha.
MAR. No, que vivia en un cielo
 Lleno de amor, de ventura,
 Lleno de cuanta dulzura
 Bebe el alma con anhelo.
 ¡Mi destino! Qué valia
 Si para amar he nacido,
 Y amaba en cada latido
 Que mi corazon sentia!
DOL. ¡Desgraciada! Pero al cabo
 Carlos no puede ofrecerte
 Ni su mano, ni tu suerte.
MAR. Su corazon es mi esclavo.
 ¿Para qué mayor fortuna?
DOL. No, María, las mujeres
 Tenemos crueles deberes
 Que respetar, y ninguna
 Puede separarse de ellos,
 Sin exponer su decoro,
 Que forma el solo tesoro
 De nuestros años mas bellos.
 La sociedad no pregunta
 Lo que hay en los corazones,
 Mira solo las acciones,
 Y su dedo nos apunta.
 Carlos es joven, sensible,
 Lleno de honor y talento,
 Y lleno de amor violento,
 De pasion irresistible;
 Pero es pobre y desgraciado
 Cual nadie en la sociedad,
 Y por eso en su horfandad
 De todos vive olvidado.
 Su cabeza se respeta
- Porque es bella y luminosa,
 Pero al fin, no es otra cosa
 Que un desdichado poeta
MAR. Lo sé!
DOL. Carlos algun dia
 Te comunicó su estado?
MAR. Sí.
DOL. Y pobre y abandonado
 ¿Qué te ha ofrecido, María?
MAR. Su corazon ya era mio,
 Su mano dentro de un año:
 Y de doblez ni de engaño
 En su labio desconfio.
DOL. Pero antes de conocerle
 No recuerdas que tu mano
 La dió tu padre...
MAR. Y en vano
 Hoy no puedo obedecerle.
DOL. ¿María, tu mismo labio
 No consintió?
MAR. Mas qué vale
 Una palabra que sale
 De la niñez?
DOL. Un agravio
 Para el honor de tu padre,
 Y para tu honor, María.
 Además, quizá en el dia
 A sus intereses cuadre
 Mas que nunca que tu mano
 Con la de Enrique se una.
 Tu sabes que su fortuna
 El competir la es en vano,
 Y que con ser tu marido
 Se curarán los reveses
 Que en sus vastos intereses
 Ha tu padre recibido.
 Sabes tambien...
MAR. Solo sé
 Que al pié del altar quizas,
 Habré de decir: «jamás»
 Al querer darle mi fe...
DOL. ¡María!
MAR. ¡Por él lo juro!
 Fálteme la luz del dia.
 Si la fé del alma mia
 Por otro amor la perjuro.
 Conviértase en el tirano
 De mi pecho el orbe entero,
 Yo lo sabré hacer de acero
 Para defender mi mano.
 Yo tendré fuerza bastante
 Para lo que hoy se me pide,
 Ya que á Carlos se despidió
 Tan solo por ser mi amante.
 Pero mañana, otra cosa
 No esperen de mi obediencia,
 Que de mi alma la excelencia
 No es, por Dios, tan humildosa.
DOL. Está bien; pero si quiera
 Haz que tu padre no sea..

MAR. ¡Quien lo despida! acción fea,
Indigna de quien debiera
Mas miramientos mostrar;
No será mi padre, no,
Que la víctima soy yo,
Y yo quien debo llorar.

DOL. Valor un solo momento,
Y despues...

MAR. Despues la muerte
Derramará por mi sucrte
Torrentes de sufrimiento.

CRIA. El señor don Carlos.

MAR. ¡Carlos!

DOL. Puede entrar. ¡Valor Maria!
(Váse el criado).

Si, en su nobleza confia,
Y desecha esos recelos
Que te abruma.

MAR. En el alma
Siento un peso que la oprime...
No sé qué hacer... por Dios dime
Como el tormento se calma,
Como se da valentía
Al lábio que tiene miedo...
Por Dios, Dolores, no puedo;
Hablale tu, prima mia...
DOL. Tú sabes que obedezco...
MAR. Ya se acerca.
DOL. Nada ocultes
Ni tu situación abultes
Con tus lágrimas. (Váse).

MAR. (Se sienta en una silla.) ¡Fallezco!

ESCENA V

MARÍA, CARLOS

CAR. No sé que amargo sinsabor el alma
Hoy me anuncia infeliz! quizá este día
No concluirá sin alumbrar mi llanto...
Ella me llama y la veré... ¡Maria!

MAR. ¡Carlos!

CAR. ¡Mi amor y mi ángel de consuelo!

MAR. Te he llamado, es verdad, y en el mo-
[mento...]

CAR. Me tienes á tus plantas ambicioso
De oír, de amar, de obedecer tu acento.

MAR. (¡Gran Dios!) ¿qué le diré? siéntate, escu-
CAR. ¿Es ilusión o en tus divinos ojos [cha.
Hay lágrimas, Maria? ¿Qué infortunio
Me quieren presagiar con sus enojos?

MAR. Una ilusión será... ¿Carlos, me amas?

CAR. ¿Si yo te amo? Pregúntame, Maria,
Si late el corazón dentro mi seno,
Y eso basta no mas; el alma mia
Si es verdad que palpita, te idolatra;
Pues no amarte y vivir, no lo comprendo.

MAR. Pues bien, si tanto amor hay en tu alma,
Un sacrificio de tu amor pretendo.

CAR. Pide cuánto de un hombre el brazo pueda

Con valor alcanzar; pide mi vida,
Pide de mi alma el último suspiro,
Y de orgullo y de amor el alma henchida,
Si tu lo mandas, volará del pecho.

MAR.

CAR.

Oye, Maria.

Un gérmen que es fatal entre los hom-
Trage á la tierra con el alma mia, [bres
Y brotando sus raices con el tiempo
Apuré gota á gota su veneno:
Y tan solo un día entre los hombres
Latió sin él mi lacerado seno;
Pues bien, si bondadoso entre mis ma-
[nos

Pusiera Dios un mundo de ventura,
Por una sola voz, una mirada,
Lo daría por premio á tu hermosura,
Lanzándolo en pedazos á tus plantas.

MAR.

CAR.

Mi triste vida,

¿A qué debe sus horas halagüeñas
Sino al amor que tu existencia anida?
Cuando echo una mirada por el mundo
Buscando un sér que comprenderme
[pueda

Empañando una lágrima mis ojos,
Mi huérfana mirada en tí se queda...
Cuando mi vida de sufrir cansada,
Buscando alivio al porvenir se lanza,
Mi corazón se vuelve presuroso
A tí, Maria, su única esperanza.
¿Qué me pedirás, pues, que no consigas
Tan pronto como verte y adorarte
Supo mi corazón?...

MAR.

Tambien el mio

Ardoroso palpita para amarte;
Tambien yo te daría mi existencia
Si comprara con ella tu ventura.

CAR.

¡Ángel consolador! ¡Quién mas felice
Si me embriaga la flor de tu hermosura!
¿No has visto que mis ojos ya no vierten,
Ni una lágrima sola, ni un suspiro
Presagiando dolor del alma sale
Cuando escucho tu voz: despues que
[miro

Mi pasión con tu amor recompensada?
Soy muy feliz, Maria; nada espero
Ni hay en mí mas temor que el de per-
[derte.

MAR.

Pues sufre como yo: es ya el postrero
Momento de mirarnos.

CAR.

¿Y has podido
Tan imposible acción pensar siquiera?
¡Separarme de tí! ¿Hay en el mundo
Quien tenga tal poder; quien se atreviera
A separar tu amor del amor mio?

MAR.

No me comprendes, Carlos. Un mo-
[mento
Da calma, por piedad. No es que me ol-
[vides;

Lo que exijo de tí, es un tormento
Quizá mucho mayor: que no me veas.
Esta casa, de hoy mas....

CAR. Cesa, María;
¡Comprendo!.... ¡Maldición!....

MAR. Mi padre...
CAR. Cesa....

Que nube de vergüenza el alma mia
Envuelve sin piedad!

MAR. Oye, bien mio.
No me culpes, por Dios; mi padre igno-
[ra

Cuán inmenso el amor en nuestras almas
Con su temible llama las devora,
Y calculando un bien para su hija,
De su sola ventura la separa....
Soy la víctima yo: lloremos juntos
La suerte que el destino nos prepara,
Sin quererle oponer. Si yo pudiera
No obedecer mas voz que á mis pasio-
[nes,

Tu esclava te siguiera por el mundo
Venturosa arrastrando mis prisiones.
Mas tú lo sabes ya.

CAR. Sé que fui niño
Presagiando firmezas en tu pecho....
Mujer y nada mas.

MAR. Mujer que tiene
Para injurias y amor el seno estrecho;
Mujer que en cada fibra de su vida
Hay arrojó y amor.... pero no intento
Reprender tu desden.... ahoga en tu alma
Lo que llamas ofensa, y un momento
Escúchame, por Dios.

CAR. Dí que has mentado,
Que no has podido oír que se me ofenda
Con tan torpe maldad, sin que tu labio
De respetos mundanos se desprenda.
Dime mas bien, mujer, que me aborre-
[ces,

Que desprecias mi amor loco, irritable,
Pero no te presentes mensajera
De un proceder villano y despreciable.
¡También me despedaza!

MAR. Bien: escucha.

CAR. Porque la suerte me negó caudales
Para pagar el precio de tu mano,
Me cierra de su casa los umbrales
Tu padre sin piedad. Si los tuviera
Con afable amistad me trataría,
Vendiendo de su hija el alma pura
Cual una miserable mercancía.
¡Y un ser de corazón tan depravado
Es quien tiene la audacia de insultarme,
Y el mismo amor que ofende, hasta me
[quita

El placer y justicia de vengarme!

MAR. Recuerda que es el padre de María.
CAR. Es mentira que injuria al mismo cielo.
¿Aquel que nos regala una existencia

Para rendirla esclava de su anhelo,
Cuándo merece el título de padre?
Esa voz ¡padre! que del alma sale,
Le merece tan solo quien derrama
En la vida del hijo su cariño:
Y cuando ¡hijo! alguna voz le llama,
No cree llamarle «siervo miserable....»
Pero no me interrumpas. Es forzoso
Que obedezca á tu padre, mas en cambio
De este obediencia vergonzoso,
De la hija un sacrificio necesito.
Tuya es mi vida. Si.

MAR. El pecho humano
CAR.

Jamás es débil si el amor lo anima,
Y no sabe querer cuando liviano
No es capaz de arrostrar un sacrificio.
Pues bien, si tú me amas, al momento
Tu suerte con mi suerte estará unida.
El mundo es vasto al corazón violento,
Y fértil en recursos al que ama.
Si la fô que juramos ante el cielo
Cuando inspiró el amor en nuestras al-
[mas,

No crees bastante en el mezquino suelo,
Seré cual tú, sumiso, preocupado.
Seré lo que tú quieras, y al instante
La bendición de un hombre hará sagrada
La ardiente llama de mi amor constante.
Aunque sola conmigo, en mi hallarias
Cuanto con el alma el universo encierra,
Que para henchir de amor tu virgen
[pecho

Haré que brote amor hasta la tierra....
Qué mas felicidad, qué mas tesoro
Que posar en mi seno tu cabeza,
Y sentir que mi seno está temblando
Al aspirar de tu alma la pureza;
Y sentir que me abraso delirante
Al escuchar tus puros juramentos,
Y salir de mi labio convulsivo
Relámpagos de amor en vez de alientos.
¡Cesa por compasión!

MAR. ¿Cuáles respetos,
CAR.

Qué consideraciones para el mundo
Debemos abrigar, cuando inhumano,
En farsas siempre y en maldad fecundo,
Nos roba sin piedad nuestra ventura?...
Si en este instante, consumido en llanto,
Saliera á mendigar, hombre por hom-
[bre,

Un pasajero alivio a mi quebranto,
Volviéndome los ojos con desprecio
La risa por sus labios vagaría;
Pues yo también destruyo mis cadenas
Burlándose del mundo mi osadía.
¡Carlos!

MAR. Mia serás hasta la tumba....
CAR.

Mia serás, aunque el infierno mismo
Lanzara mas rigor entre los hombres,
Y abriera a nuestras plantas el abismo.

MAR. ¡De ese modo jamás!
 CAR. ¡Y lo pronuncias!
 ¡Débil mujer de corazón perjuro,
 Al fin te conocí! Yo me avergüenzo
 De haber imaginado un amor puro
 En pecho de mujer. Anda y entrega
 Tu corazón cobarde á tus iguales;
 Para dármele á mí, se necesita
 que vierta amor en rápidos raudales.

MAR. ¡Este es, gran Dios, el premio á mis amo-
 [res!
 ¡Ultrajada por él! Rasga en el seno
 Mi ardiente corazón donde tu vives,
 Mas no con tus palabras un veneno
 Gota á gota le des. Tú eres tan solo
 Mis bellas esperanzas en la tierra:
 Insúltame sin compasión, y dime
 Que nada á defenderme el mundo en-
 [cierra.
 Agrias como la hiel tus expresiones
 Penetran fibra á fibra por mi vida,
 Que cuanto mas rigor, mas generosa
 Te sabré idolatrar.

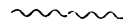
CAR. (¡Hora homicida
 De mi felicidad. Yo denigrarla!)
 MAR. Oféndeme, tu lengua á su capricho
 Juegue con mi virtud, con mi constan-
 [cia.
 CAR. (Maldición á mi voz!... Y yo lo he dicho!)
 (De rodillas y con mucha pasión).
 Si el fuego que cunde voraz por mis ve-
 (nas,
 Si el rayo que el alma su cáliz hirió,
 Lanzó entre sus llamas, preñados de pe-
 [nas,
 Acentos que tu alma con llanto escucho;
 Por ese que cielos y tierra domina
 Y amor y bondades le da al corazón,
 Por tí, por lo que ames de esencia divi-
 [na.
 Te pido, María, mil veces perdón.
 Tu alma que iguala la nitida hoja
 De rosa naciente, de leve jazmín,
 No puede, bien mío, saber la congoja
 De esta alma de fuego, que insultan en
 [mí..
 Un hombre ofendíome cobarde y mez-
 [quino,
 Y en llamas de ira se fué mi razón;
 Mas veme de hinojos, con llanto conti-
 [no,
 Pidiendo, María, mil veces perdón.
 Si amor es, el mío, quien loco te ofende,
 Si fuere mezquina corona en tu sien,
 ¿No amar la hermosura del hombre de-
 [pendo?
 A Dios no se ama con fuego también?
 Aquí, lo que el alma constante la oprime
 Es fiebre, delirio, volcan, no pasión;
 Infierno que abrasa... no, cielo sublime...

MAR. ¡Mil veces, María, mil veces perdón
 ¡Quién puede culparte si mira tu lloro,
 Si siente, bien mío, de tu alma la voz!
 Con vida, con alma, mi Carlos, te adoro...
 (Pasos dentro.)
 Mas vienen... mi padre. ¡Ay! Vete por
 [Dios.
 CAR. Seguirme, María, promete al instante.
 MAR. ¡Jamás!... ¡Imposible!...
 CAR. Lo pide á tus pies
 Tu esposo, María.
 MAR. Soy solo tu amante,
 Tu esposa no soy.
 CAR. Ya lo eres.
 MAR. Después...
 Quizá en otro día... mas piensa primero...
 CAR. Pues venga tu padre y aquí me ballará.

ESCENA VI

DON ANTONINO, FEDERICO y DICHS

FED. Fué largo el paseo.
 ANT. Señor...
 CAR. Caballero...
 MAR. (A Carlos.) Te sigo.
 CAR. (A don Antonino.) Os saludo
 MAR. Ve usted, ya se va.



ACTO SEGUNDO

Una sala que representa el estudio de Carlos.—Una gran mesa con libros y papeles en desórden, unas pistolas—Sillas y un sofá.—Poco lujo.—Al fondo una puerta que se supone da á la alcoba—A la derecha del actor, puerta de salida.

ESCENA PRIMERA

TERESA

(Saliendo con un plumero de la alcoba de Carlos.)
 Pues señor, he concluido
 De arreglar el aposento,
 Si es que arreglar es posible
 Un desarreglo perpétuo.
 ¡Jesús qué desbarajuste!
 Las camisas por el suelo,
 Las botas sobre la silla,
 Sobre la cama el sombrero,
 Baston y guantes y capa
 Por los rincones revuelto;
 Y esto toditos los días,
 Y todos los días tengo
 Que colocarlo en su sitio.

Este otro cuarto no debo
Segun dice, acomodarlo,
Porque los libros revuelvo,
Y le pierdo los papeles
Y con mi alma agradezco
Me prive tal compromiso;
Que acomodar ese infierno
(*Por la mesa*).

Obra seria de un año.
¿Y todo este desarreglo
De qué proviene? Muy claro:
De pasarse todo el tiempo
Entre libretos, papeles,
Entre suspiros y versos...
Este hombre se ha de matar.
Se pasa días enteros,
Sin mas que una bagatela
Por comida y por almuerzo,
Y dale con horas y horas
Pasarse siempre leyendo,
Cual si los libros nutrieran
Como nutre un buen puchero.
De noche sale a las ocho,
Canta las doce el sereno,
Y ételo aquí que ya viene
Cabizbajo, macilento,
Tirando sobre las sillas
Capa, guantes y sombrero,
Cual si le dieran fastidio.
Lo primero, en el momento,
Es sentarse, y revolverse
Con los dedos el cabello,
Después la pluma en la mano,
Y adiosito, allá van versos...
Se para, camina, piensa,
Conversa consigo mismo,
Y vuelve a sentarse, y vuelve
A dejar limpio el tintero.
¡Jesús! á veces presumo
Que no anda bueno el cerebro;
Pero ya se ve ¡poeta!
¡Ay! qué malas se las veo
A la mujer de tal gente.
Pasar la noche escribiendo,
Y después débil, sin fuerzas,
Medio vivo y medio muerto...
Pero águien creo que viene:
El ha de ser, que está enfermo
Hace diez días, y apenas
Hoy ha salido á paseo.

ESCENA II

CARLOS, TERESA

TER. ¿Está usted mejor, don Carlos?
CAR. Sí, Teresa; algo padezco,
Pero me siento más fuerte.
Me ha probado este paseo.
TER. La alcoba está acomodada.

CAR. Gracias.
TER. Y ya segun creo
Son las cinco de la tarde,
Y si usted tiene deseos
De comer, hay un pollito
Y unas...
CAR. No, nada apetezco.
TER. Pero, señor...
CAR. A la noche,
Después... en otro momento.
TER. Como usted quiera, yo cumplo.
CAR. Lo sé, Teresa, y no tengo
Como compensar á usted
Tanto cuidado.
TER. Es un bledo.
¡Eh! no, señor; que usted sane,
Que esté robusto y contento
Es mi ambicion, nada mas.
CAR. (¡Pobre mujer!) Lo agradezco.
TER. Con que entonces...
CAR. Nada más.
TER. Si viene algun caballero...
CAR. Que entre.
TER. Bien.
CAR. Si la señora,
Aquella de traje negro
Que viene todos los días
Quisiera verme, primero
Repáre usted si hay visitas,
Y si así fuera, un momento
Que me espere.
TER. Y haré á usted
Una seña desde adentro.
CAR. Eso es.
TER. Pues de contado
Cumpliré á usted su deseo. (*Váse.*)
(*Carlos se sienta al lado de la mesa.*)
CAR. Hace diez días que un mundo
Descansa sobre mi frente,
Que ya lucha débilmente
Con el peso abrumador;
Diez días ha que en mi pecho
Siento una guerra de muerte,
En que ora vence mi suerte,
Ora vence mi dolor.
¿Es virtud ó es inconstancia,
Preocupacion ó falsía?
Dimelo, por Dios, María,
Aunque me cueste el morir;
Dime si me has engañado,
O si los días demoras
Para endulzarme las horas
De un cercano porvenir...
¡Por qué, Dios mío, pusiste
Tanto amor dentro mi seno,
Si tan amargo veneno
Me reservaba el amar!
¡Por qué de llamas ardientes
Llenaste mi fantasia,
Si nieve solo debía

Sobre la tierra encontrar!
 ¡Por qué pusiste en mi alma
 Tan hermosos sentimientos,
 Si crueles padecimientos
 Debieran solo envolver!
 ¡Por qué cual soy me formaste,
 Si es en la tierra mi vida
 Flor sobre tumba nacida
 Que repugnan recoger!...
 ¡María! Tu eres á mi alma
 Lo que la brisa á las flores;
 Sé constante en tus amores,
 Angel puro celestial;
 Que si sentó tus ojos
 Serán en mi joven seno
 Lo que en un arbusto ameno
 Las furias del vendaval.
 Diez dias sin oír tu acento,
 Sin contemplar tu hermosura...
 Es demasiada tortura;
 Demasiado padecer...
 Pero alguien viene; si acaso
 Fuera Dolores... la amiga
 Que mis pesares mitiga...
 ¡Siempre importuno ha de ser!

ESCENA III

CARLOS, FEDERICO

- FED. Y bien, cómo va, que tal,
 Cómo se halla mi poeta?
- CAR. (¡Hasta en saludar es nécio!)
 Mi salud casi esta buena.
 Federico, muchas gracias.
- FED. No tal; debe estar enferma,
 Y siempre, siempre estara;
 ¡Pues es nada la friolera
 De su escribir y leer!
 Sin pasear, sin comedia,
 Sin comer ni beber bien,
 Ni enamorar, ni... ¡Es buena
 La vida que usted se pasa!
 La mia engorda, da fuerza.
 Vea usted si yo padezco
 Ni siquiera de las muelas.
 Y siempre alegre, paseando
 Sin enfermedad ni penas,
 Para despues á mi casa
 Volver con el alma quieta,
 Y sin zozobra ni llanto,
 Echar sobre mi marquezá
 Un sueño de *diputado*,
 O como dicen, de piedra.
- CAR. ¡Qué quiere usted! nada tengo
 Con que distraer mis tareas.
- FED. Baile usted.
- CAR. Poco me place.
- FED. Vaya usted a la comedia.
- CAR. Me fastidio... Desearia
 Ver siempre sobre la escena.

- Algo nuestro... americano...
 Mas hallo con impaciencia,
 Siempre la Europa y sus reyes,
 Como una caduca vieja
 Incomodando a una niña.
- FED. Dé usted alguna gaceta
 Con muchos comunicados,
 Y así ganara pesetas
 Y nos hará reír á todos.
- CAR. ¡Peor que peor! nuestra prensa
 Tiene tres sendas: la una
 Para el poder; hay en ésta
 La adulacion, la mentira,
 Torpes y viles bajezas,
 Y una obligacion continua
 De hacer lo que otro desea;
 Y en ella no piso yo.
 La segunda es línea recta
 Al honor de las familias,
 Deshonrando nuestra prensa
 Con insultos personales
 Y miserables reyertas.
 Para ésta se necesita
 Una alma ignorante o néctia,
 Y en ella tampoco piso.
 Y por fin, va la tercera
 En derechura á la cárcel;
 En ésta huella se encuentra
 La libertad, el valor
 Y la mas pura nobleza
 De una alma ilustrada y firme,
 Pero al fin termina ella,
 Como ya he dicho, en la cárcel,
 Y no quiero conocerla.—
 Yo lo vé usted, imposible
 Que pueda dar la Gaceta.—
- FED. Pues entre usted en política,
 Y grite usted, vaya, venga,
 Y así á todos alborota
 Y llena sus faltriqueras.
- CAR. Peor es esto que lo otro.
 ¡No me dé Dios tal ideal
 Eso que usted y otros muchos
 Lllaman política, fuera
 Mucho mejor la llamaran
 Inferno que se alimenta
 Con la ignorancia de todos
 Y el egoismo y miseria
 De unos cuantos de los nuestros.
 Que por ser tontos y malos,
 Son buenos por excelencia
 Para mandar nuestro pueblo.
 No, amigo, no. En nuestra era
 La política nos mancha
 O nos hiere la conciencia;
 Y el joven de pecho noble
 Librese, por Dios, de ella,
 Si quiere guardarse puro
 Para los tiempos que vengan.
- FED. Pero esos tiempos..

- CAR. Vendrán,
Como en pos de la tormenta
Nos saluda un belio día.
Este período que rueda
Lleno de sangre y de luto
Tan preciso es que así sea,
Como es preciso sufrirlo:
Nuestro presente es la arena
Donde hay un combate á muerte,
Entre nuestra vida vieja,
Y la vida que nos viene.
Cuando en la lucha por fuerza
Caiga deshecho lo viejo,
La América grande y bella
Sobre su trono sentada,
Extenderá fuerte y diestra
Para alzar la juventud.
- FED. Pues bien, ya nada le queda
A usted que escoger, muy claro,
Por supuesto, la carrera
De las armas no conviene
A su salud tan enferma.
Diputado... es imposible
Pues un diputado es fuerza
Que tenga fincas, ó en plata
Un...
- CAR. Un caudal de elocuencia.
Dice usted bien, sin dinero
Es prohibida la defensa
De los pueblos y sus leyes,
Dice usted bien...
- FED. La carrera
De abogado...
- CAR. Donde el sable
Es la ley? otra simpleza!
- FED. Con que al fin..
- CAR. Al fin, amigo,
Seré una planta extranjera
Sobre un suelo en que no prende.
¡Qué quiere usted!
- FED. Es muy bella
La imaginación de usted,
Sus versos por donde quiera
Se alaban con entusiasmos,
Pero, ¡ai amigo, «pesetas»
Es la mejor alabanza,
Y ya sabe usted que en ellas
No se convierten sus versos.
Creo pues, que usted acierta
Dejando la poesía,
Los papeles, y... ¿Qué fuerza
Hay de estar siempre leyendo,
Ni de ser siempre poeta?
- CAR. Dice usted muy bien, qué empeño
Hay de que el sol en la esfera
Esté siempre iluminando;
Que esté brotando la tierra
Lós árboles y las flores;
Ni que esté el pobre poeta
Brotando versos del alma?

ESCENA IV

DICHOS y TERESA.

- TER. Señor...
- CAR. Entiendo, Teresa: (*Vase Teresa.*)
Amigo mio, un obsequio
Quisiera de usted.
- FED. Cualquiera;
Hable usted.
- CAR. Tengo descos
De asistir á la comedia
Esta noche, mas no iria
Si me venden mi luneta.
- FED. Y usted quiere que de paso
Ordene que no la vendan!
- CAR. Eso es.
- FED. Voy al instante.
- CAR. Perdone usted la molestia.
- FED. Qué! no es nada. ¡Si me place
Ver como con mis arengas
Le voy á usted transformando.
Hoy la comedia desea,
Mañana querrá usted bailes,
Y pasado... Adios poeta!
Se acabó la poesía,
Y se acabaron leyendas.
Verá usted como las gracias
Me ha de dar. Es cosa cierta.
Usted mudará; hasta luego. (*Váse.*)
- CAR. ¡Pobre joven! ¡Si supieras
Que para apagar la llama
Que en mi espíritu se encierra,
No hay mas resorte en el mundo
Que apagarse mi existencial
Multitud sin pensamiento,
Sin pasiones rie y piensa
Que un corazón cual el mio
Puede vivir en la esfera
Donde giras ofuscada.
Que mi cabeza que vuela
Como el condor á las nubes,
En medio de la tormenta
Que la frente le sacude,
Puede vivir satisfecha
Si se arrastra miserable
En el polvo de la tierra...
Ria, burle, ¿qué me importa?
Si cuando tu me desprecias,
Con los brazos de mi mente
Alcanzo otra época bella,
A la que arrastro á mi lado
Para posar mi cabeza.

ESCENA V

MARÍA, DOLORES, CARLOS

- CAR. (*La tomá la mano.*) Cielos! ¡María!

DOL. Despacio,
No vamos tan de carrera,
Sino...

MAR. Carlos!

CAR. ¡Angel mio!
Dolores, usted me entrega
La felicidad del cielo,
Y no estaba, no, dispuesta
Mi alma para recibirla.
Ni sé lo que hago, y mi lengua
No sabe lo que pronuncia...
¡Maria!

MAR. Lo que me cuesta
Este paso no lo sabes.

CAR. ¡Te arrepientes!

MAR. Temo sea
Motivo para que Carlos
En menos valer me tenga.

DOL. No sera así.

CAR. Nunca, nunca.
Mil veces mas hechicera
Te vé mi alma este momento;
Déjame creer no sueña
Mi exaltada fantasia...
Tanto dolor, tanta pena
Con no verte he padecido,
Que no me parece cierta
La felicidad que siento.

DOL. Debe ser muy pasagera
Nuestra visita. He querido
Que la situacion violenta
En que se hallan vuestras almas,
Cese de alguna manera,
Aun cuando sea preciso
Cometer una imprudencia
Cual el traer á Maria.
Pero ella sola en la tierra
Impera en usted y veo
Que es necesario que ejerza
Su poder; óigala usted,
Pero óigala sin violentas
Sensaciones. Mucha calma.
Mucho valor y entereza
Es preciso, de otro modo
Hará usted que me arrepienta
De lo hecho, y que la suerte
De usted y también de ella
Se convierta en desgraciada
Pudiendo ser lisonjera.—
Iré á dentro un cuarto de hora.
«Carlos, con usted se queda.»

CAR. Como si un ángel quedara
Velando por la pureza.

ESCENA VI

CARLOS, MARÍA

MAR. ¡Mujer generosa!
CAR. ¡Ah! ¡Mucho lo es!

MAR. Y el cielo la hace
Dichosa tambien.
Amor en su alma
Latío alguna vez,
Y al punto felice,
Lo sabes muy bien,
Fué esposa del hombre
Que estaba á sus piés.

CAR. Un dia estaremos
Unidos tambien,
Que no hay á estorbarlo
Temible poder;
Si me ama, María,
Tu pecho con fé,
Del mundo burlemos
La saña cruel.
¿Acaso el Eterno
No tiene á sus piés
Los votos de tu alma,
De mi alma tambien?

MAR. Si jura mi seno
Lo jura por él,
Y nunca perjura
Mi labio despues.
Mas, Carlos, si el mundo
Nos pone un deber,
Forzoso es cumplirlo,
Llorando tal vez.

CAR. Lo cumple quien gusta
Del mundo el placer
Lo pisa quien bebe
Torrentes de hiel.
¿Qué debo yo al mundo
Si rie al poner
De abrojos y espinas
Alfombra á mis piés?

MAR. Escúchame, Carlos.
Escúchame, y ten
Sin fiebre tu alma
Tranquila esta vez.

CAR. Lo mandas, bien mio,
Cumplir es deber.

MAR. Tú sabes que un dia
Tu voz escuché,
Y al punto del pecho
Mi calma se fué;
Y luego de hinojos
Al verte á mis piés,
Te dí con mi afecto
Mi vida tambien.
A tu alma de fuego
Sin copia tal vez,
Forzoso era otra alma
De fuego poseer,
Y yo en mis entrañas
Un fuego activé,
Bastante á abrasarse
Mil almas en él.

CAR. Así en esos dias
Mi vida pasé.

Creyendo que el cielo
Rodaba á mis piés.
MAR. Pues bien, esa llama
La alimenta mi fé.
Y hoy más te idolatro
Mil veces que ayer.
CAR. ¡Maria!
MAR. Mas sabes
Que hay otro poder
Que manda y es fuerza
Me incline ante él.
Qué quieres! soy hija,
Soy débil mujer,
Y siempre obediente
Pasé mi niñez.
Mi padre ha querido,
Severo y cruel,
No vuelvas á verme
Ni á darme tu fé.
En tal ocurrencia
¡Qué resta que hacer!
Tu honor te lo manda,
Lo pide tu bien,
No verme, ¿es verdad?
CAR. ¿No verte? ¡pardiez!
Al mundo provoco
Y al cielo también.
MAR. Esfuerzo violento,
Muy bien que lo sé.
Pero hay algun medio
Que alivia tal vez
Tan dura sentencia,
Tan cruel proceder.
CAR. Pronuncia, Maria,
Pronuncia, cuál es?
MAR. No es duro que cerca
Vivamos sin ver,
El uno del otro
Siquiera la tez?
CAR. ¡Horrible! ni quiero
Pensarlo una vez.
MAR. Saber que á dos pasos
Espera el placer
Y ansiando correrlos
Quedarse de pié?
CAR. Concluye, Maria,
Me matas, cruel.
MAR. Pues bien, por un año,
Un tiempo cualquier,
Visita otros pueblos
Que lójos estén.
CAR. Mas tú?
MAR. Conservando
Me quedo tu fé.
CAR. Jamás... imposible...
Si vienes también,
Partamos burlando
La suerte do quier.
No quieras que falsa
Te llame otra vez.

No há mucho, recuerdas?
Feliz escuché
Valiente promesa,
Mentida que fué:
Mi voz contuviste
Diciéndome «iré»,
Y diez dias corren
Faltando á tu fé;
Mas yo te perdono
Todo esto, mujer,
Si dices «partamos,
Tu esposa seré.»
MAR. Tu esposa, sí, Carlos,
Lo juro, mi bien,
Mas no es del momento
Tan grato placer.
Auséntate un año,
Y al fin yo podré
El sí de mi padre
Dichosa poseer.
No sabes que quedo
Sufriendo también,
Un otro tormento
Que abruma mi sér?
No sabes que quiere
Mi padre cruel,
Que á un sér que desprecio
Mi afecto le dé?
CAR. Es viejo ese empeño,
Muy bien que lo sé,
Mas tú lo desprecias
¿No es cierto?
MAR. Lo es.
CAR. Entonces no temo
Me olvides por él.
Si acaso le odias
Temiera tal vez.
MAR. ¡Oh! ¡nunca lo temas!
Bien pueden hacer,
Que nunca dichosa
Mi mano te dé;
Mas no me presuman
Tan débil mujer,
Que crean es fácil
Jugar con mi fé;
Hasta hoy de obediencia
La copa apuré,
Mas puedo cansarme
De tanto deber.
TER. (Dentro.) Señor, no se puede,
Detongase usted.
ANT. (Id.) No importa, no reza
Conmigo esa ley.
MAR. ¡La voz de mi padre!
CAR. Aciertas; él es.
MAR. ¡Salvadme, Dios miol
CAR. Tu Dios soy yo... Ven.

(La entra precipitadamente á la alcoba y cierra la puerta).

ESCENA VII

CARLOS, DON ANTONINO, TERESA

Esta última sale conteniendo á don Antonino, mas luego que vé solo á Carlos se sonríe y se vá.

ANT. ¡Posma de vieja! Apuesto que me ha roto
Los faldones del frac....

CAR. Es un abuso
Que disculpa la orden que la he dado,
De que no entre hasta aquí hombre nin-
Sin hacerse anunciar; y no sabia [guno,
Que para ciertos séres de este mundo,
Por ejemplo el señor don Antonino,
No hay puertas que se cierran.

ANT. No lo dudo,
Entre gentes amigas, por mi parte
Nunca las etiquetas acostumbro.

CAR. (Con ironía) ¡La franqueza es lo que hay!
[lo que no gusta

Se diga sin dobleces ni discursos,
Mas creia, señor, que entre los hombres
Poderosos y francos á lo sumo,
La reciprocidad en las acciones
Era un convenio que ajustaban mútuo.

ANT. Así debe de ser; pero no siempre
Podemos sujetarnos á los usos;
Hay ocasiones....

CAR. Si, que puede un hombre

Arrojar de su casa á un importuno;
Y para mas reir viene á la de éste,
Y siguiendo el capricho de su orgullo,
Penetra, grita, burla á los criados,
Y se presenta audaz al importuno
Diciéndole con esto: «miserable,
Yo valgo mas que tú, por eso injusto
Te cometí una ofenda, mas tú debes
Hasta en tu misma casa mis insultos
Con calma tolerarlo. Es grande cosa
Poder esto decir!... Es grande gusto!

ANT. No hay ya que recordar de lo pasado.
Hablemos como amigos; yo procuro
Una conciliación entre nosotros.

CAR. En el seno del alma mas oculto
Me hirio, señor, vuestro ágrío desacato;
Y yo mismo no sé por qué la plugo
A mi lengua callar. Pues yo lo olvidó
Para sienpre, señor... Aun mas, os juro
Vereis en mí durante mi existencia
El hombre mas leal que nacer pudo,
Hasta vuestros caprichos respetando.
Y si cabe respeto en el sepulcro,
Cuando descansa en él allí mandadme,
Y saldra á obedecer mi sombra al punto.
Pero un solo favor en cambio os pido;
Es María, señor, mi Dios, mi mundo,

MI inspiracion y mi universo entero.

MI corazon la adora. Noble y puro

Por ella vive, y para ella late;

Ella me ama tambien, y en santo nudo

Palpitan á la par nuestras dos almas.

Si el cielo me la dió, con labio duro

No me la negueis vos, por ser su padre,

Un año nada mas. En su transcurso

Yo encontraré los medios con que pueda

Ser su esposo feliz. Un año, os juro,

Me bastará, señor: de sus riquezas

Nada pretenderé; sed absoluto

En disponer de ellas al antojo,

Solo en María el corazon procuro.—

Dádmela pobre, aislada, sin fortuna,

Y agradecido entonces cual ninguno,

Contaré me habeis dado el universo.

ANT. ¡Qué locura de mozo! Yo no dudo

La amais como decís; cuando uno es jó-

[ven

Las pasiones, Jesús, son un profundo

Infierno que tenemos en el pecho.

Mas por felicidad no duran mucho,

Y en esto anda el amor muy acertado.—

Mas ay, amigo mio! es trance duro

El casarse no mas que por casarse

Con quien se quiere y en cualquier mi-

[nuto:

Para casarse, lo primero, es plata,

Y esas fuertes pasiones lo segundo;

Porque, por bien ó mal, es necesario

Los conduzca á quererse el santo nudo....

Esto no es aplicable á nuestro caso,

Porque a mi hija os daria sin disgusto

Si no fuera....

CAR. ¡Que ya está prometida!

¡Y á este hombre mi labio rogar pudo!

ANT. Pero quiero probaros que os aprecio,

Y porque nunca me llameis injusto,

Un sacrificio hacer. Sé que mi hija,

A quien el cielo concederla plugo

Un corazon igual al de su padre

En generosidad....

CAR. ¡Y aun esto escucho!!

ANT. ¿Me atendereis ó no?

CAR. Es necesario.

ANT. María, pues, sin precaucion, sin mundo,

Generosa escuchó vuestros amores;

Y buena como es, quizá no pudo

Mirar sin compasion á quien la amaba.

CAR. ¡¡Aun otro insulto más!!

ANT. Y fuera injusto

No proceder así; vuestro talento,

Vuestra amabilidad....

CAR. Señor, al punto,

Esplicaos, ¿qué quereis? me causa hastio

Ese lenguaje ya.

ANT. Pues bien, procuro

Vuestra felicidad y la de ella;

Vuestra felicidad, porque amo mucho

La juventud y anhelo el protegerla,
Y la de ella porque ver es duro
Que se pasen sus años sin hallarla
Un enlace feliz como ninguno.

CAR. (¡Quisiera deshacerlo entre mis manos!)
(*Va anocheciendo; sale Teresa, pone una vela sobre la mesa y se va.*)

ANT. En este caso el medio mas seguro
De todo conciliar, es que algun tiempo
Os separeis de aqui; tengo en Hamburgo
Algo que recaudar de cierto agente
Que no se porta bien. Os aseguro
Vuestro pasage, y además no poco
Para un tiempo vivir; no habrá ninguno
Que desechar quisiera tal convenio,
Y que solo por vos hacer no dudo,
Porque yo soy así; siempre deseo
Desmentir con acciones lo que el vulgo
Suele decir de mí; suelen llamarme
Avaro, miserable; pues yo juro
Los he de desmentir con este hecho.—
Pues por todo este bien que ahora os
[anuncio
¿Qué creéis voy á pedir?... Una friolera...
Una simpleza, vamos, lo que busco
Por todo lo que os doy, es que esta carta
Firmeis para María; en ella nulo
Queda ese amor, esa locura, y esa...
(*Carlos, que mientras ha estado hablando Don Antonino ha manifestado un esfuerzo violento sobre si mismo, al oír las últimas palabras le arrebató la carta.*)

CAR. Ese lábio sellad ... ¿Hay en el mundo
Un corazon más seco ni mas duro
Que vuestro corazon? ¿Pensais acaso
Que el corazon enamorado y puro
De una mujer se cambia por el oro?
Pensais que un hombre como yo, que
[tuvo
Desde que vió la luz, noble su alma,
Se puede convertir en un minuto
En traficante vil de sus pasiones?
Para tan ruin acción buscad en muchos
De vuestra misma especie: esos señores
Que como vos, ostenta cada uno
Riquezas, influencias, y se venden
Por un puñado de oro todos juntos...
Vosotros que teniendo vuestras arcas
Preñadas de metal, con torpe orgullo
Al pueblo despreciais, y de sus leyes
Reis y burlais sin miramiento alguno!
Que mientras con su sangre el pueblo
[compra
Justicia y libertad, quedais seguros,
Impávidos mirando sus desgracias...
Y á la sombra de lágrimas y luto,
Agrandais sin temor vuestros caudales,
Sin escuchar siquiera el grito agudo
Que en sus dolores mil el pueblo lanza;
Pues si para librarlo de verdugos.

Se os va á pedir un peso, miserables,
Cerrais vuestras gavetas con orgullo.
¡Insolente!

ANT. Mirad, mirad la estima
CAR. Que hago de vuestra carta: si esto os
[plugo
Que lo firmara yo, á mi me place
De este modo pagar vuestros insultos.
(*Rompe la carta y arroja los pedazos.*)

ANT. ¡Atrevido! (Tomando una silla.)
CAR. ¡Qué haceis!
(*Cojiéndole el brazo y dominándole.*)
(*María, que habrá estado escuchando el diálogo, dejándose ver de cuando en cuando, da un grito y abre la puerta en actitud de arrojarle á la escena. Carlos en el instante da un golpe al candelero arrojando la luz al suelo, y corre á tomar á María, indicándole silencio.— Todo esto debe hacerse con suma rapidez.*)

MAR. ¡Ah!
CAR. (A María.) ¡Deteneos!
ANT. Deslenguado y audaz, por mi alma juro
Que os habrá de pesar...
CAR. ¿Teresa? pronto.
(*Conduce á María hasta la puerta de entrada; al salir Teresa, se la entrega.*)

TER. ¡Qué oscuridad! ¿Señor?...
CAR. Luz.
(*Le entrega á María.*)

ANT. ¡Tan grande atrevimiento! ¡por mi vida!
(*Sale Teresa con luz.*)

CAR. (A Teresa.) Bien está, retiraos.
ANT. El trato duro
Que me acabais de dar, nunca en olvido
Se quedará, señor; ya ni un segundo
Quiero permanecer en vuestra casa.
(*Al irse precipitadamente, Carlos le detiene de un brazo y le sienta en una silla.— Mirando con inquietud hacia dentro como deseoso de saber si se ha ido María.*)

CAR. Es fuerza me pagueis vuestros insultos.
Cinco minutos ahí quedad sentado.

ANT. ¡Como se entiende! ¿A mí?
CAR. Cinco minutos.

ACTO TERCERO

Sala en casa de Sofía, brillantemente iluminada y lujosa. A la derecha del actor puerta de entrada, á la izquierda la que conduce al salón don de se supone el baile. En medio de la sala una mesa con dulces y licores. Durante el acto se tocarán dentro diversas piezas de baile.

ESCENA PRIMERA

HOMBRE 4.º HOMBRE 5.º

- H. 4.º Vamos, no cierres la boca;
No seas tonto, haz lo que hago:
En un baile, bailo y trago,
Pues que no siempre nos toca
Buen baile con buena cena.
- H. 5.º Echa vino.
- H. 4.º Y que hace frío.
- H. 5.º Por tu dicho, amigo mío.
- H. 4.º Dios te la depare buena. *(Beben.)*
- H. 5.º ¿Entramos?
- H. 4.º Aguarda un poco...
Es tan rico este almendrado...
Amigo mío, es pecado
De muy nécio ó de muy loco
No comer bien en un baile.
¡Dígol para eso es la mesa.
- H. 5.º Pero cuanto hálles en esa
Tragártelo como un fraile,
Hombre, también es canina.
- H. 4.º Yaya por las ocasiones
Que en otras muchas reuniones
No hay ni fuego en la cocina;
Y se pasa uno bailando
Toda la noche, y ni un mate
Le dan por mas que se trate
De andar las criadas rondando.
Mulatas de Barrabás
Que dicen—*«me lo han pedido»*—
Y con el brazo extendido
Le dejan á uno al pasar.
Nada amigo; si á la mano
Nos viene una buena cena,
Dejar la barriga llena
Para bailar mas ufano.
- H. 5.º Creo que van á cantar.
- H. 4.º Ahora sí... pero hay habanos.
¡Bien! partamos como hermanos
Esta docena...
- H. 5.º ¿Tomar
- Tantos?
- H. 4.º Habrán de venir
A parar en boca de otros,
Pues tomémoslo nosotros
Y no hay nada que sentir.
(Se guardan en el bolsillo algunos cigarrros.)

- H. 5.º Oigamos.
- H. 4.º ¡Ah! Es María
La cantora destinada;
Como es tan aficionada
Al canto y la poesía. *(Cantan).*
«De los poetas la triste vida
Si algo la cura de su dolor,
Es el amor, es el amor.
Y el sueño de oro que al alma agita
Desde la ardiente primera edad,
La libertad, la libertad.»

ESCENA II

CARLOS, FEDERICO y DICHOS

(Aparecen en la escena antes de concluir el canto.)

- FED. He leído esta canción.
- CAR. Pues quiera usted olvidarla,
O al menos donde la ha visto.
- FED. ¡Oh! no hay temor: reservada
Es mi lengua cual ninguna.
- H. 5.º *(Al Hombre 4.º)* ¡El poeta!
- H. 4.º Me dan ganas
De reir lo que le veo.
- H. 5.º ¿Por qué?
- H. 4.º Si tiene una cara
Siempre tan seria... ¿Crees tú
Que tiene tan seria el alma?
- H. 5.º Botaratería es todo.
- FED. *(A Carlos).* ¿Quiere usted que yo la haga?
- CAR. Sí, al momento.
- FED. No hay cuidado,
La saco á bailar, y... ¡vaya!
Verá usted... Señores, creo
Que está buena la jarana.
- H. 4.º ¡Excelente!
- FED. Pues veamos
Si unas cuadrillas se bailan. *(Entra).*
- CAR. Y bien, señores, ¿qué es esto?
¿Ya no hay flores en la sala
Para su ámbar respirar?
- H. 4.º De todo; hay rosas y malvas
Y jazmines y vireinas;
Pero dejamos las damas,
Y la música y las flores,
Porque el estómago estaba
Con suma inquietud.
- CAR. ¿Y ahora
Van ustedes á la sala
Otra vez?
- H. 5.º En el momento:
¿Y usted no viene?
- CAR. Sin falta:
En el instante.
- H. 4.º Pues vamos.
- H. 5.º Si, si, la noche se pasa.
*(Entran en la sala y cuando pasan la puerta
Carlos se cueble.)*

CAR. Pasad vos, gente dichosa,
Y con el alma dormida,
Dejad despierta la vida
Jugando su juventud.
Pasad; así rueda el mundo:
Unos lloran y otros cantan,
Con vida unos se levantan
Y otros caen al ataud.
Dejad que corran las horas
Sin ver que se van con ellas
Las esperanzas mas bellas
En nubes de oscuridad;
Y entre risa o entre llanto,
Al pasar cada minuto,
Vamos pagando un tributo
Que guarda la Eternidad!!!...
¿Y yo aquí, qué es lo que busco?
Verte, María, un instante,
Ya que la suerte inconstante
Me aleja siempre de tí.
¡Un mes! Un siglo ha corrido,
Y ni un momento tus ojos
Para calmar mis enojos
He visto cerca de mí.
¿Qué vale que en cada carta
Me jures ser siempre mía,
Si no te veo. María,
Ni llega al alma tu voz?
Amar y ser desgraciado:
Sentir que hay algo en la mente,
¡Y estar humilde la frente!
Esto no es vida, por Dios...
Querer mi patria; querer
Hasta el polvo de su suelo.
Y ver rodando en su cielo
Las nubes de tempestad:
Huracan que en sus bramidos
Nada el hermoso respeta,
Y ahoga la voz del poeta
Como ahoga la libertad!!!
¿Dónde hallar inspiraciones?
¡Porvenir, yo te venero!
Muéstrame un rayo ligero
De tu hermosa claridad:
Alíentame con tu lumbre
Pues se entibía mi coraje,
Al ver el negro ropaje
Que viste mi sociedad.

ESCENA III

CARLOS y FEDERICO

FED. Está hecho, amigo mio;
Quiero decir, medio hecho:
Me fui á Dolores derecho;
Porque baile insto, porflo,
«No puedo, me duele el pecho»
Me dió por contestación.

Entonces la hablo, la digo:
A usted espera un amigo
En la entrada del salon;
¿Quiere usted venir conmigo?
«Voy allá,» me dijo al punto,
Y con rostro de alegría
Se fué á charlar con María
Y se olvidó del asunto.
¡Es burla, por vida mia!
CAR. No, Federico, vendrá.
FED. ¿Qué ha de venir? Suelto el pico
Una vez y el abanico
De una mujer...

CAR. Ahí está.
¿La vé usted, don Federico?

ESCENA IV

MARÍA, DOLORES y DICHOS

FED. Pues señor, milagro ha sido.
CAR. ¡María!
MAR. ¡Carlos!
DOL. (A Carlos.) ¡Cautela!
Este vals anda que vuela;
Mi incomodidad se ha ido.
Si quiere usted... (A Federico.)
FED. Me revela
Usted su bondad con eso.
DOL. Pues entremos... Ven, María,
En el instante.
FED. Yo sentía
Que usted sufriera el exceso...
DOL. A bailar... La noche es fria...

ESCENA V

CARLOS y MARÍA

CAR. ¡Dueña del alma!
MAR. ¿Has llorado por mí?
CAR. ¿Quién puede amarte y no llorarte au-
[sente?
MAR. ¡Tanto tiempo sin vernos!
CAR. No hay tormento
Que yo no haya probado.
MAR. Insuficiente
Hasta el llorar me ha sido—vé si el alma
Ha sufrido esta vez.
CAR. Pero te veo.
Vuelvo á tener tu mano entre las mias,
Y ya no sufro mas, ni mas deseo.
MAR. Pero hoy solo gozar...
CAR. Y ya mañana
Volver á padecer. ¡Suerte maldita!
Pues entonces gocemos el presente...
¿Sientes mi corazon como palpita?
¡Fatalidad, por Dios!

(Reparando en el joven que entra)

ESCENA VI

HOMBRE 4.^o y DICHOS

- H. 4.^o Unas pastillas
Para endulzar la boca.... Hola, señores.—
Vaya un merengue.
- CAR. (A *Maria*). Inapiadada suerte.
- MAR. No tomo.—Gracias.—No.
- H. 4.^o Están mejores
Las pastillas.
- MAR. Tampoco, muchas gracias.
- H. 4.^o Pues entonces, salud. (Ya lo adivino).
(*Váase*)

ESCENA VII

CARLOS, MARÍA

- MAR. ¡Qué habrá dicho, por Dios!
- CAR. ¡Que nunca quiera
Un momento ser grato mi destino!
¿Qué habrá dicho? ¡Da gracias á tu padre
Si la maledicencia te acriminal
- MAR. ¡Si supieran amar como tú amas!
- CAR. No se puede vivir en tan continua
Fatal agitacion... Es necesario
Un partido tomar, cualquiera que sea
Siempre que á nuestra suerte se dirija,
Siempre que por su senda no se vea
El génio ó el demonio que nos sigue
Para hacernos sufrir.
- MAR. ¿Y cuál?
- CAR. Atiende....
(*Carlos hace un movimiento de impaciencia al
ver los nuevos personajes.*)
- MAR. ¡Serenidad! Mi situacion comprende.

ESCENA VIII

DICHOS, ELISA, algunas DAMAS y CABA-
LLEROS

- ELI. Tomaremos unos dulces....
A ver.... Aquí hay unas frutas....
Tome usted sin cumplimientos....
Señores, menos pinturas,
Y hagan mi personería
En la mesa. Sola una
No puede acudir á tantas (A *Maria*.)
Atenciones.... ¡Criatura! (A *Carlos*.)
¿Tú sin bailar?... Caballero....
- MAR. Me sentia con alguna
Incomodidad y vine ..
- CAR. A tiempo que mi fortuna
Me hizo pisar este sitio
Para servir su hermosura.
Saludo á mi bella amiga.
(¡Apura tu suerte injusta

- Y sufre mas, corazon!)
- ELI. Y yo tengo la fortuna,
Mi desleal caballero,
De veros en mi tertulia.
¿Qué dias? Un mes lo menos
No veia á usted... ¡ya! las musas
Son niñas tan seductoras,
Que á sus queridos subyugan
Hasta encerrarlos con llave...
Nos sentaremos.... Es mucha
La concurrencia en la sala,
Y tanto bailar abruma.
Conque en fin, amigo mio,
Espero de usted excusas
Por sus olvidos.

- CAR. Injusta
Es usted, amable Elisa;
Es tanto lo que me ocupa
En estos dias, que tengo
Que sufrir la suerte dura
De no visitar á usted,
Pero en cambio de esto, nunca
Sale usted de mi memoria.
- ELI. ¿Si? Pues usted no presume
Que por mi sola le absuelvo;
Si estas señoras me ayudan,
Entonces si. ¿Green ustedes
Que es bastante esa disculpa?
¿Le perdono?

- S. 1.^a Doy mi voto
Por su perdon.
- S. 2.^a Fuera mucha
Mi crueldad, si no dijera
Lo mismó.

- ELI. Con su fortuna
Y el auxilio de estas damas
Está usted libre de culpa.

- CAR. Así lo esperaba yo.
Hay siempre tanta dulzura
En las señoras....

- S. 1.^a Parece
No las llama usted injustas
Como muchos...

- CAR. No, señora;
Jamás he puesto entre dudas
La bondad de una mujer,
Y es, señora, tan profunda
Esta convicción en mí,
Que quizás no crean muchas
Lo siguiente: Si algun dia
Me pusiera la fortuna
En trance tan apurado,
En situacion tan adusta,
Que para salir debiera
Precisar de eterna ayuda;
Y mirara en torno mio
A cuantos hombres me juran
Su amistad y su cariño,
Y una mujer á quien nunca
Hubiera visto en el mundo,

Lleno de confianza oculta
Diría, «mujer, salvadme.»
Y la mujer noble, pura,
Sin cálculos, sin temores,
Y sin pretension alguna,
Se arrojaría à mi auxilio
Como un ángel de ventura.

4.º (A otro) Pinturas de los poetas.

2.º Es la primera alma justa
Que he conocido en un hombre.

LI. Se me ocurre una pregunta,
Amigo mio, no atino
Por qué usted tanto se oculta
De las damas, si de ellas
Tanto como dice gusta.
¿No sabe usted que sería
Una completa ventura
Para una jóven tener
Un alma como la suya
Subyugada con sus ojos?

AR. Lo que usted llama fortuna
Lo creo tan pobre cosa
Que no lo ofreceré nunca.

LI. A lo ménos à sus versos
No les de usted sepultura
En sus gavetas; imprímalos
Y ya no serán tan nulas
Nuestras horas. Vea usted
Hoy todo el mundo se ocupa
En hablar de guerras, muertes,
Y de mil cosas que asustan
A nosotras. Los maridos,
Desde que se desayunan
No nos hablan de otra cosa
Que de tiranos, de luchas.
De política, de enredos,
Que de nosotras ninguna
Hay que entienda una palabra.

2.º Por supuesto.

1.º Es cosa dura.

AR. Pero los hombres es fuerza
Que hablen de lo que, no hay duda.
Hoy à todos les conviene.

LI. Cada papa con sus bulas:
De política hablen ellos,
Nosotras de las tertulias,
De los versos, del teatro,
De modas y vestiduras,
Y así cada cual se queda
Con aquello que mas gusta.
Dice muy bien.

4.º Por supuesto.

2.º Pero usted, Carlos, se burla
De nosotras; hoy me han dicho
Que ha entrado usted en la lucha
Periodística Que escribe
Un papel de mucha bulla
Criticando al ministerio.
¿Es verdad eso?

4.º Y asusta

El articulo de hoy
Sobre la asamblea.

CAR. Es mucha
La propension à asustarse
Entre nosotros. Se abultan,
Amiga mia, las cosas,
Pues si escribe algo mi pluma
En ese papel, es poco:
Por otra parte, no hay duda
Que si el diario es altivo,
No se ha desmandado nunca
Con el gobierno; al contrario,
Cada dia le procura
Iluminar sus medidas,
Y si alguna vez no gusta
De ellas, le dice al momento
Sin insultos y sin burlas,
Con el deseo tan solo
De que no andemos à oscuras,
Pudiendo con luz andar,
Ya ve usted que se me acusa
Sin razon.

ELI. Pues hay razon;
Si señor, la hay y mucha;
Pues ese tiempo que gasta
En la eterna baraunda
De política, en su diario
Debia poner alguna
Otra cosa.

CAR. Ya lo he dicho;
No doy el diario, y nunca
Es probable que consienta
En ser redactor, alguna
Vez que otra, mando unos
Pocos renglones.

ELI. Pues suplan
A esos renglones, prolijos
Versos de amores, algunas
Lindas novelas, artículos
De costumbres, y censuras
De modas; y si usted quiere
Un drama de los que asustan
Con su bullicio y sus muertes,
Y si cuando lo concluya
Gree usted que ha exagerado,
Ó que ha escrito una locura,
No desmaye usted por eso;
Diga que la obra suya
No es suya ... que es de Monsieur...
Del primer francés que ocurra;
Y entonces el triunfo es cierto,
Porque es ya tanta la suma
De desafíos franceses,
Que uno mas no hará ninguna
Impresion entre nosotros.

CAR. Fuera mucha mi ventura
Si complaceros pudiera,
Mi bella amiga. No hay duda
Que lo haria con gran gusto.
Si adoptara la censura

Y dijera por ejemplo:
 Que hay una ofensiva duda
 De la virtud de las niñas
 Entre nosotros, que muchas
 Madres mandan á sus hijas
 Todavía, que una á una
 Vayan sueltas por la calle
 Al salir de una tertulia;
 Y el brazo de un caballero
 Lo desdeñen con astucia;
 Que si va una niña sola
 Con su criada, la censuran,
 Que si es cortés ó ilustrada
 De su talento se burlan:
 Dígame usted ¿no es verdad?
 Que diría cada una
 ¡Qué atrevimiento! ¡Qué audacia!
 ¿Es la mía esa pintura?
 Pues cada hombre, otro tanto
 Dice, si se les acusa
 A todos en general,
 De alguna idea caduca
 O de algun hábito malo...
 Para el drama es aun mas dura
 Nuestra suerte. No tenemos
 En lo pasado ninguna
 Relacion con lo presente.
 Y lleno de luto y duda
 Nuestro presente se muestra.
 Nuestro pasado se oculta
 Entre una nube europea,
 Y cuando usted mas lo busca
 Tanto mas inaplicable
 Lo encuentra. Nuestra cuna
 No tiene sino treinta años,
 Señora, mas no es cordura
 Querer irse mas allá...
 De esos treinta años, sin duda
 Muchos dramas se podrian
 Componer; pero la astucia,
 La imaginacion, el génio,
 Se queda sin fuerza alguna,
 Al ver que en un mar de sangre
 Se habrá de mojar la pluma:
 Al ver que quizás ofenda
 A alguna entraña inseputla
 Que se agita entre las olas
 De ese mar de desventura.
 ¿Pues qué hacer?

ELI.

CAR.

ELI.

S. 1.

CAR.

ELI.

Nada.
 O tener que sufrir muchas
 Desazones é inquietudes.

¡Pobres poetas!

Asusta

El oírlos hablar.

Iremos

A la sala, si usted gusta.

Iremos; tanto me agrada
 Conversar cuando no hay luchas
 De tiranos, y de guerras,

Que quizá he sido importuna
 Con mis amigas. Entremos.
 ¡Jesus! ¡qué bailar, que bulla!

ESCENA IX.

CARLOS, MARÍA.

Al entrar Carlos toma de la mano á María y la vuelve á la escena.

CAR. Aguarda, aguarda, amor mio.
 ¡Qué terrible situacion!
 Tener la risa en los labios
 Y el llanto en el corazon.
 Ya estamos solos, María,
 Hablemos de nuestro amor,
 Es lo único que en el mundo
 Pronuncia alegre mi voz.

MAR. Advierte...

CAR. No temas nada.
 Solos estamos los dos,
 Y en la sala no se acuerdan
 De lo que hay en derredor.
 Es necesario...

MAR. ¿Qué?... pronto.

ESCENA X.

DOLORÉS, FEDERICO y DICHOS

DOL. Te esperan en el salon
 Para repetir el canto.
 FED. (A Carlos.) ¿Está usted de mal humor?
 Se cura con un minuet.
 MAR. Voy allá...
 DOL. ¿Y usted, señor?
 CAR. ¿Yo sí... Bailaré sin duda...
 MAR. Iremos juntos los dos. (A Dolorés)
 Tiene por fuerza que hablarme.
 FED. ¡Qué brillante es la reunion!
 Venga usted, mi buen amigo
 Venga usted.
 DOL. (A Federico). Usted, señor,
 Conmigo es quien debe entrar
 Otra vez.
 FED. ¡Ah! corazon,
 No me anunciasteis en vano
 Que esta noche era de amor. (Entran)

ESCENA XI

CARLOS y MARÍA

MAR. Amigo mio, está visto,
 Parece una maldicion
 Esta pieza—entre el tumulto
 Bailemos juntos los dos,
 Y así podremos hablarnos
 Con menos interrupcion.
 Vamos.

CAR. ¿Ves esto María,
 Ves este tenaz rigor
 Con que la suerte maldita
 Me ha perseguido aquí hoy?
 Pues es diminuta copia
 Del cuadro de maldición,
 Que representa mi vida
 Desde que ví el primer sol.
 Siempre obstáculos, reveses
 De un destino abrumador,
 En cuanto toca mi mano,
 En cuanto vé el corazón;
 Y para mayor tormento
 En cada paso que doy
 Veo el placer á mi lado,
 Voy á tocarlo, y veloz
 Se escapa de entre mis manos
 Burlando de mi dolor.

MAR. No tengas en este instante
 Tan negras ideas, no,
 Von á la sala y contentos
 Hablemos de nuestro amor.

CAR. Vamos, vengan infortunios
 Si estamos juntos los dos.

ESCENA XII

DON ANTONINO, un COMISARIO DE POLICIA
 y DICHO

Al encaminarse Carlos al salón salen los nuevos personajes. — Don Antonino indica al comisario la persona de Carlos.

ANT. Caballero, escuchad. *(Tocando á Carlos en el hombro).*

CAR. ¡Qué audacial!

MAR. ¡Cielos!

ANT. Quiere con vos hablar cinco minutos
 El señor comisario.
(Toma á María del brazo y entra con ella al salón mirando antes su reloj).

CAR. ¡Si hay infiernos,
 Por qué no me arrebatan de este mundo.

COM. Señor.

CAR. ¿Qué me queréis? yo no os conozco.

COM. Este pliego....

CAR. Traed.

COM. *(El trance es duro).
 (Después de leer el pliego.)*

CAR. Esto también, gran Dios!!! También des-
 ¡Otro sueño feliz! Salid al punto. [hecho]

COM. ¡Señor!

CAR. ¡Ah! perdonad, no es culpa vuestra.
 ¡Oh! ¡patria mía! si al destino plugo
 Que fueras infeliz, por qué no apagas
 En tus hijos los rayos de su mente
 Y de tu libertad su sed ardiente!
 Por ti voy á sufrir mas no te culpo,
 No siento mas pesar que tus desgracias:

Vamos... ¡María!!! Andad...

ESCENA XIII

DON ANTONINO

Asomándose por la puerta del salón y mirando el

ANT. ¡Cinco minutos!

ACTO CUARTO

Decoración y aparato del acto primero.

ESCENA I

FEDERICO y DOLORES.

FED. Todo lo que usted me dijo.
 Lo que me dijo María
 Y cuanto á mi me ocurría,
 No anduve poco prolijo
 En decirle, amiga mía.
 Las dos cartas le entregué,
 Las ha leído y releído;
 En fin, cuanto yo he podido
 Hice y otra vez lo haré
 Sin quedar arrepentido.

DOL. Solo usted es generoso.
 Y si por usted no fuera...

FED. Qué!... Si esto es una friolera

DOL. Aquí sola, sin mi esposo,
 A quien esta vez pudiera
 Volver los ojos; á quien
 Para saber de mi amigo,
 Cuando en cada hombre que ven,
 Ó encuentran un enemigo,
 Ó indiferencia y desden?

FED. Pero á qué cabeza humana
 Se le ocurre tal idea?
 Decir que el pueblo pelea
 Y que en la lucha no gana
 La libertad que desea.
 Que los días van pasando,
 Que sangre á ríos se vierte,
 Y sin mejoras de suerte
 Nos vamos atrás quedando
 Obedeciendo al mas fuerte;
 Y que en fin, es necesario
 Que la juventud ardiente
 Levante altiva la frente
 Para escuchar el santuario
 De la ley?

DOL. ¿Y quién no siente
 Esa verdad?

FED. Sí, y sucede

Lo que ahora ha sucedido:
Que él en la cárcel se quede,
Y que no haya hombre nacido
Que quiera verse perdido
Por ir á verlo y hacer
Su estado menos amargo.
DOL. Pero usted.

FED. Tomo á mi cargo
Cada instante el irlo á ver,
Y á lo corto, o á lo largo,
Algo se ha de conseguir.

DOL. Qué bueno es usted!
FED. Yo poco

Trabajo tengo, y tampoco
Pueden de mi presumir
Que me haya vuelto tan loco,
Que si visito á mi amigo
Es porque soy escritor;
No tengo, no, tal primor,
Pero estar libre consigo,
Y esto es el mejor honor.—
No soy sugeto de pluma
Ni de talento afamado,
Pero soy un hombre, en suma,
Bueno, tranquilo, callado:
Propio para diputado.

ESCENA II

MARÍA y DICHOS

MAR. ¡Ah! Federico, he oído
Su voz de usted, desde adentro;
Le ha visto usted? Pronto, pronto...
Me ha escrito! Pero, no es eso...
¿Ha escrito á Dolores?

FED. No,
Porque no ha tenido tiempo.
Un cuarto de hora se ha ido
En leer la carta ó pliego;
¡Pues no era poco abultado
El que llevé! y en lamentos
Y suspiros y arrebatos
Se fué otro cuarto, ligero,
Y como una hora estuve
Se pasó el resto del tiempo,
En el sermón muy lucido
Que le eché con alma y cuerpo:
Pues le dije: amigo mio,
Usted...

MAR. No quiero saberlo;
Despues me lo dirá usted;
Quiero saber si está bueno.
Qué desea, qué pronuncia,
Todo en fin... Si algo se ha hecho
Por su libertad; si hay alguien
Que se empeñe en el momento
Por él... ¡Dios mio! seis días,
Seis días en negro encierro!

FED. Señora, tantas preguntas
Me enredan, y yo no puedo

Desenredarme tan pronto;
Andemos menos ligero;
Vamos; ¿qué desea usted?

MAR. No lo he dicho ya... deseo...

DOL. Te lo diré, prima mia;
Nuestro amigo está muy bueno,
Federico le ha entregado
Mis cartas, y en el momento
No ha podido recibir,
Como era nuestro deseo,
La contestación de ellas.
Nadie toma con empeño
Su libertad; temen todos;
Piensan que con el gobierno
Se comprometen, si buscan
Para libertarlo medios.

MAR. No, Dolores, porque Carlos
Nunca un amigo sincero
Encontró sobre la tierra;
Sino hombres de falso pecho,
Desnudos de ingenuidad:
Mil veces, bien lo recuerdo.
Me lo dijo suspirando:
«María, nunca en el suelo
Le dí á un hombre mi amistad,
Sin que antes de mucho tiempo
Tuviera que arrepentirme.»

FED. No, señorita, no es cierto;
Yo soy su amigo, y de veras.
Y siempre, siempre he hecho
Por probarle mi cariño...
En muchos días de invierna,
Le he ofrecido mi volante
Para que salga á paseo;
Le he ofrecido mi caballo,
Le he ofrecido...

MAR. Yo no quiero
Saber lo que usted le ha dado...
Ya me lo imagino. Anhele
Saber si hay una esperanza
De volverlo á ver.

FED. Yo creo
Que es probable que así sea;
Pues en ese oscuro encierro
No ha de estar toda la vida.
Pero ya lo dije: un bledo
No es lo que él ha cometido.
Están hechos un infierno,
Diez infiernos, los ministros,
Dicen... Si ya no me acuerdo
De tantas cosas que dicen;
Pero lo cierto del juego
Es que están como una furia
Y que no dejan un tiesto
Sin tocar y revolver
Porque Carlos siga preso.

MAR. Qué injusticia!

FED. Yo le había
Pronosticado todo esto;
Y él mismo ¿qué cree usted?

Él mismo en cierto momento
 Me dijo que era un delirio
 Escribir en estos pueblos,
 Pues derecho á la cárcel
 Se iba á dar con tal empeño.
 ¿Él?
 FED. El mismo; sí, señora,
 Y cuando hoy, con tono sério,
 Porque sério se ponerme
 Cuando me llega el momento;
 Le dije: «que tal, amigo?
 Se acuerda usted del proyecto
 Que tenía hace muy poco
 De no escribir? Pues por cierto
 Que lo ha cumplido usted bien.»—
 Me contestó revolviendo
 Su cabello con las manos:
 «Es verdad; bien lo recuerdo
 Pero ignora usted, mi amigo,
 Que no cumple esos proyectos
 Quien ama, como yo amo,
 El americano suelo;
 Quién como yo le desea
 En cada fugaz momento
 Del cielo una bendición?»
 Y se quedo satisfecho
 Cual si hubiera dicho mucho.
 MAR. Siempre, siempre dividiendo
 Entre su amor y su patria
 Los latidos de su pecho!
 FED. En fin, no hay que desmayar;
 Se está perdiendo un empeño,
 Que es el mejor, el que solo
 Puede dejarnos contentos
 A todos, quedando libre
 Nuestro tan querido preso.
 MAR. ¿Cuál es?
 DOL. Pronto.
 FED. (A María). Su padre
 De usted. Su tío materno. (A Dolores).
 ¿Pues sabe usted que me gusta
 Que no conocieran esto?
 ¿Quién otro con mas influjo
 En los jueces y gobierno?
 Que les hable, que se empeñe.
 Y se verá si no acierto
 En lo que digo.—¡Friolera!
 Cuando él entra al Ministerio
 Edecanes y ministros
 Se levantan del asiento.
 MAR. ¡Mi padre!
 DOL. ¡Pobre María!
 FED. Yo no dudo que haya hecho,
 O esté por hacer alguna
 Diligencia; pues recuerdo
 Cuantas horas se pasaba
 Por delante del damero
 Jugando don Antonino
 Con Carlos; y bien que creo
 No habrá de encontrar quien tenga

Como Carlos tal empeño
 En complacerle.
 MAR. Su vida
 Le habria dado contento.
 FED. Con que, amigas, yo me marchó
 A ver á Carlos de nuevo,
 Y llevarle unos habanos,
 Como el mejor pasatiempo.
 Ya ven ustedes—el día
 Lo paso yendo y viniendo
 De aquí allá, y de allá aquí;
 Pero en fin, yo me divierto
 Con hacerlo, pues maldito
 Si sé en qué pasar el tiempo.
 MAR. Si, vaya usted, vaya usted,
 Sea usted tan solo el bueno
 Que de su suerte se duela.
 Digale usted que no tengo
 Sino una idea, un...
 DOL. María,
 Yo hablaré con mas acierto:
 Digale usted que pasamos
 María y yo los momentos
 Pensando en él; que no hay duda
 Habrá de ser pasajero
 El tiempo de su prision,
 Y que para distraerlo
 Se olvide de cuanto pasa,
 Y entregue su pensamiento
 A lecturas, ú otras cosas;
 En fin, que cuanto podemos
 Hacemos por él.—No más.
 FED. ¿No más?
 MAR. Que tengo mi pecho...
 DOL. Muy afectado hace días
 De un resfrio, pero esto
 No lo diga usted, no vale
 La pena de retenerlo.
 FED. Con que entonces?
 DOL. Nada mas.
 MAR. Vuelva usted pronto.
 FED. Hasta luego. (Vase)

ESCENA III

MARÍA, DOLORES

DOL. Es preciso, amiga mia,
 Mas moderacion, por Dios,
 ¿Quieres acaso que todos
 Se impongan de tu dolor?
 ¿No basta que yo lo sepa,
 Que guarde en mi corazon
 Tus lágrimas, tus suspiros.
 Y cuanto exhala tu voz?
 MAR. ¿Qué me importa de los otros
 La nécia murmuracion?
 Yo le adoro, y donde quiera
 Confesaria mi amor:
 Mi amor que es toda mi vida,

Mi felicidad, mi Dios,
 Y que ante él desaparece
 Cuanto hay en la creacion...
 Las almas de crudo hielo
 Rianse de mi dolor,
 Ellas no tienen pasiones,
 Y á todas desprecio yo.

DOL. Maria, ya es necesario
 Que cese tu situacion
 Llena de llanto, de penas,
 De incertidumbre y dolor.
 Si no te importa tu suerte,
 Ten siquiera compasion
 De la de Carlos.

MAR. ¿Qué dices?
 No hay en el mundo un dolor,
 Un sacrificio, el mas grande,
 Que no lo soporte yo,
 Porque él sea venturoso?
 ¿Qué debo hacer?

DOL. Plugo á Dios
 Encender en vuestras almas
 Un afecto que crecio
 Rodeado de lo mas dulce
 Que le brindaba el amor.
 Pero si Dios desde arriba
 Vuestras almas anudo,
 La sociedad ha querido
 Que no exista tal union.
 Y la sociedad, Maria,
 Poco se cura de Dios,
 Pues dice cada momento:
 «Aquí abajo mando yo.»
 Tú sabes que siempre ardiente
 De Carlos el corazon,
 Si trato de separaros,
 No da oidos á mi voz,
 Y el separaros, Maria,
 Es tan necesario hoy,
 Que si antes yo me afanaba
 En proteger vuestro amor,
 Ahora conozco que es fuerza
 Su fatal separacion.

MAR No la propongas jamás,
 Que rasgas mi corazon.

DOL. Si. Mi vida, algunos años
 Bien sabes apareció
 Antes que la vida tuya,
 Y porque así plugo á Dios
 En sus ocultos arcanos,
 No fué igual tu corazon
 Al corazon de mi pecho.
 El tuyo siempre abrigó
 Muy exaltadas pasiones,
 Y a tan fatal condicion,
 Unio la naturaleza
 Sensibilidad y amor.
 Menos pródiga conmigo
 Tanta pasion no me dió,
 Pero me dió generosa

Mucho peso en mi razon.
 Tú te exaltas, te conmueves
 Al primer soplo veloz,
 Y despues eres juguete
 De tu mismo corazon;
 Yo á todas las impresiones
 Les doy su justo valor,
 Y antes que agiten el alma
 Las ha visto mi razon.
 Por tus dones, tú no pruebas
 Sino infortunio y rigor;
 Con los míos, mas felice
 Bien sabes que vivo yo.
 Hallé un hombre que me amaba.
 Y sin ser febril mi amor,
 Le di tranquila mi mano
 Y le di mi corazon.

MAR. ¿Y por qué no he de ser suya
 si tambien le encuentro yo?

DOL. No me interrumpas. Muy joven
 Pisó el primer escalon
 De ese brillante palacio
 Que destumbra en su exterior,
 Y que sociedad le llaman,
 Por sarcasmo, creo yo,
 Pues todo está en el disuelto
 Y en perpétua confusion.
 Allí conocí que habia
 Muchas sendas en redor,
 Cuasi todas bellas, grandes,
 Llamando la admiracion.
 Mas la mujer, una sola
 Debía correr veloz,
 Quizá la peor de todas;
 La senda del corazon.
 Para los hombres, la gloria,
 El poderío, el valor,
 Cuanto hay de hermoso en la tierra,
 Dependiendo de su voz;
 Para la mujer, tan solo
 Un imperio,—el del amor.
 En él está nuestro mundo,
 Nuestra gloria y nuestro Dios;
 Y hace quien le sacrifica
 El sacrificio mayor.
 Pues bien, si cabe en tu alma,
 Como dices, tanto amor,
 Por el mismo á quien adoras
 Sacrifica esa pasion.

MAR. El no será venturoso
 Y su suerte quiero yo.

DOL. ¡Su suerte! Puede tenerla
 Cuando ni escucha tu voz?
 Tú misma quieres mas llanto
 Que el que vierte tu dolor.
 En cada instante del dia
 Con tan cruel agitacion?

MAR. Llora por él.

DOL. No conoces
 Que tu padre en su rigor,

Primero querrá que mueras
Que avenirse á tu pasión!
Y en tal estado ¿qué quieres?
Un escándalo por Dios?

MAR. *(Con mucha expresión.)*
«Con que no hay otro remedio
En tan dura situación,
Que envenenar mi existencia
Envenenando mi amor?»

DOL. No, María, el tiempo cura
Las llagas del corazón,
Y lo que hoy mas te conmueve
Mañana verás que no.

MAR. ¡Insensata! ¿tú no sabes
Que hay almas en que el amor
Es una nueva existencia
En que el alma se anidó?

DOL. Carlos es joven, mil cosas
Reparten su corazón,
Y si no escucha á María,
De su patria oirá la voz.
En los primeros instantes
Mucha será su aflicción.
Pero al cabo, de su pecho
Irá saliendo el dolor,
Y entonces ¡de cuántas penas
Se habrán librado los dos!
El esposo que hace tiempo
Tu padre te destino,
Es joven, es caballero,
Y si no puedes tu amor,
Tu amistad al menos
Le darás, lo espero yo.

MAR. ¿Y no has pensado algún día
El martirio, el horror,
Que habrá en entregarse á un hombre
A quien no ama el corazón?
Que entre sus brazos estando,
En vez de sentir ardor,
Se sienta frío en el alma
Con el beso que imprimió?

DOL. Sé solamente, María,
Que no hay infortunio atroz,
Que no mire traslucirse
A través de tu pasión.

MAR. «Con que no hay otro remedio
En tan dura situación,
Que envenenar mi existencia
Envenenando mi amor?»

DOL. ¡María!

MAR. Por fin, Dolores,
Ruega que no quiera Dios
Se aproxime el trance amargo
De sofocar mi pasión.

ANT. *(Dentro.)* Dile que no tarde mucho
Porque esperándole estoy.

DOL. Viene tu padre, María,
Ya te he aconsejado yo,
Ahora quedan mis palabras
Al juicio de tu razón.

Solo una cosa,—recuerda
Que si en tu pecho hay amor,
En esta casa hay disgustos
Desde que vemos el sol.
Tu porvenir está oscuro,
Tu amante en una prisión. *(Vase.)*

ESCENA IV

MARÍA, DON ANTONINO.

Don Antonino entra por la puerta de la derecha á tiempo que Dolores se retira por la de la izquierda

ANT. Parece que no ha gustado
A mi sobrina el mirarme.
¡Bueno! pretenden cansarme,
Tratarme como un criado...
Pues no digan de repente
Que soy un viejo insufrible,
Que soy grosero, insensible.
Y hasta torpe con la gente.

MAR. Señor, nunca nuestro labio
Pronuncia tales acentos,
Ni quizá en los pensamientos
Abrigamos tal agravio,
Dolores tuvo que hacer
Y fué á sus ocupaciones.

ANT. Nunca te faltan razones
Cuando quieres defender;
Para tí, todo está bueno.

MAR. Siempre que lo creo justo

ANT. Ya se vé! soy tan injusto,
Que por eso entre tu seno
Ya no hay amor ni obediencia...

MAR. No, padre mio, eso no;
Siempre la misma soy yo
Y mi padre en mi existencia
Siempre tendrá su lugar.

ANT. Pues! Y en cuanto yo deseo
Desobedecerme veo,
Hasta obligarme á mandar!

MAR. No, padre mio, María,
Siempre será lo que ha sido...

ANT. Pues bien, si hubie presumido
Que en mi hija ya no habia
La sumisión, el esmero
Que en otros tiempos miré.
Bien pronto conoceré
Si fué mi juicio ligero,
O si pensé una verdad.

MAR. ¡Cielos!

ANT. Enrique ha llegado,
Y sabes le he destinado
Para tu felicidad.
Hemos hablado muy largo
Sobre tu enlace, te quiere,
Y á otras muchas te prefiere,
Muy pudientes sin embargo.
El matrimonio es brillante.

El es bueno; su fortuna
No halla igual en caja alguna
Del mas rico negociante.
Hoy debe comer conmigo,
Hoy debe todo ajustarse,
Y esta semana cerrarse
El matrimonio contigo.
Pero á qué viene ese llanto?
Piensas que no he meditado
Sobre todo el resultado
De este enlace, y todo cuanto
Sacaremos de provecho?
Vamos, sé dócil María,
No quieras con tu porfia
Provocar á mi despecho.

MAR. Padre mio, no soy yo
Quien habla en este momento;
Es un escondido acento
Que está pronunciado: *nó*;
Es una voz que vomita
Cada aliento de mi vida,
Que en cada seno se anida
Y en cada fibra se agita.
Mi corazon ya no es mio,
Y el mismo Dios no podría,
Con su inmenso poderio,
Trasmutar el alma mia.
Amo, señor.

ANT. Insensata!
Y ese amante tan querido
Será el loco y atrevido
De Carlos? Mozo que trata
De engañarte, de perderte.

MAR. No, padre mio, eso nó;
Contenta sufriré yo
Que me den hasta la muerte,
Pero no escuche mi oído
Que le ofenden sin razón,
Que al honor su corazon
Agita en cada latido.
A Carlos, señor, adoro,
No con amor, con delirio,
Con un deleite o martirio
Que en mi existencia atesoro.
Y pedirme que le olvide
Es tan inmenso imposible,
Como dejar insensible
El alma mientras se anide.
Y creer que á otro he de amar,
Es pensar puedan los muertos
Entre sus despojos yertos
Otra existencia abrigar.

ANT. Esta muchacha está local
Ven acá; dime ¿qué intentas?
¿Cuál esperanza alimentas?
¿Qué te vá, ni qué te toca
Con abrigar tal pasion?
Qué te promete ese hombre,
Que toda su planta es nombre,
Y versos su profesion?

Un hombre que no respeta
Ni al gobierno, ni á mí mismo,
Charlando con pedantismo
En la maldita gaceta...
A ver? que su poesia
Le saque de donde se halla.
¡Y quiera Dios que no vaya
Mas léjos al ser de dia!

MAR. ¿Qué dice usted, padre mio?
ANT. Que con justicia el gobierno
Se ha puesto como un infierno
Por su insolencia... y no flo;
Hay quien dice sin disfráz,
Que en la próxima mañana
Habrá no sé qué jarana
De destierros y algo mas.

MAR. Señor, señor, por piedad!
Por cuanto en el mundo adora,
Sálvelo usted sin demora
De tan terrible maldad...
Su influjo, sus relaciones,
Cuanto necesario sea...
Vaya usted, indague, vea,
Arránquele sus prisiones,
Vuelva á decirme propicio
Que no hay temor por su suerte.
Y venga despues la muerte,
O el mas grande sacrificio.

ANT. Seria empresa taimada...
Si, muy bonito, muy tierno
Está conmigo el gobierno
Desde que no le doy nada!...
Yo no veo mas que uno
Que mucho podría hacer...

MAR. No hay momento que perder.
ANT. Pero si es tan importuno
Que tu enojo causaria.

MAR. Por Dios, por Dios, padre mio.
Si hoy le miré con desvio,
Ahora adorarlo sabria
Si á Carlos puede salvar.
No hay sacrificio que espante
Si ha de salvar á un amante
En horas de peligrar.

ANT. El tiene influjo, y es rico
Y puede... creo ha llegado;

(Mirando adentro.)

El ha de ser... me he engañado,
El que viene es Federico.—
Voy á escribirle.—Contenta
Recíbelo, con dulzura,
En fin, con esa ternura
De mujer, que tanto alienta
Al que es corto de palabras...
Salvas á Carlos con eso,
Y sin pensarlo, al exceso
Tu felicidad te labras.

Váse por la puerta de la izquierda. María cae desfilada en una silla.)

ESCENA V

MARÍA, FEDERICO

Entra Federico manifestando agitacion y cansancio y cuando repara en María, despues de los primeros versos, toma una silla y se sienta á su lado.

FED. Pues señor, ya no les busco,
Que ya esto es mucho sudar,
Corriendo por todas partes,
Sin el tal hombre encontrar.
María! qué graciosa acaso
Por simpática amistad
Tambien se ha enfermado usted?

MAR. No, Federico, no tal; ;
Fué un desmayo pasajero
Que me vino á molestar;
Pero, ó no lo he comprendido
O de ajena enfermedad
Me ha dicho usted algo...

FED. Sí.
Sí, señorita, otro hay,
Que está llevado al demonio
Con una fiebre brutal.

MAR. Carlos?
FED. El mismo, señora.

Pues qué, mi cara no está
Diciendo cuánto he corrido,
Buscando por la ciudad
El médico que le asiste
Cuando le ataca algun mal?

MAR. ¡Dios mio, todo tu enojo
Hoy me mandas sin piedad!
Pero qué tiene?... hable usted.

FED. La fiebre mas infernal
Que he visto en toda mi vida.
Cuando hoy antes de almorzar
Estuve á verlo, me dijo
Que cierta incomodidad
En el pecho y la cabeza
Le empezaba á disgustar.
Yo me vine á ver á ustedes,
Me fui despues á almorzar,
Me voy otra vez á verlo,
Y un susto de Satanás
Me llevo al abrir la puerta.
¿Qué?

MAR. ¿Qué?
FED. Estaba sin pestañear,

Tendido sobre la cama
Cual un muerto—llego mas,
Le llamo, no me contesta;
Le toco, y pensé tocar
Una llama en vez de mano,
¡Qué fiebre descomunal!
De repente, entrecortada
La palabra, quiere hablar,
¡Y qué hablar de desatinos!
Qué propension de nombrar

A María, y á su pátria,
Y á presos y á libertad,
Y... qué sé yo cuantas cosas;
En fin, un delirio tal
Que me hizo á veces reir.

MAR. ¡Infeliz!

(*María mientras habla Federico, estará como ocupada de un pensamiento profundo,—sin dar atención á lo que dice.*)

FED. Sin mas ni mas
Con el alcaide hablé luego;
Le pude al cabo ablandar,
Vimos que era necesario
Un médico, y ademas,
Mientras se le procuraba
Hacer á Carlos sudar
Echándole cuanta ropa
Se podia presentar;
Y yo le eché sus frazadas,
Su capa, tambien un frac,
En fin, cuanto hallé á la mano
Para hacerlo traspirar.
Despues salí,—he corrido
Por entero la ciudad,
No hallo al médico, y no sé
Qué partido he de tomar.

MAR. Yo si lo sé, le suplico
Que tenga usted la bondad
De pasar al escritorio
De mi padre y si allí está
Le diga que yo preciso
Con él al instante hablar.

FED. Con mucho gusto—no puedo
Ni un cigarrito fumar.

(*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI

MARÍA

MAR. Perdon, perdon, madre mia,
Si es horrible el pensamiento,
Descienda tu alma un momento,
Hasta el alma de María.

(*Se sienta á escribir manifestando una firme resolucion.—Cierra la carta y la guarda en el seno.*)

Ya queda en este papel
El porvenir de mi vida.
¡Corazon, sufre tu herida
Pues que las sufres por él!

ESCENA VII

DON ANTONINO y MARÍA

ANT. Vamos á ver, qué me quieres?
Es algun nuevo embeleso?

MAR. No, señor; es un asunto,
por mi desgracia, muy sério.

ANT. Los asuntos de mujeres
Siempre son graves, de peso;

- MAR.** Pero, al grano.
ANT. Dice usted
 Que Enrique puede al momento
 Con su influjo, ó lo que sea,
 Salvar á Carlos?
ANT. Lo creo.
 Pero no haria tal cosa
 Si recibe un menosprecio.
MAR. Pues entonces, al instante
 Tiene mi mano, mi afecto,
 Cuanto usted quiera que tenga,
 Si tambien en el momento
 Carlos tiene libertad.
ANT. Muy bien, yo me comprometo
 Para que consienta en todo.
MAR. Otra cosa. Si yo cedo
 A lo que usted me ha pedido
 Ha de ser, y no hay remedio,
 Fijando dos condiciones:
 La primera, que al momento
 Salga Carlos; la segunda
 Que en el dia venidero
 Seré de Enrique la esposa.
ANT. No habrá que perderse el tiempo.
 Hoy mismo si tú lo quieres.
MAR. No, señor, mañana; quiero
 Ver antes á Carlos libre,
 Despues, mi alto casamiento.
 Consiente usted?
ANT. Lo repito.
MAR. (Entonces ya no hay un mediol)
ANT. Volveré. *(Váse por la derecha.)*

ESCENA VIII

- MARÍA, DOLORES, FEDERICO**
DOL. *(A María.)* Te procuraba.
MAR. *(A Federico.)* Esta carta es un misterio
 Que dá la muerte á los vivos,
 Y dá la vida á los muertos...
 Si Carlos puede leerla,
 Su fiebre cesará luego.
FED. Al instante—hasta despues. *(Váse.)*
DOL. Sabes el triste suceso?
MAR. Ven á preparar mis galas;
 Mañana es mi casamiento.

ACTO QUINTO

Alcoba de María, puèrta al foro. Sobre una mesa una escribanía con luces.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, DOLORES
María sentada delante de un espejo poniéndose alhajas, Dolores á su lado.

- MAR.** Te parezco bien, Dolores?
DOL. Como nunca en este instante,
 ¿Mas, por qué de tu semblante
 Se marchitan los colores?
 ¡Ah, lo comprendo, María,
 El sacrificio es violento,
 Mas siquiera este momento
 Haz que brille la alegría.
MAR. ¡Qué ocurrencial! Alegre estoy.
 ¿No ves mi risa vagando?
 ¿No estoy perlas ostentando?
 Muy venturosa que soy.
 ¿No es el dia de mis bodas?...
DOL. No, María, tú me engañas;
 Tus ideas son extrañas,
 Y tus expresiones todas
 Traen un no sé qué de horrible
 Que me hacen estremecer.
(Mirando al reloj.)
MAR. Las ocho deberán ser
 ¡Las ocho! ¡Noche terrible!
DOL. Vamos, María, al salon,
 El sacerdote ha llegado.
MAR. *(Se levanta.)* ¿Y mi esposo?
DOL. No ha faltado;
 Te espera... Las ocho son.
 Hora que vá tu destino
 A fijar en este mundo:
 Si hasta hoy te fué iracundo,
 Mañana por tu camino
 Quizá derrame sus flores;
 Que un porvenir mas dorado
 Tienes quizá reservado
 Para olvidar tus dolores.
 Ven—al triste sentimiento
 Lo sustituirá la calma.
MAR. Verdad es que exhalo su alma
 Mi madre en este aposento?
DOL. ¿No lo has oido á tu padre?
 Por qué tan triste ocurrencia?
MAR. Ten un poco de paciencia;
 Deseo hablar de mi madre
 Porque no está en este dia
 Para besar á su hija,
 Cuando su suerte se fija
 Porque el cielo se la envia .
 Es tan frágil mi memoria
 Que todo se me ha olvidado;
 Pero tú, tu has conservado
 Una parte de esa historia.
 ¿Es cierto que al darme al mundo
 Perdió mi madre la vida?
DOL. Es verdad.
MAR. ¡Hora homicidal
 ¿Que el cielo estaba iracundo,
 Y el rugir de la tormenta,
 De mi madre la agonía
 Con mis gritos confundía?
DOL. Es verdad. Tambien se cuenta
 Que al instante de su muerte,

Tan cerca un rayo estallo,
Que hasta al lecho estremecio.

MAR. ¡El rayo fué de mi suertel
¿Y en ese paraje mismo
(Señalando el que ocupa el suyo.)

Mi madre tuvo su lecho?
DOL. Por Dios, María, tu pecho
Parece un terrible abismo
De las mas negras ideas.
Basta ya; no es el momento
De tan negro pensamiento.

MAR. Cesaré, pues lo descas—(Se levanta.)
Estoy muy tranquila ya.

DOL. Vamos.
MAR. Aguarda un instante.
Tengo que escribir bastante—
Mi escribanía no está
Lista cual la necesito.

(Arregla su escribanía.)

DOL. Alguien que se acerca creo;
Nunca haces lo que deseo .
Por mas que te lo repito.

ESCENA II

DICHOS, DON ANTONINO, ELISA

ANT. ¿Se concluirá hoy ó mañana
El ajustar el corpiño?

ELI. ¡Hola, la elegante novia!
¡Qué traje tan bello y rico!
¡Qué peinado! Vaya, Enrique
Ha hecho bien en ser cumplido,
Y no querer con nosotros
Penetrar en este sitio.
De este modo, con las luces
Del salon y entre el gentio,
Vas á parecerle un ángel
En blandas nubes caido.

MAR. ¡Elisa, tú eres muy buena!

ANT. Sí; pero el tiempo es preciso;
Hace media hora larga
Que espera el pobre Toribio;
El mismo cura que un día
Te echo el agua del bautismo.

MAR. ¿El mismo, señor?... De veras
La tal ocurrencia estimo.

ANT. Con que vamos... son las ocho
Y está causando fastidio
A los demás tal demora.

ELI. Semejante era el vestido
Que en mis bodas estrené.
Recuerda lo que te digo:
Dos vestidos recordamos
Las mujeres de continuo;
El vestido que llevamos
Al primer baile que fuimos,
Y el que llevamos al templo
Cuando el padre nos bendijo:
¿Es cierto, Dolores?

DOL. Si.

ANT. Vamos, pues.
(Vánse—queda la escena un momento sola.)

ESCENA III

CARLOS y un CRIADO

MAR. (¡Al sacrificio!)

CRI. Mas, señor, si el casamiento
Se está haciendo en el salon.

CAR. No importa, me quedo aqui.

CRI. Como usted guste, señor.

CAR. Necesito otro servicio;
Ahí va por la comision. (Dándole dinero.)

CRI. ¿Qué manda usted?

CAR. Al instante

Introdúcete al salon,
Y con sigilo, á María
Dila la busca un señor.

CRI. Como soy nuevo en la casa
Su nombre no lo sé yo.

CAR. Dila «que mando que venga»
Y adivinará quien soy.

CRI. ¿Nada mas?

CAR. No mas deseo.

CRI. Pues al momento, señor. (Váse.)

ESCENA IV

CARLOS solo.

CAR. ¡Como pesa en mis hombros mi cabeza!
Parece que mi espíritu se ha ido,
Y mis helados miembros desfallecen...
Solo mi corazón lo siento henchido
De una fiebre o volcan que le devora...
Ah! María! María! tu debiste
Clavar en mis entrañas un acero
Si tan falsa mujer te conociste...
Cuando fuera en mi seno penetrando,
En tus ojos, mis ojos espirantes
Embriagados de amor se extasiarían,
Rendiendo mis ultimos instantes.
Pero dejar mi vida palpitando
Y á otros brazos pasar en mi presencia!...
¡Engañarme, perjura, hasta el instante
De consagrar á otro hombre su existencia...
Ella qua ya conoce mis pasiones,
No temer que viniera, y en mis brazos
A ese rival feliz despedazara!
¡No temer que los siga hasta la fosa,
Y si unidos allí los encontrara,
De venganza cruel mi sed rabiosa
Alentara el rencor en mis entrañas,
Y ¡maldicion! lanzando al pavimento,
Los descarnados huesos levantando,
Los arrojava en trozos por el viento!!!

(Todo conmovido se arroja en una silla.)

Cálmate, corazón... te necesito
Con mas valor que cólera en mi seno;
Ya bebiste la gota postrimera

Del vaso inmensurable del veneno...
Ella debe vivir sobre la tierra,
Llorar en orfandad fué tu destino:
El último dolor que te esperaba
Súfrela solo, en tu postrer camino.
Mañana quedarás en el sepulcro,
Cual vives en el mundo... scitario;
Pero al menos allí, si no palpitas,
Tampoco hallarás falso tu sudario.

ESCENA V

CARLOS, CRIADO

- CRI.** Hay tanta gente, que apenas
Recien he podido hablarla....
- CAR.** ¿Y bien?
- CRI.** La dije al oído,
Que en la alcoba la esperaba
Un caballero... al instante
Se quedó como abismada,
Y despues dijo «allá voy.»
Pero es vana la esperanza;
Se termino el casamiento
Y están ahora en la jarana
De los abrazos y besos,
Y los consejos y lagrimas;
Tan solo la señorita
Está como si acabara
De salir de entre los muertos,
Fálida, triste....
- CAR.** Bien, basta;
Véte, no te necesito.
- CRI.** Me iré pues que no hago falta. (Váse).

ESCENA VI

CARLOS *solo*

- CAR.** Se concluyó tu himeneo;
Ven á presenciar el mio,
Con menos pompa y gentío
Pero mas hermoso, sí.
Ven, no demores, María;
Te espera otro juramento
Que harás con tu pensamiento
Para acordarte de mí.
Ven, que en tu lecho te espera
Para perfumar tu suerte,
El aliento de la muerte
Que va mi pecho á exhalar.
Aliento que tibio siempre
Dentro tu seno encerrado,
Creerásme ver á tu lado
Cuando mas quieras gozar....
Sí, que al sentir de tu esposo
Ecos de amor en sus besos,
Creerás escuchar mis huesos
Dentro la tumba crugir.
Creerásme ver, cual ahora
Vas á verme al pié del lecho,
Brotando sangre mi pecho,

Agonizar y morir. (Saca un puñal.)
¡Ven, oh puñal, á mis manos,
Única fiel esperanza,
Hasta tí el hombre no alcanza
Para poderte engañar.
Opongan á mis deseos
La fuerza del orbe entero;
Estás en mi mano, acero,
Y por fuerza has de matar. (Lo guarda).

ESCENA VII

CARLOS y MARIA, *pálida, y caminando con lentitud*

- MAR.** ¡Carlos!... ¡Gran Dios!... ya nada necesito.
El cielo lo trae, y lo agradezco ...
(Carlos se acerca á ella. la toma de la mano con mucha delicadeza y la conduce al sofá.)
- CAR.** ¿Me conoces, María?
- MAR.** Diga mi alma
Si está latiendo aun... (Ya lo comprendo).
- CAR.** Entonces, óyeme... Dime, recuerdas
(Se sienta á su lado).
Aquel instante que con puro acento
Te consagré mi fé?
- MAR.** Sí.
- CAR.** Tus palabras
Cuáles fueron, María?
- MAR.** Las recuerdo.
«Te doy mi amor, y que la luz del día
La oscurezca á mis ojos el Eterno,
Si te falta mi fé.»
- CAR.** Y algun instante
Dudaste de mi amor?
- MAR.** Él, el postrero
Fuera de mi vivir. Nunca, lo juro...
- CAR.** Al conocerte yo, tu pensamiento
No penetró en mi sér un insufrible
Disgusto de vivir; un desconuelo
Que en mi alma recondito y tirano
Se abrigaba fatal?
- MAR.** Porque era cierto,
Mas te supe querer.
- CAR.** Y desde entonces,
No viste que exhalaban mis alientos
Con la nueva existencia que me diste
De vivir y de sér grandes deseos?
- MAR.** Y tú me referías que anhelabas
Cuanta gloria enriquece al universo
Para adornar con ella mi cabeza.
- CAR.** Y bien, María; ayer estaba preso
Y recibí esta carta de tu mano;
Vuóvela á leer, acaso no me acuerdo.
- MAR.** «Cuando ama una mujer, y no es propicio
El mundo a su pasion, en el instante
Su corazon arrostra un sacrificio:
Tendrás tu libertad.... seré constante»
¿Estás contento ya? guarda esta carta.

FIN

